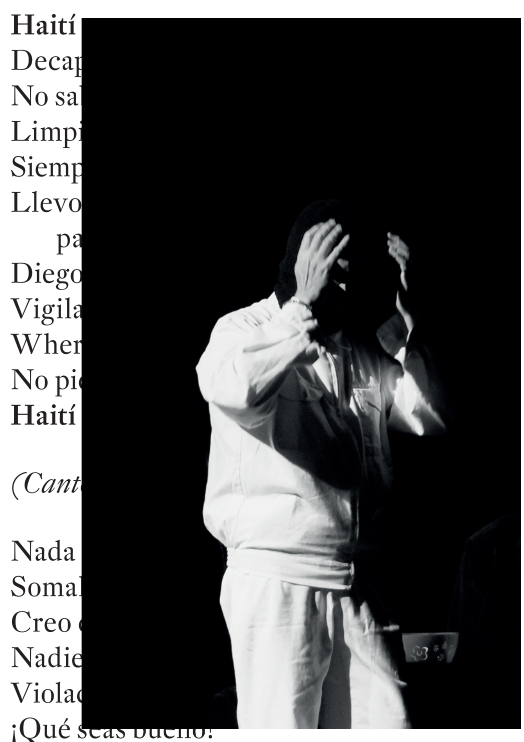
MIGUEL BENLLOCH

Árabes entrad estamos cansados de visigodos
El corazón de los fusiles siguió latiendo
Oh! deseo fin de todo anhelo
**Haití**
Decap
No sa
Limpi
Siemp
Llevo
pa
Diego
Vigila
When
No pi
**Haití**

*(Cant*

Nada
Somal
Creo
Nadie
Violac

¡Qué seas bueno!
**Haití**
Ha sido con armas convencionales
Oh! mentira que me inventas
Gaza, cámara de gas, horca

# MIRAR DE FRENTE







MIGUEL BENLLOCH

# MIRAR DE FRENTE

No hay nada más generoso que bajar la voz para dársela a otras personas. Esta actitud caracteriza el trabajo de Miguel Benlloch y nos gustaría que fuera también una seña de identidad del trabajo que desarrollamos en CentroCentro. Un espacio en el que se muestra una producción artística y curatorial diversa, en el que tienen cabida esas otras formas de hacer, de pensar, de crear que no han sido acogidas por las lecturas oficiales y que nos ayudan a entender la Historia de modo más amplio.

La exposición *Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado*, comisariada por Mar Villaespesa y Joaquín Vázquez (BNV producciones), se presenta en la planta 1 de CentroCentro desde el 14 de junio hasta el 6 de octubre de 2019. Una exposición que tuvo su primera versión en la muestra con el mismo nombre que produjo el Instituto de la Cultura y de las Artes de Sevilla (ICAS) y que se presentó en la Sala Atín Aya de Sevilla el año pasado. En CentroCentro, el proyecto toma otra dimensión al ampliarse con la presentación del archivo-web de Miguel Benlloch, gracias al trabajo tanto de l+s comisari+s, como de Charo Romero Donaire e Inmaculada Salinas que han navegado a través del mismo, dando estructura a su contenido. Este proyecto desgrana a través de sus diferentes capas la forma de hacer de Benlloch, para quien la vida era política y la política vida.

Además, su mirada toma voz en esta publicación en la que se compilan ensayos, conferencias, pregones y artículos escritos entre 1983 y 2018.

Estos textos se convierten en altavoz de una práctica que parte del ejercicio de mirar, de prestar atención a algo, de tratar de entenderlo y, para ello, de ponerse en el lugar de l+s otr+s; de ser, de estar y de acompañar con la acción. Una práctica que no se despega de la vida y que es, por el mero hecho de existir, política.

Muchas gracias al Archivo de Miguel Benlloch por su generosidad a la hora de ponerlo a nuestra disposición, a Mar Villaespesa, Joaquín Vázquez, Isaías Griñolo, Charo Romero Donaire, Inmaculada Salinas y a los Hermanos Berenguer por formar parte de este proyecto. A María Genis del ICAS por iniciarlo y al equipo de CentroCentro por materializarlo. También a la familia de Miguel Benlloch y a todas aquellas personas que forman parte de esa red de afectos que rodea a Miguel, siempre dispuestas a ayudar en lo que haga falta.

SOLEDAD GUTIÉRREZ
DIRECTORA ARTÍSTICA
CENTROCENTRO

# ÍNDICE

# INTRODUCCIÓN

*Mirar de frente* se publica con motivo de la exposición *Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado* en CentroCentro. Esta nueva compilación de sus ensayos, conferencias, pregones o artículos, escritos entre 1983 y 2018, completa otra anterior publicada bajo el título *Acaeció en Granada*.

*Mirar de frente* toma el nombre del último ensayo que escribió Miguel y responde a la idea, en diálogo con Soledad Gutierrez, de reunir textos inéditos o dispersos en publicaciones varias.

Si toda producción estética e invención lingüística tiene su origen en la vida grupal, la obra de Miguel Benlloch es un ejemplo de una creación que ha dependido de una auténtica vida colectiva, de la vitalidad de las personas, los grupos sociopolíticos y artísticos con los que se ha relacionado. Los textos reunidos en este volumen surgen a partir de encuentros afectivos y políticos y fueron concebidos para acciones: «Canario» o «Dererumnatura»; colaboraciones en otras

publicaciones: «Sonido ambiente» o «Mirar de frente»; pregones: «Tránsito de lo sagrado y lo profano»; conferencias: «Acción en el género»; artículos periodísticos: «Placeres prohibidos» o «Consejo de guerra al placer».

Desde su militancia en el Movimiento Comunista, en los Frentes Gay o en los movimientos anti-OTAN, pasando por el trabajo como productor, su obra se ha caracterizado por una oposición continua a lo normativo. Según nos dijo: «Hacemos agujeros para producir movimientos en las estructuras del poder. Creamos galerías para interconectar nuestros deseos. Producimos tensión entre la comunidad y la jerarquía. Ser en otros, bajar nuestra voz para que se oigan muchas voces en ese común de la desidentificación».

Los textos aquí compilados están entrelazados por un discurso poético, político, posfeminista y trans; y sostenidos —además de por un deslumbrante humor— por la vivencia de lo popular y las teorías afines al paradigma *queer*.

Por medio de las acciones y de la escritura, en muchos casos parte constituyente de las mismas, Miguel Benlloch fue sellando desde muy temprano su compromiso con otros cuerpos disnormativos, tullidos, migrantes, en tránsito, sin renta, no rentables. Cuerpos excluidos que erosionan las construcciones e identidades asentadas sobre comportamientos duales: masculino-femenino, activo-pasivo, productivo-improductivo, deseo-amor, salud-enfermedad… Cuerpos diversos que

le permitieron internarse en procesos de deconstrucción de aquellas identidades que, como escritor, activista, productor, performancero, hombre o gay o trans… le eran asignadas. A partir de esta resistencia siguió avanzando en un proyecto vital y artístico, que fue y es político.

MAR VILLAESPESA Y JOAQUÍN VÁZQUEZ

# CANARIO

*(Canto de un canario)*

Árabes entrad estamos cansados de visigodos
El corazón de los fusiles siguió latiendo
Oh! deseo fin de todo anhelo
**Haití**
Decapitación
No sabemos si siempre habrá poetas
Limpieza étnica
Siempre habrá policías
Llevo en mi propio cuerpo la memoria de ser
para otros
Diego Julián
Vigilad la fiera herida
Where is Bosnia?
No pienso arrugarme con los años
**Haití**

*(Canto de un canario)*

Nada me turba, nada me espanta
Somalia, Kurdistán, Azerbaiyán
Creo que ser inocentes es ser curiosos
Nadie conoce la magnitud de la tragedia
Violación, estado, isla Granada
¡Qué seas bueno!
**Haití**
Ha sido con armas convencionales
Oh! mentira que me inventas
Gaza, cámara de gas, horca
La esfera siempre ha estado imbuida de connotaciones espirituales
también la relación entre terrorismo y terrorismo de estado

*(Canto de un canario)*

Xenofobia, extranjero, nación
Tan efusivo me siento de pronto para el amor y la alabanza
como otro día para el desprecio y la enemistad
**Haití**
Tráfico de armas
Unir las islas
Te preocuparán ellos más que tú mismo
Tierra, piedra, Palestina
Limpieza étnica
Mestizo, América, África, Europa, Asia, Oceanía
La ciudad consume y produce activamente depósitos geológicos y culturales

*(Canto de un canario)*

**Haití**
Siempre me gusta oírte decir que me quieres
Una dirección más adecuada al conocimiento
de los otros
*Electric chair*, garrote vil
Superpoblación
El hechicero daba la vuelta al tronco del árbol
y me preguntaba ¿Ves algo?
100%, Cuba
Pena de muerte
¿Consolida Yeltsin la democracia en Rusia?
**Haití**
Musulmán, árabe, turco, bosnio
Reconozco tu olor en mi tejido
Cuánta sospecha de futuro hay en el presente
Where is Sarajevo?
Sudán, Angola
Llevo en mi propio cuerpo la memoria de ser
para otros
**Haití**
El corazón de los fusiles siguió latiendo

*(Canto de un canario)*

Texto escrito para la acción sonora *Canario*, emitida por vía telefónica entre Granada y Nueva York, en el programa de actividades de la presentación del proyecto *Promotional Copy* de Robin Kahn en Guggenheim Soho, mientras se desarrollaba la invasión de Haití por el ejército norteamericano en 1994.

# ACCIÓN EN EL GÉNERO

Si el arte es vida debe parecerse a ella, a la vida que nos ocupa la propia vida, es con esa vida, que unos momentos parece fuera y en otros está dentro, con quien convivimos y desde la que nos relacionamos con los otros, los otros que no soy yo pero que están ocupando el espacio común que nos aísla y une.

Otrosyyo en una afirmación que habla del uno y de lo múltiple, y como el uno es múltiple y lo múltiple está conformado de unos en relación, otrosyyo forma también una unidad desde la que entender la vida como conflicto, apoyo y afecto.

La vida con uno es el reto que produce vida. Construir el uno que nos sitúa en nuestro cuerpo, el cuerpo desde donde vivimos, un cuerpo inscrito para ser escrito desde fuera, desde una escritura que fija el lenguaje de relación entre los unos, la escritura que reglamenta la vida.

Fija, la vida fija, quieta, atrapada, aprendida, agarrada hacia adentro, hecha norma, como vivida

ya por otros que sujetan la vida, que producen sujetos a un poder externo, sujetos no libres, echados abajo, sujetados.

El cuerpo que es lengua hacia afuera, oído hacia adentro, el cuerpo ojo, el cuerpo tacto, el cuerpo que es otra vez lengua sabiendo, no vive por ser sujeto sino por desprenderse, subir arriba, ser otro al sujeto, rebelarse al sujeto previsto, no ser cortado por el sexo, no estar impreso, desbordar continuamente el cuerpo, hacerlo intachable de manchado, reconocer el cuerpo háptico consentido y con sentido.

Prender la vida es una vida cogida, agarrada, capaz de ser vida, de desarrollar vida por estar prendida y esta vida prendida se abre a la vida comprendiéndola desde un común que nos relaciona en ese estar vivos juntos. La comprensión es un agarrar juntos, comprender la vida es hacerla explicable a uno mismo en relación con la comprensión de otros.

Desde esta comprensión sitúo mi aprendizaje de la vida y establezco la acción como un desarrollo de mis propios agarres, como una comunicación con el otro de mis propios conflictos con esa vida sujetada.

Las acciones me muestran y se sitúan políticamente como transformación y palanca para seguir viviendo, hablan de mí fundamentalmente pero de un yo situado en apertura, en disposición de sorprenderse, de rastrear sobre lo que se mueve, sobre lo que no está definitivamente

agarrado, como un vegetal que crece y se sitúa en otro lugar donde no era.

Mis acciones son apilamientos, condensaciones, sumas de objetos que han sido vida, rastros de vida vivida que han hablado desde el cuerpo y que en su acumulación buscan nuevas combinaciones para volver a comprender. No son identidad sino desdibujamiento de ella, no tienen interés en fijar sino en desprenderse de lo que ha sido inscrito desde quien nos sujeta; son estrategias para ser más libre, ejercicios puestos en común para no ahogarse en la norma que nos marca, son formas de borrar esas marcas e interrogar en primer lugar a mí; a un yo que vive en medio, no en el centro sino junto a, y en ese sentido es en el que la acción se relaciona.

*Tengo tiempo* (1994) se constituye como mi primera acción, quiere contar quién he sido, quién soy, crea una cierta proyección de mí en reflexión. Tiene fundamentalmente una lectura interna en la yuxtaposición de ropas que me han vestido en diferentes situaciones y lugares, ropas para tapar mi cuerpo, para hablar de mí, para relacionarme. Ropas que desprenden significados en su retahíla mántrica, que se combinan para crear nuevas comunicaciones, ropas que en muchos casos me han sido dadas, regaladas y con ellas hablo de cómo los otros me llegan, cómo me ven, cómo piensan que yo me veo, cómo me construyen. Ropas que comunican el tiempo vivido. Ropas para secar el cuerpo, para abrigarlo, para desearlo. Ropas que

se han hecho para mí desde el amor, ropas identitarias que me acercan al otro, ropas para tapar las manos, para cubrir la cabeza, ropas llamadas masculinas, ropas llamadas femeninas y con las que, en su uso desde la masculinidad con la que fui nombrado en el origen, rompo la distancia de la construcción opresiva de los géneros, marco nuevos territorios por donde transitar la vida, desdibujo la identidad que me fue dada. En ese acto de caminar por la vida vivida intento recrearme, ponerme en otra situación de la que estaba antes de accionar.

Desprendimiento de ropas:

Albornoz rojo, chilaba blanca, gorro de paja, gorro egipcio, guantes rojos de Pepa, guantes blancos, pantalón negro de vestir, blusa negra de Marino y Juan Antonio, guantes negros, pantalón de pana, camisa de franela de cuadros, chaleco rojo de lana de Mª José, pantalón negro de rayas, camisa blanca de hormigas de Juan Carlos, camiseta negra Plus Ultra, pantalón beige de verano, guantes naranjas, mini pull de rayas de colores, guantes malva de Mati, minifalda de lentejuelas, calzoncillos blancos, desnudo, todo colocado sobre una sábana blanca que lleva escrito TENGO TIEMPO con la que tapo mi cuerpo. *Tengo tiempo* como un tiempo vivido, *Tengo tiempo* como el tiempo que queda por vivir. Acción como única forma de ser humanos, acción como no sometimiento a uno mismo, acción como tránsito, acción como desvelamiento.

*Tengo tiempo* inicia una reflexión que me aleja progresivamente de una concepción binaria de los géneros, cuestiona la construcción de una identidad fija, se abre al desorden, muestra lo escondido y balbucea la incomodidad de ser leído desde una concepción binaria de la sexualidad que crea identidades normativizadas, clasificadas.

En 1998 soy invitado por Mar Villaespesa y José Vicente Aliaga a la exposición *Transgéneric@s. Representaciones y experiencias sobre la sociedad, la sexualidad y los géneros en el arte español contemporáneo* donde realizo la acción ***Inversión***, un viaje del calor al frío como metáfora real del camino que se desarrolla en soledad para construir la propia vida. La soledad no es más que el reconocimiento último de que toda experiencia acaba en el cuerpo solitario, en la geografía corporal que nos contiene, en el proceso hilvanado de sucesos compartidos que nos modifican, que crean el conocimiento de nosotros para poder ser en otros. El cuerpo, que sitúo en la intemperie dispuesto a transformarse, a verse descodificado de las pautas y coerciones sociales, es un cuerpo fortalecido en la experiencia de otros, en su acompañamiento; por ello, la acción *Inversión* se conforma a partir de una pila de mantas que han tocado a otros cuerpos, que han abrigado a otros cuerpos y que ellos me regalan para que juntas y desde esa relación, me atreva a surgir, cruzar, ir a otro lugar para derretir, desde ese calor, las resistencias del

cuerpo domesticado que se vive a sí mismo como cuerpo negado y se muestre capaz de ser llamado de otra forma, de ser vivido desde otro lugar, fuera de los géneros coercitivos que presuponen rituales para el sometimiento. Es el cuerpo el que modifica nuestro pensamiento, un cuerpo capaz de la auto-trasformación a través del pensamiento, no desde la cirugía sino desde la interiorización de nuevas creencias, un cuerpo osmótico capaz de ser penetrado por el exterior, un cuerpo capaz de transformar el dolor de la inmovilidad en experiencia de conocimiento, un cuerpo arropado dispuesto a conocer en la intemperie. Un cuerpo vivo.

La experiencia de *Inversión* se apoya fundamentalmente en lo colectivo como lugar desde el que se emerge, como un lugar dialéctico para trabajar la individualidad, para ser uno en la multiplicidad. *Inversión* es un lugar desde donde las intuiciones de vida degenerada se abren a lo real, no hay vida plena que se defina por la orientación sexual, no hay vida que se sustente sólo en un pre-condicionado deseo sexual. No vivo la identidad sexual como una liberación al margen del conjunto de la vida, no hay parte sino todo y el todo es multiplicidad de formas de vivir.

*51 géneros* (2005), una acción realizada en el marco del seminario *Mutaciones del feminismo* en Arteleku, es la manera en que llamo a esta ruptura que comparto con otras muchas vidas de no

definición de género. Toma su nombre de la vida vivida, cincuenta y uno eran los años que tenía en el momento de la realización de la acción, no habla de la multiplicidad de géneros. *51 géneros* se expresa, a través de la utilización de códigos establecidos en lo binario, mediante una ruptura con lo masculino y lo femenino, proponiendo una reconstrucción de lo humano como un ser no cortado, roto en dos, sobre los que se conforman rituales de repetición, separados y distintos, y que partiendo de una concepción biologicista elaboran códigos de comportamiento binario que se expresan en dominación o supremacía de una forma de vida masculina frente a otra femenina.

*51 géneros* se abre a la posibilidad de que todas las vidas merecen ser vividas y habla de diversidad de identidades en la medida en que existen vidas que socialmente no encuentran espacio frente a la norma de la dualidad de géneros y que por tanto son valoradas como vidas disminuidas, vidas enfermas, vidas que para serlo deben ser normativizadas, reconducidas, ajustadas.

La superación de las vidas cortadas, hechas secta por el sexo, no se construyen sobre nuevas lecturas de lo masculino y de lo femenino, sino por un largo camino de disolución de los géneros. El feminismo, tal como indica Paul B. Preciado, es ante todo una apertura del horizonte democrático, no un asunto de mujeres sino de humanos.

El trabajo emprendido por el feminismo es el desvelamiento de las opresiones que prenden a

través de la historia de ese corte biologicista originario al que llamamos sexo y, por tanto, la superación de la opresión pasa por salir del corte, por abandonar los estatus que han definido nuestras vidas sexuadas, sujetadas por el sexo.

La propuesta de *51 géneros* intuye el abandono de la identidad basada en el género y la lectura de un todo conformado por vidas para vivir. Muestra, no sin reconocimiento de los derechos individuales que llevan a utilizar la intervención quirúrgica de reasignación de género, un nuevo lugar en el que sea nuestro pensamiento y la acción que conlleva quien reconstituya nuestros modos de ser, quien desborde lo prefijado, y no intenta la acomodación al dolor de los géneros sino a su superación basada en la estima de la propia vida, en la comprensión de que nuestra vida es única.

La tarea que propone es la de reprender, en el sentido de volver a agarrar, de ser vida desde otro lugar, soltarse de los usos que conlleva la separación de géneros, soltarse de las opresivas obligaciones de una masculinidad, que aún llena de privilegios, está basada en respuestas obligatorias a ese rol prefijado que encorseta e impide ser con otros. La masculinidad se pierde el mundo por querer dominarlo y muestra su patética pertenencia a una forma de poder que al querer sujetar se sujeta impidiendo su plena vida.

Y es desde este otro lugar situado al otro lado del género, en el lado opuesto, desde donde me

identifico con lo trans. No soy trans, sino que intento actuar desde ese lugar trans en la medida que ello desnaturaliza los géneros, habla de ellos como lugares construidos. La acción trans es voluntad de estar en otro lugar desde el que trabajar en el desdibujamiento de una concepción binaria, un lugar que abre la posibilidad de cambiar los paradigmas de lo masculino y lo femenino. No defino mi vida por lo que llaman la condición sexual, no soy homosexual aunque le debo mucho al hecho de reconocerme como tal en una primera ruptura con la norma, pero que una vez normativizada y mercantilizada muestra la incapacidad de vivir desde ese sitio tan parcial, tan reducido, tan poco hablador de la totalidad de la vida. El sitio de la transformación de la realidad no puede ser sólo un lugar habitado por una parte que reivindica su parte.

> **Soy trans en la medida que quiero conocer y estoy dispuesta a interrogar mi propia vida como vida total.**

En la acción ***Desidentifícate*** (2010), que se desarrolla en la fiesta que da fin al seminario-encuentro *Movimiento en las bases: transfeminismos, feminismo queer, despatologización, discursos no binarios*, del programa UNIA arteypensamiento, utilizo tres piezas que han formado parte de otras acciones: un traje de espejos que refleja la luz en todas direcciones con el movimiento del cuerpo;

una braga utilizada como alfiletero de una serie de chapas de los movimientos ecologistas, feministas y pacifistas de los 80; y una braga roja de la buena suerte, con boca bordada de donde surge una lengua que es una polla de trapo. Son tres piezas recicladas que en su combinatoria producen nuevos discursos, un nuevo ciclo. La acción comienza con la aparición, en medio de la fiesta, vestido con el traje de espejos; mientras bailo me desposeo de él, quedando vestido por la braga con boca y lengua de trapo y la cabeza cubierta por la braga alfiletero a modo de casco. La danza me lleva a la permuta de las dos bragas, la braga activista se sitúa sobre el pubis y la braga/lengua/polla se sitúa en la cabeza. El pensamiento, que es lucha, ocupa el lugar físico de la diferencia de sexos y el sexo es destraumatizado y puesto en el lugar desde donde debe ser repensado; en el intercambio el cuerpo se desnuda.

*Desidentifícate* es una acción cutre, desprovista del cuidado de las formas. Es una acción hecha desde la fiesta, situada en el goce de la liberación, capaz de reírse con el cuerpo. Realizada al modo en que James Lee Byars situaba sus acciones, en una reunión de seres pensantes; y al modo en el que el Cutre Chou agitaba en los años 80, en medio de una feria local mediante la acción cabaret desprejuiciada, trastocando los géneros.

***Afuera del sexo*** (2011) es una acción pensada en Bolivia, donde me encontraba con motivo de mi

participación como representante de la Plataforma de Reflexión de Políticas Culturales (PRPC) en la exposición *Principio Potosí*, un proyecto que pretende repensar la acumulación originaria del capital llevada a cabo por la política colonial del imperio español, que significó un doloroso cambio en las costumbres y modos de vida de los pueblos originarios y el arrasamiento de las estructuras políticas y el sistema de creencias con que se habían dotado.

Generalmente mis acciones nacen en momentos de afecto, son creadas para un público que siento cercano y con el que intento comunicarme; en ellas trato de asuntos que conforman mis preocupaciones, siendo, en alguna medida, reflexiones en voz alta que no aspiran a convertirse en verdad. Son ejercicios sobre mis conflictos que por ser propios de los humanos pueden establecer conexiones con los conflictos de otr+s para intentar crear situaciones más favorables.

Reflexionan sobre una identidad móvil que se conforma con la vida que es, entre otras muchas cosas, movimiento en el tiempo.

La identidad que nos conforma solemos pensarla como algo estático, sin embargo, nace del conflicto del pensamiento que tenemos de nosotr+s, de las opresiones que sentimos por motivos de raza, sexo, género, discapacidad…; de los abusos de un poder que intenta sujetarnos y del que nos protegemos creando identidades colectivas. Surge como un esfuerzo de protección de nuestra

propia individualidad, por eso está situada en ese en medio que son los otr+s y yo, en un lugar entre la confrontación y la camaradería.

La identidad pensada como un todo para siempre nos ancla, aísla y separa, imposibilitando nuevas formas de afrontar nuestra vida. Trabajo sobre ella en los intersticios de su propio devenir, intersticios donde se depositan otros saberes construidos con el saber de otr+s, con la vida de otr+s, con la experiencia de otr+s. Intersticios donde la identidad se abre posibilitando nuevas formas de concebirse, de afrontar lo colectivo desde la individualidad que nos es propia.

*Afuera del sexo* es un baile lleno de señales, se sitúa en un pensamiento que intenta afrontar una apropiación de nuestra vida, rompiendo con la idea de que somos sujetos y leyendo al sujeto como la propia etimología que la palabra establece: seres sujetados por un poder exterior a nosotros, interiorizado, que marca lo que quiere que seamos.

Sexo en su origen significa separación y sobre ella se ha conformado la ideología heteropatriarcal, inscrita en nuestro saber como propia de nuestra naturaleza, realizada sobre separaciones biológicas a las que tendremos que *trans*cender para crear una nueva realidad más allá de lo establecido como masculino y femenino.

*Afuera del sexo* es un situarse en un territorio anterior a la separación para repensarnos como humanos, para intentar conseguir herramientas que no sojuzguen a unos seres por otros y rompan

las ligaduras del sujeto de un poder que habla desde la separación.

*Afuera del sexo* se constituye a partir de signos y señales como son el territorio geográfico, las ideas binarias sobre el género… y se abre como posibilidad de aparición de nuevos individuos que se alejan de la dualidad de género para abrirse a una conformación no binaria de la identidad de sexo y género.

En la acción *Afuera del sexo* he introducido fragmentos de una canción de un cantautor español antifranquista, que puso sonido a nuestra rebelión primera contra el dictador; está referida a sucesos que tuvieron lugar en Bolivia y que conforma uno de los sonidos que están en mi memoria política; años en los que Bolivia también vivía la feroz dictadura del primer Banzer. También me he atrevido a utilizar otros signos de la identidad boliviana para revelar que nuestra vida siempre está inmersa en estructuras políticas que no hemos hecho y que, sin embargo, el poder incrusta como si fueran realmente parte de nuestra esencia. Hablo de ellas como podría haberlo hecho desde señas identitarias de lo español, con el mismo amor hacia lo que puede ser entendido como propio y con la misma desidentificación del concepto de una patria propia, de cualquier patria, palabra ligada al padre, a la autoridad incuestionable de quien se sitúa por encima y al que interrogo.

Estas señales están vistiéndome, tapándome, utilizadas sobre el cuerpo, que siempre es cuerpo

desnudo, metáfora del cuerpo no escrito, memoria de un cuerpo no cubierto por las veladuras identitarias, que velan oscureciendo.

Desentrañar la acumulación originaria, desde donde se establece la definición de nuestros deseos, me instala en un afuera que abre nuevas formas de ser que nos ayudan a vivir un yo que quiebre la normatividad de nuestra vida, y se abre a la interrogación placentera de estar en sintonía con una experiencia de vida que se piensa en relación y no en sometimiento al deseo establecido por la norma.

Texto escrito para la participación en la mesa redonda «Desmemorias e irreverencias en el arte actual», celebrada en la Cámara de Comercio de Sevilla, organizada por el Centro de Estudios Andaluces, enero 2011; con motivo de la presentación del libro *Identidades sociales y memoria colectiva en el arte contemporáneo andaluz* de Elena Sacchetti, editado por dicho centro, Junta de Andalucía.

# ERA 1987

Era 1987, el mes, el día y la hora se borraron de su memoria, pero no olvida el momento en el que lo llamó a su despacho y nervioso, porque no quería decírselo, le comunicó que en breve dejaría de trabajar en el Palacio de los Condes de Gabia. «Lo siento, lo siento mucho… —le dijo el nuevo diputado—, no he podido hacer nada, nada más entrar en la reunión ha salido tu nombre y que ibas a la calle; soy nuevo dentro del equipo y tengo poca influencia, tú sabes que por mí seguirías trabajando, sabes perfectamente que te aprecio». Y lo creyó.

Sería sobre el orwelliano año 1984 cuando había entrado como becario con la gente que echaría a andar la nueva Área de Cultura de la Diputación de Granada, allí en el piso siniestro de la Plaza del Campillo, su primera sede, donde trabajaban el gerente Azpitarte, Alicia de la Higuera, los funcionarios Marino, Teresa y Baltasar, los becarios que eran cinco o seis, Willy y

Mari Carmen Chacón, Nacho Sánchez Rodrigo, con el que había militado en el mismo partido de la izquierda revolucionaria, y Alfonso Medina, un pintor que murió muy joven de la enfermedad terrible que ignorada por todos comenzaba clandestinamente a cobrarse sus víctimas, aquella llamada peste rosa con la que intentaron estigmatizar a los homosexuales, apenas recién creados los Frentes homosexuales que Miguel ayudó a organizar. Allí estaba Lola Aguilar, siempre encantadora, recién llegada de Ítrabo a trabajar con nosotros. Más tarde llegarían Eduardo Galdo y Marina Guillén. Todos eran autodidactas en el nuevo trabajo, con poca experiencia en la gestión cultural pero con la pasión desmedida y suficiente para impulsar la actividad por toda la provincia. Los becarios, una modalidad precaria de contratación en la que fue innovadora la Diputación, comenzaron a programar con los Ayuntamientos de la provincia talleres, teatro, música de todo tipo y sobre todo el flamenco, responsabilidad del diputado comunista Pepe Guardia, que como si quisiera combatir el paro, le mandaba cada día un nuevo grupo de flamencos —así, hasta llegar a 17, ¡más flamencos que en Doñana! para girar sin fin. También cine, vídeo, exposiciones, numerosas publicaciones como los libros de poemas de la colección Maillot Amarillo, y un sinfín de gente activando la vida cultural. Escenarios de madera donde la puntillas saltaban al danzar, campos de fútbol electrificados por vez

primera para dar acogida a la proliferación de grupos de música que empezaban a aflorar en Granada como 091, TNT, Magic, La Guardia, KGB, Lombarda… Semanas culturales para los cerca de 180 pueblos de Granada con sus anejos y pedanías que duplicaban la actividad. El Dipu Rock, cámaras de cine llevadas a los pueblos para proyectar. Aquello era como ir a echar semillas en un terreno árido que nunca había sido sembrado, como si La Barraca hubiera vuelto después de tantos años a agitar a los pueblos y a los jóvenes creadores, todos salidos de una dictadura yerma y dañina. Ir abandonando el blanco y negro que en la ciudad ya había empezado a tomar color con el impulso de Mariló en el nuevo Ayuntamiento, los nuevos centros nocturnos desde el primer Chorrojumo, la pionera Tertulia o el Silbar… Y ya en el 83, el Planta Baja con Marino y Juan Antonio, lugar aglutinador de esa mezcla de gente variopinta, con la vida como exceso, donde el diseño se mezclaba con la mirada alimentada por el feminismo y la homosexualidad chispeante y provocadora, lugar en el que incluso tenían cabida algunos sindicalistas del *gin-tonic*. Granada era eso nuevo que estábamos construyendo, era el lugar de Ciudad y Diseño, del Festival de Teatro, de la aparición de los pioneros de La Visión y sus nuevas músicas, de la revista *Olvidos de Granada* que de forma independiente, bajo los auspicios del Área, traía el estudio y la reflexión bajo el manto creador de Mariano Maresca,

imprescindible; los poetas de la Tertulia, como Luis García Montero, Mª Ángeles Mora o Javier Egea que también fue becario un año, el *Gong* y *Granada en mano* de Luis López Silgo, los dibujantes Rubén Garrido o Carlos Hernández con su Salón del Cómic, las calles coloreadas por carteles de Juan Vida o de Julio Juste… Y todo sucedió antes, un poco antes de que el mercado hincara sus garras definitivamente y se apropiara de la creatividad, entrega que muchos aceptaron complacidos, un nada antes de que las instituciones se alejaran de la calle y perdieran su sentido y cercanía. Pero por aquel entonces las experiencias se sucedían alegremente en una Granada, la de los 80, vigorosa y espléndida, como si la ciudad fuera más que nunca una pandilla de amigos dispuesta a la excursión a otro lugar posible, ¿no era la democracia algo hecho para el pueblo? Pero desconocíamos que aquella era una época de vida que incubaba la muerte del sida irredento, al igual que incubaba el límite preciso que la palabra perversa, consenso, encubridora del pacto de la Transición, traería a nuestras vidas, donde una vez arrojados del sueño miramos impotentes la aguja de un capitalismo que infecta la vida y se apropia de nuestros saberes a cambio de las cuatro monedas que nos arrojan para vivir y al que definitivamente no podemos llamar gobierno del pueblo, democracia. Un país que limita al norte con la Europa de los mercaderes y al sur con el muro cubierto de cuchillas para trocear la carne

de los que desposeyeron, de los que desestructuraron, esclavos comprados desde el siglo XVI y cuya idea colonial nos coloniza a nosotros mismos para sentirlos como un otros distanciado con el que poco tenemos que ver.

«¿Cuál es el motivo del despido?» le preguntó. El diputado dudó un momento y, no sin tristeza, le respondió: «Han esgrimido dos motivos, que has hecho campaña al Parlamento Europeo a favor de Herri Batasuna y que has utilizado el Área de Cultura como base de operaciones de la campaña anti-OTAN. Pero esto no lo dirán, dirán que hace falta reestructurar el Área, que sobra gente; iréis a la calle Nacho y tú; lo siento, de verdad que lo siento».

Enojado respondió, «lo primero no es cierto, no he hecho campaña a favor de Herri Batasuna, no he participado en ningún acto público, no estaba de acuerdo con la posición de mi partido, el Movimiento Comunista de Andalucía, y me permitieron no hacer campaña. Lo segundo sí, es cierto, he hecho todo lo que estaba en mis manos para que el NO triunfara».

Aún recordaba cómo el Área de Cultura se convirtió el día del referéndum en el lugar de reunión de todo el movimiento pacifista, con la Asamblea por la Paz y el Desarme, en donde militaba, a la cabeza. Desde allí siguieron el recuento de votos y antes en la campaña se habían usado algunos locales para asambleas del movimiento; lo había permitido el grupo que gobernaba la

Diputación, que fue el que creó, con el diputado Martín Olid, el Área de Cultura.

Ese grupo expulsado del PSOE era el mayoritario entre las agrupaciones socialistas de los pueblos y en la provincia y al que por ello llamaban despectivamente Los Catetos. Los Catetos hicieron valer su mayoría frente al aparato y nombraron Presidente de la Diputación al candidato no oficial. Este acto de la mayoría fue rechazado por la dirección estatal del PSOE y en respuesta los ganadores crearon un nuevo partido. Esa posibilidad de escisión y creación de un nuevo partido es impensable en la actualidad. Pero aquello entonces sucedió y fue el motivo de que gente de izquierda trabajara con esta escisión, que, con pocas diferencias ideológicas con el PSOE, había hecho del andalucismo de izquierdas y la lucha contra la OTAN sus referentes políticos. Fue en esa grieta abierta donde trabajaron los activistas anti-OTAN, utilizando la institución en beneficio de las políticas pacifistas. Una vez reconquistado por el PSOE el poder provincial decidieron despedirlos, a Nacho y a él, y terminar con la revista *Olvidos de Granada*. Fue en 1986 cuando el PSOE llevó a cabo el referéndum sobre la OTAN. Los socialistas que habían llegado al poder entre otras cosas con el slogan «OTAN de Entrada No», una vez en el gobierno se alinearon con las políticas belicistas y cambiaron de posición pidiendo el sí. Este acto significó el abandono del último resorte no pactado de la reforma política

y la plena alineación del Partido Socialista con los postulados de las potencias capitalistas y sus alianzas militares de control y barbarie. La Transición se había terminado y enseñaba, para quienes lo quisieran ver, la consolidación de una casta política que ha dominado los últimos 30 años al servicio de un neoliberalismo que hoy nos domina y del que somos víctimas.

El movimiento anti-OTAN fue un movimiento popular auto-organizado que dio vida a miles de organizaciones pacifistas por todo el Estado, que activó millones de conciencias resistentes y cuya capacidad de movilización fue la que ha tenido mayor alcance dentro del régimen democrático. Un pulso de David a Goliath, la posibilidad del asentamiento de una conciencia social que la derrota desparramó en desencanto, en una incapacidad para reconocer la fuerza acumulada y que una vez más dio pie a una diáspora militante incapaz de ver su potencial, el poder de millones de cualquieras. Una experiencia silenciada en este país, apenas analizada y que llama la atención en estos tiempos desesperanzados, y de esperanza, donde el capital se esfuerza en mercantilizar la vida suprimiendo los lazos sociales, apoderándose de nuestros recursos y bienes públicos. Frente a él ha surgido un nuevo movimiento que nos da aliento, pero que corre el riesgo de disgregarse nuevamente ante el poder de control que los estados llamados democráticos ejercen en nombre del poder del capital y sus intereses destructivos.

El movimiento anti-OTAN de Granada, auspiciado por un grupo militante, supo convertir en organización las energías que por todos lados se respiraban; cientos de personas organizadas en horizontal, moviendo el magma pacifista y ecológico. Fue un movimiento creativo en las formas de mostrarse, que alumbró experiencias relacionales del arte y la política, capaz de aunar en posturas y actos comunes a numerosas fuerzas políticas, sindicales, cristianas, feministas, vecinales, que organizaba manifestaciones multitudinarias de nuevo tipo, divertidas y luchadoras como el gran cordón anti-OTAN, la marcha de las antorchas, las huelgas de hambre multitudinarias, las actividades performativas y de arte público de los artistas de *La carpeta*, pioneros en Granada del *action painting*. Un movimiento que tras la derrota se disolvió incapaz de entender cómo tanta fuerza, tanto respaldo, no había conseguido lo que parecía posible. No obstante, frente a los poderes mediáticos e internacionales que les mostraban como unos utópicos de la paz, el NO recogió cerca de un 40% de votos, se ganó en Euskadi y Cataluña, ¡no van a estar hartos!, y en Canarias, logrando con la sola fuerza de sus convicciones siete millones de votos.

También estaba él cansado e impotente, le pesaba el esfuerzo y el contagio del desánimo. La «artialimaña» que tomaron los dirigentes socialistas, Olea, Enrique Cobo, India… para echarle fue despedir a todos los funcionarios interinos de

la Diputación, 15 personas que coincidían con el tipo de contrato que por entonces él tenía. Cuando la noticia saltó y el despido se hizo inminente le inundó una especie de melancolía y abandono, de repente no tenía ganas de nada. Llegaron los compañeros afectados por la medida y le plantearon «¿qué hacemos?» Y por no decir nada, que ese era su deseo, se volvió a poner a la cabeza sabiendo de antemano su derrota, aquella fue su lucha antes de abandonar del todo el Área, de despedirse de los que se quedaban. Hubo solidaridad pero fue insuficiente, entrevistas con unos y con otros y un encierro en el portal de Bibataubín donde pasaron los despedidos algunas noches de mal dormir. El suceso está en las hemerotecas, las protestas, las movilizaciones, el despido final de Nacho, de Miguel, de Loli… Algún tiempo después, la mayoría de los cesados volvieron a ser contratados pues ya habían logrado los sociatas su objetivo y, ¡¡cómo no!!, de aquel sobran trabajadores en el Área se pasó a nuevos contratos de otra gente, conocidos y desconocidos, de lo que se alegró y no se alegró.

Al poco tiempo retomó lo que había ido aprendiendo con su experiencia en el Área y de las necesidades que se abrían en la cultura, y así nació la propuesta de crear, en el mismo 1987, en Granada, de la que poco a poco se fue yendo para crecer, BNV producciones, en principio con Nacho Sánchez Rodrigo y Joaquín Vázquez, después llegó Alicia Pinteño y el encuentro con Mar Villaespesa; un lugar donde la producción y el conocimiento

se amalgaman con la vida intentando vivirla en el otrosyyo necesario.

Ahora en las esperanzas del aquí, que es el presente, se sigue construyendo el deseo, porque no hay mal que cien años dure, incluido Rajoy.

Texto escrito para ser leído como parte de la acción *¿N-OTAN que no les queremos?*, en el acto de presentación de la publicación *Miguel Benlloch. Acaeció en Granada*, celebrado en el Palacio de los Condes de Gabia, 22 de noviembre de 2013. Publicado como adenda digital a dicha publicación, Ciengramos, TRN-Laboratorio artístico transfronterizo, Granada, 2013. http://ciengramos.com/era1987.pdf

# PÓSITO, POSÁ, EXPOSICIÓN

## I

Las palabras están vivas, vienen de lejos, habitadas por quienes las han pronunciando, a lo largo del tiempo se deforman, se transforman, adquieren su presente en tránsito, son un común. Sin propietario, pertenecen a tod+s, son libres, no tienen derechos de autor, se recombinan para producir nuevos efectos, amplios, variados, efectos que traducen el pensamiento, lo comunican, lo sacan de uno y rueda.

Tres palabras me convocan hoy y las tres me invitan a permanecer, son las tres palabras que evocan los usos del edificio donde estamos, lo que ha sido esta casa centenaria: pósito, posá, exposición. Permanecía el grano aquí, paraban las personas aquí y aquí se expone la obra, se pone hacia afuera. El prefijo «pos» significa pausa, poner, quedar, detenerse.

Estamos en el Pósito, la Posá, posando ante mis paisanos, todo en la misma raíz griega.

A 30 metros de este lugar en el que de nuevo me encuentro comenzó mi vida, me quedé aquí, la vida sin pausa que nos recorre y a la que intentamos llevarle el paso para que no nos adelante. Aquí al lao nací, de vez en cuando miro la ventana donde mi madre Teresa Marín me dio la luz. Hijo de Victorino, el nombre del hombre que desarrolló toda su vocación de médico en este pueblo, al que llegó un año antes de la guerra en el 35, después de solicitar la plaza de médico titular tras haber visto, en un viaje, creo que a Sevilla, el paisaje de Loja desde el tren. Mi padre llegó aquí por su propio deseo y ya no se fue hasta que jubilado y enfermo volvió a su pueblo en 1977; lo he de decir así, volvió para morir, largo sería narrar la vida de los dos, pero voy a contaros el principio de su historia en común.

Mi padre y mi madre se conocieron a principios de los años 30, él era ya médico en Marines, un pueblo valenciano. Comenzó a estudiar a los 18 años por empeño de un profesor particular apodado Pigmalión que llegó a su pueblo, Benaguacil, en Valencia, para poner una academia y convenció a sus padres para que estudiara. Sobre José Meliá Pigmalión no voy a extenderme, era poeta, periodista, escritor y solía escribir sobre astronomía en la prensa. Fue secretario de Blasco Ibáñez, culto, estrafalario y descuidado, hoy tiene una calle en Valencia que hace perdurar su memoria. Mi padre cuando nos contaba algo de él le gustaba hablarnos, además del agradecimiento infinito que siempre le tuvo, de sus cualidades intelectuales,

entreteniéndose en cómo se vestía, melena larga y sombrero blanco de ala ancha, como un bohemio. De ahí, creo, la permisividad que tuvo con mis primeras moderneces adolescentes y de la blanca melena de su vejez que yo en negro también llevaba.

Mi padre, de una voluntad de la que carezco, en siete años estudió el bachiller y la carrera de médico, aunque a decir verdad estudió todos los días de su vida.

Mi madre, Teresita para sus amigas, fue una mujer con criterio que nos crió a mis hermanos y hermanas como iguales. Era maestra, dejó su plaza para venir con mi padre, pero en los años 60 volvió a la docencia, primero en la Venta el Rayo y después en la Malagona, donde fue directora en tiempos de cambios. Era también valenciana, pero de un pueblo, Soneja, que hablaba un castellano lleno de particularidades, un castellano de frontera, de lo que se conocía por la Valencia castellana, al límite con Teruel. Los valencianos hablantes los llamaban Churros por el problema que tenían las autoridades, cuando juraban sus cargos, en pronunciar la x de xuro y hacerla ch, churo, juro, en valenciano o catalán; conflicto de lenguas en pugna y no en paz al que no voy a entrar y que viví de pequeño cuando oía a mis tías hablar en valenciano en los días de verano que pasábamos en Valencia. Nunca he entendido el desprecio a otras formas de ser y menos de hablar, lo aprendí de niño. La identidad que conforman los humanos para sentir la pertenencia a un lugar de seguridad es un

complejo problema por el empeño de no abrir caminos para la comunicación entre las identidades y que solo se puede desarrollar abriendo tu espacio al del otro, reconociendo al otro, abandonando el ensimismamiento en lo que creemos que constituye nuestro ser. Pues bien, al grano, que estamos en el Pósito. Mi madre y mi padre cuando comenzó la guerra estaban en zonas distintas, él en Loja, donde apenas hubo guerra aunque sí represión, y eso me lo contaba, alguna vez, en el confesionario Don Victoriano a propósito de preguntarme quién era y dónde vivía y yo decirle «vivo en la calle Bartolomé Avilés de la Torre…», antes Prensa Granadina, antes Alhóndiga, después Victorino Benlloch, pues ese era el nombre que por unanimidad le dio el primer Ayuntamiento democrático siendo alcalde Manolo Martín y jefe de la oposición de la UCD Antonio Castillo, médico; nombre que una mañana desapareció de la calle por mor de una resolución municipal para, sin la más mínima explicación de al menos cortesía, ponerle el nombre de Calle las Tiendas, que realmente era como popularmente siempre se conoció. Mi hermano Manolo, que siempre apacigua, me dijo «no te cabrees Miguel que el Ayuntamiento ha querido hacer el eje Sintiendas Sincasas», jugando con el nombre de las dos calles y refriendo a que la calle ya no tenía el esplendor de los comercios que le dio el nombre popular. Loja desde donde yo la veo, en mi casa de Los Caracolares, se ha corrido a la izquierda orográfica en un sinfín de bloques

que como murallas olvidaron el escalonamiento propio del urbanismo histórico de la ciudad y alargaron la espina de la flor.

Cuando nací la guerra hacía solo 15 años que había terminado, tiempo que en mi infancia y adolescencia parecían siglos: ahora cuando 15 años me parece un soplo, entiendo por qué la guerra surgía por todas partes y casi siempre desde la que tuvo la posibilidad de narrar su propia historia y construir su memoria. Al otro lado, las víctimas, aún esparcidas por la tierra, apenas sin memoria, olvidadas en esta realidad heredada que cada vez enseña sobre qué pilares fue construida. Así lo cantábamos con Aguaviva a principios de los años 70 en el poema de Bertolt Brecht:

> La guerra que vendrá, no es la primera,
> hubo otras guerras.
> Al final de la última quedaron vencedores
> y vencidos.
> Entre los vencidos el pueblo llano pasaba
> hambre.
> Entre los vencedores el pueblo llano la pasó
> también.

Pues bien, como os decía, la guerra separó a mis padres, Victorino en Loja, Teresa en Estivella, el pueblo donde entonces era maestra. Llegaron a escribirse, vía Londres, entre las zonas enemigas varias veces, a través de un amigo de mi madre, pero pronto interrumpieron la correspondencia

por miedo a que alguien pudiera tomar este intercambio epistolar como un intercambio de datos secretos. Terminada la guerra, mi madre y mi padre se reencontraron, mi padre volvió a Valencia a buscarla, no sin dificultad reiniciaron su relación, se casaron y se quedaron en Loja hasta 1977.

## II

Mi casa era una escalera que bajaba a la calle y digo esto porque era ella la que brincando me llevaba al juego, al encuentro de los amigos que vivían en la plaza, el arremoline de niños que cuento en el texto del Pregón y que de alguna manera me gusta repetir. Esa sensación de agarrarme a la barandilla y casi volar sobre los escalones para salir lanzado hacia la calle, saltándolos de dos en dos y el brinco final de los cuatro últimos de mármol blanco del portal que me ponían ya frente a Mi Tienda, casi chocando de bruces con Pepe Lizana y su tienda de escaparates giratorios en la que tanto jugué. Para mí, las tiendas, el andar por dentro de ellas, era también territorio de juego, la ferretería de debajo de mi casa de Paco Marín donde Enrique y Antonio que allí trabajaban me lanzaban al aire; la droguería de Cerrillo; la de Ocaña; la tienda de Paquito Moya donde se forraban los botones y ponían el escaparate de Navidad con Belén y juguetes antes que nadie para que nos dejáramos los ojos pegaos de tanto mirar; Torillo; La paloma... El bar de Anastasio donde podíamos entrar

detrás del mostrador para coger platicos y de vez en cuando zampar una tapa, ummmm!

Jugar a tiendas con las de verdad era uno de mis juegos favoritos cuando me dejaban despachar, en unas más que en otras porque era muy exento, jugaba a la vez que vendía, no de todo, ya os podéis figurar, pero sí puntillas al peso, tornillos, alcayatas, alguna bobina de hilo, juguetes por Reyes en lo de Ocaña… y cuando me cansaba me iba sin más, no sin antes haber oído las historias y anécdotas que se contaban con algunos clientes de confianza. Pegar el oído.

Ya en la plaza, buscar a los amigos de casa en casa, que en todas entrábamos sin más pregunta que «dónde está el Nasta, dónde se ha ío».

Pero la calle, la plaza, aún sin el asfalto que quitó a los niños de la calle, era el espacio por antonomasia del juego, jugar, jugar, jugar…; mucho fútbol donde se echaba el pie como una especie de ballet Bauhausiano de movimientos medidos, repitiendo alternativamente los dos que lo echaban «y yo, y yo, y yo, y yo»; en el último pie, cuando los dos echadores se acaban juntando, decir «entra y cabe» y quien ponía el último pie comenzaba a elegir de mejor a peor a cada jugador de cada equipo… Primero Miguel *El pescaica*, creo que otro bueno era Antonio Lozano, Antonio Peréz que vivía aquí en la Posá, Antonio Olid del Barça, el superviviente que da carisma a la plaza con su tienda de cerámica que mantiene hasta el Jubileo, el Nice que para ser de los chicos lo escogían pronto…

Yo lo escojo a él, al Nice, al de Anastasio, al que quiero nombrar por todo el tiempo que nos acompañó con su inteligencia y ese humor que siempre tuvo, su forma de ser faro detrás de la barra repartiendo juego a todo el que llegaba a ella, la sonrisa con que siempre nos recibíamos, mi carcajada por ese humor pícaro y brillante que nos hace siempre recordarlo; pues bien, Nice en eso del futbol era, y además mandaba, y yo sin embargo, nada, rayando a cascarilla, y aunque alguna vez metí goles, con el uno contra uno era un auténtico desastre.

A mí se me daba bien la biología, quiero decir que cuando íbamos a la Cuesta Campos a cazar cáncanas no me daba miedo ponerme con mi hormiga y mi palito frente al nido de la araña y echar a la pobre hormiga a la tela para que con su movimiento natural sacara a la cáncana que todos imaginábamos venenosísima y ¡plash¡ poderla echar en nuestro bote de cristal. Eran muchos los juegos; jugar a trapos, con o sin espulique; churro, pico y terna; la rueda de camión conducida por el palo; al hoyo con los platicos; al clavo; la rayuela, que era de niñas como el elástico, que me lo perdí también por femenino, ¡con lo bien que me hubieran venido los estiramientos! En a civiles y ladrones, yo elegía de ladrón, porque nuestros rivales de pandilla eran los niños de la Guardia Civil que vivían en el cuartel del callejón de los Naranjos, donde después me dieron el certificado de buena conducta para ir a París de viaje de estudios con los del instituto: ¡como siga la cosa así pronto lo volverán a pedir!

Los pobres niños de la Guardia Civil, en las escasas luchas que echamos a pedrás, tenían que tirarnos las piedras desde el fondo del callejón y cuesta arriba, mientras nosotros, los de la plaza, desde arriba y cuesta abajo; total, los niños de la Benemérita no pasaban nunca de lo de Lopera y tenían difícil su tránsito por la plaza, pero cada vez que subía un civil del cuartel temíamos la regañina. Los civiles no eran tan peligrosos como cuando se oía el grito «¡que vienen los municipaleeeeeeees!», que nos perseguían por jugar con el balón y rajaban la pelota si la pillaban, casi nunca; pero ya pa temblor, la siniestra brigadilla secreta, que todos conocíamos y que acabó entrando en mi casa a buscarme y registrarla en el año 75, como les pasó a otros amigos que estábamos metidos en la lucha. No quiero quedar como si nuestra panda fuera «lo más», porque cuando bajaban los de la Cuesta Carniceros pa la plaza salíamos atropelladamente como ñus en el Serengueti; ellos naturalmente eran los leones, nosotros las gacelas huyendo a refugiarnos en cualquier casa conocida, madriguera salvadora a la que no podrían entrar, entre ellos mis amigos Piqueras, los hijos de mi gran amigo Fernando Piqueras, que nos dejó y lo recuerdo.

Pero el juego que siempre recuerdo como más surreal y que a mí era de los que más me gustaba, es aquel que llamábamos Hilo Negro. Nunca supe por qué se llamaba así. El juego consistía en que uno de nosotros, que era cambiante, comandaba una fila de chaveas que lo seguíamos en todo

lo que hacía, si saltaba un poyete, si se bajaba por el lateral de la fuente, si andaba por los bordes del murito redondeado de cemento que rodeaban los jardines detrás del mercao, si saltaba un banco con rejas que había frente al Platanar, si se tiraba desde lo alto del muro de la casa de los Derqui, o la subida al torreón de la cuesta Campos… Todos detrás haciendo lo mismo al grito de Hilo Negro, que entonaba el cabecilla y la respuesta de toda la fila que gritaba «más p'adelante». Un buen rato de Hilo Negro, salvar obstáculos y demostrar pericia hasta que llegaba cualquier chalaura del cabecilla dispuesto a partirse la pata en su demostración de hombrecito, como cuando nos subíamos al estrecho poyete del pretil de la calle Sincasas, una especie de muro para salvar el desnivel con la cuesta, y por donde en fila india avanzábamos uno tras otro; en la talabartería de Collados el precipicio comenzaba a tomar peligro; frente a la peluquería de Paquita los murmullos se iban convirtiendo en gritos y un poco más allá parecía que el vacío se apoderaba de todo y la fila olvidaba su recta abandonada por los primeros desertores que se rajaban llamando a la cordura, boicoteando el juego para comenzar otro.

Era esa la forma de jugar, donde los objetos apenas aparecían, nuestra imaginación hacía el juego, el juego donde estábamos todos horizontales sin apenas juguetes, que eran escasos y poco compartidos. El juego era, en primer lugar, sentir el espacio como propio, como perteneciente a él

y él a nosotros, todas las calles eran nuestras, en cualquiera se podía formar el juego, elegíamos el espacio en función del juego y del número de los que nos juntábamos. Si llovía éramos constructores de diques y las aguas que bajaban horadando el suelo de tierra se convertían en nuestra ilusión en el Amazonas; si la pelota era chica, a la Reja a sortear los cristales de las casas y evitar romperlos, aunque más de uno cayó, con la consiguiente estampida; si había pleno de amigos toda la plaza era nuestra y de los que trabajaban en ella, que realizaban sus faenas sin producir interferencia ni apenas prohibiciones. «¡Niños otra vez con la pelota, que os va a pillar el camión!». La calle era el espacio social de nuestro aprendizaje, la relación entre nosotros, la que nos enseñaba competencia y solidaridad, el espacio que unía nuestras incontables horas en el sudor del juego, el que producía los afectos que se alargan en el tiempo. El juego social interrumpido por la mercancía y la adaptación del mundo a ella. El juguete solitario, el juego enjaulado de los niños, la expropiación de la calle como espacio público comienza por la desaparición de los niños y niñas de él; el automóvil llegó para quedarse y apoderarse de todo como un tótem sagrado intocable que generalmente no nos lleva a ningún sitio lejano y menos en un pueblo, pero que lo usamos de forma incesante sin ton ni son como si nuestra libertad estuviera ligada a él, y lo que generalmente liga más con el coche es con el bolsillo, que ese está sujetado a la cadena del mercado que

continuamente nos expropia usando la fantasmagoría del objeto, el ensueño de que lo necesitamos.

La ruptura del juego social nos aísla, nos prepara hacia un mundo individualizado alejado de los valores que creíamos constituían el hecho de ser persona, nos encadena al mundo del objeto deseado, a la creencia de que poseemos, otra vez la raíz «pos», a ese artilugio del capitalismo que hace reflejar nuestra vida en la posesión de lo que creemos único. Un mundo cercado por un afuera que se presenta a través de los medios como el territorio del miedo, el territorio de los otros que no son tus amigos sino tus enemigos. En cualquier parte el peligro acecha, esa es su consigna, «encerraos, nosotros os protegeremos», y el miedo se extiende por sus canales, por el poder de la imagen, y nos controlan para controlar la chispa. El capitalismo neoliberal nos desposee de la ciudadanía convirtiéndonos en mercancías. La pérdida de lo público y la privatización de los derechos está en la lógica del beneficio del capital que nos cosifca, primero compraron nuestra fuerza de trabajo, hoy están apoderándose de nuestras cabezas y saberes a precio de saldo. Necesitamos una ecología de lo social, un enfrentamiento radical contra la expropiación de nuestros bienes y cuerpos, recuperar la relación, la confianza en lo que nos teje y realmente nos protege: la seguridad de la comunidad, la confianza del afecto. Debemos atrevernos a transformar el interés del capital por nuestro aislamiento y desprotección en una recuperación de

lo común. La historia desde el comienzo de la edad moderna, los últimos y violentos siglos, es la historia del cercamiento y la expropiación, la historia colonial, la historia del esclavismo, la historia de la desestructuración del mundo, de la división entre ricos y pobres. La crisis que vivimos es una vuelta de tuerca a esa larga historia de la avaricia, base de la guerra continua por la apropiación.

## III

La plaza que a mi padre le gustaba era la de los árboles dando sombra a los puestos que se montaban y desmontaban en el mismo día; mi padre lo contaba como si aquello fuera pura naturaleza, narraba sus sombras y el ambiente de charla entre la gente en la espera de comprar. Después, con malos materiales y asentada sobre un terreno movedizo, debido a las corrientes de agua que fluían bajo tierra de tanto manantial, hicieron la nueva plaza en 1948; esa fue la plaza que conocí de pequeño, con las resonancias orientales de sus dos torreones cuadrados en los que se inscribía otro cerrado por cúpulas que daban fin al semicírculo de su entrada, sus dos patios descubiertos rodeados por una galería de arcos donde estaban los puestos y en el centro las fuentes de mármol, un ambiente de zoco… y enfrente la Posá, a ella voy, a quedarme un rato que me están esperando los otros. No hace falta que diga que allí nunca se habló de que aquellos arcos que se insinuaban en la fachada llena de

escudos, blanca, encalá, recortada por otro color que Mi Tienda le daba a su trozo que tal parecía un Mondrian gigante, eran en realidad un pórtico; y menos mal porque si no nos hubiéramos quedado sin aquella sala donde todo pasaba, el espacio social por antonomasia con las sillas de anea y pequeño espaldar para esperar según iban haciendo las faenas o mandaos del día. La sala a mediodía se iba convirtiendo en comedor con la gente que traía su comida y no iba a las fondas, las tajás de chorizo, el tocino, la navaja y el pan y un pañuelo o servilleta cubriendo las rodillas y para recoger las migas; un espacio bullanguero donde esperando que bajara Antonio o bien por oír las historias que se contaban de la vida de unos y otros, pasaba allí muchos ratos. Allí la pequeña mesa de madera con su cajón y el tirador niquelao con forma de concha; allí aparejos de las bestias o mulos que habían dejado en las cuadras interiores; allí Miguel, el dueño que entraba y salía de la sala a la puerta gigante cubierta de metal donde estaba la tercena con las verduras y frutos; allí por el pasillo cubierto, por el suelo empedrao pasaban los animales rozando casi las paredes con los serones ya vacíos o preparados a llenarse; allí Characha achaparrao, con el pelo blanco, vivaracho y locuaz que de algo se encargaba en la Posá, aunque nunca me enteré bien; allí Remes, la hija de Dolores, la mujer de Miguel, que la llevaba siempre de punta en blanco; allí, por la noche, echaban las esteras de esparto para que la gente durmiera junto a la lumbre en invierno,

una hoguera de paja muy prensada en una especie de círculo incandescente al que llamaban, según me recordó Remes, la pava. ¡Otra forma de hacer la pava!; allí dentro en un pequeño patio, que recuerdo muy húmedo, un cuarto con olor a zotal y el agujero del servicio.

De la sala partían unas escaleras que subían de tirón a la vivienda de ellos y a los pequeños cuartos que se alquilaban para pasar la noche en una cama, o cuando venían del campo embarazadas para parir en el pueblo y poder contar con los servicios de la matrona, ¡una posá…, casi de Belén! Allí, todo mezclado, subíamos a ver la tele, una de las primeras, y ver lo que echaran, aunque naturalmente el griterío lo formábamos cuando había fútbol y lo veíamos en la Posá o en lo de Anastasio. Yo era del Graná, ¡déjate de lo fácil!

A mano izquierda estaban los graneros bajo el suelo, entonces llenos de paja para las cuadras, a los que podíamos entrar sin dar mucho cante, y que a veces eran nuestro refugio para hacer de tó, valga la redundancia; un poco más adelante, atravesando el pasillo con el techo alto y arcado, las cuadras con sus arcos y la ensoñación de que debajo de ellas había tesoros, como es natural; y cuando apretaba el calor o sudaos por el juego íbamos a beber al fondo de la Posá en su fuente de agua continua, como era común en muchas casas de Loja; y allí, allí al fondo la escalera gigante y recta con los escalones hundidos en el centro por el tiempo, por la que se subía aquí, entonces era

una fábrica de punto y después un almacén que lo tenían alquilao los de Torillo. Porque aquello, toda la manzana, era de las Cordonas: Ramona, Dolorcitas y Pepita.

El otro día le pregunté a Carmencita la de Anastasio: «¿y tú no recuerdas que alguna vez se quedaban en la Posá artistas en época que no era feria?» Me contestó: «tú estás hablando de una mujer que se llamaba Carmen»; a ella le parecía que venía a actuar en el Casino aunque no recordaba bien cuál era su espectáculo, creía que entre otras cosas hacía números de magia. Me vino entonces a mi cabeza una mujer guapa, con la melena larga suelta y negra, como salida de un cabaret que nunca vimos, una figura fuera del circuito de nuestras pacatas reglas morales, otra mujer distinta y misteriosa de la que oigo un murmullo de historias, ensoñaciones sobre su vida, entre otras cosas porque tenía un hijo de nuestra edad que nos enseñaba cosas que nosotros o no sabíamos o no practicábamos, un chico que en su picardía nos atontaba a todos, una mala compañía de las que son necesarias para acelerar nuestro conocimiento, Cantarranas, que así se llamaba, también era guapo como su madre.

Texto escrito para ser leído en el acto de presentación de la publicación *Miguel Benlloch. Acaeció en Granada*, celebrado en el Centro de Iniciativas Culturales El Pósito de Loja, 17 de enero de 2014. Publicado como adenda digital a dicha publicación, Ciengramos, TRN-Laboratorio artístico transfronterizo, 2013.
http://ciengramos.com/era1987.pdf

# SONIDO AMBIENTE

Debía ser un día de septiembre de 1982 cuando comenzamos la obra. El bajo de Obispo Hurtado 15 había sido un taller de radiadores y el humo lo había ennegrecido todo. Los tres con el albañil republicano que nos había recomendado un amigo de la corriente de izquierdas de CC.OO. Era un hombre mayor en paro, dicharachero y agradable a primera vista, del que decían que era muy fino trabajando, tan fino como lo enjuto que estaba.

Un mes después llegaron los socialistas al poder prometiendo 800.000 puestos de trabajo y sacarnos de la OTAN donde a hurtadillas nos había metido la UCD. Estábamos en plena Transición. La Transacción.

Todo comenzó aquella mañana cuando en mi casa sonó el timbre. Era Marino, venía feliz.

«Miguel, traspasan un bar en el Realejo, tenemos que ir a verlo. Es nuestro local».

Me sentí contento, habíamos hablado varias veces de abrir un espacio, un bar de copas donde pudieran ocurrir las cosas que nos gustaban. Le

comenté que igual que con él había hablado también con Juan Antonio de que si alguna vez montábamos un bar estaríamos juntos y eso lo tenía que cumplir. «Claro —dijo—, los tres lo haremos».

Busqué a Juan para decírselo. «Sí, los tres», fue su respuesta.

Marino hacía unos años que había regresado de Alemania, donde vivió de pequeño con sus padres, eran los 60, la emigración masiva. A su vuelta estuvo un tiempo trabajando en Valencia donde retomó el contacto, que había tenido en Alemania, con el Movimiento Comunista —la emigración fue fundamental en la repolitización social—, después llegó a Granada, había nacido en Caparacena, un anejo de Atarfe, cerca del pantano de Cubillas. Yo también militaba en el MC. Eran los primeros 70, tiempos de clandestinidad, donde a pesar de la estanqueidad, palabra que señalaba la incomunicación directa entre los integrantes de las diversas células, más o menos nos conocíamos todos. Tampoco éramos tantas.

A Juan Antonio lo conocí a finales de los 70. Concurríamos por algunos de los nuevos bares, como el Sefru, donde se encontraban los homosexuales que habían decidido dar la cara, la gente del FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria), donde él militaba, y el MLH, los primeros grupos en Granada por los derechos de los maricones, como entonces nos gustaba llamarnos dándole la vuelta a la tortilla; también lo frecuentaban modernos dispuestos a atravesar los límites en aquella nueva realidad que creíamos nuestra.

Muy pronto nos hicimos grandes amigos, sobre todo desde que se fue a vivir a casa de Hilaria en Cartuja. Para mí Juan significaba entrar de lleno en un mundo de nuevos amig+s, muchos de ellos maricones, que andábamos aflorando como setas en otoño, pasando de una vivencia oculta y en solitario a esa colectividad gozosa de la afirmación.

El local que traspasaban nos pareció caro y no demasiado grande para lo que queríamos. Nos dijimos «haremos nuestro bar», metiéndonos de cabeza en una decisión que sobrepasaba nuestros conocimientos, no nuestra ilusión. El dinero nos lo dejaron nuestras familias, no mucho, un poco que creíamos bastante. El que yo puse provenía de un dinero que mi madre tenía para mi boda y que ya habían usado mis hermanos para casarse y ella, siempre generosa, me lo dio sin más discusión. Cuando se lo pedí le dije, yo no pienso casarme, prefiero poner un salón de banquetes.

Enseguida nos dimos cuenta que no teníamos bastante y tuvimos que pedir un préstamo.

El nombre, Planta Baja, era el mismo de un local de Valencia que conocíamos los tres y nos gustaba mucho. Juan había hecho la mili en Valencia y había vivido allí un tiempo como Marino; mi padre y mi madre eran valencianos. Tal era entonces nuestra relación con Valencia que la barra se hizo con azulejos tradicionales que ellos eligieron en Castellón, como la vajilla, con un toque clásico, que la gente fue llevándosela con la mano de atrás; después de transcurridos unos meses de estar abierto no quedaba un plato.

La idea de la cerámica también le había gustado a Luis López Silgo, un arquitecto joven con quien trabajamos y que había abierto el Silbar, un lugar para oír la nueva música española y donde, entre el humo denso del aquel sitio que simulaba un túnel de tren, escuchaba Aviador Dro, uno de mis grupos preferidos de los 80. Luis era para nosotros el referente que daba forma a nuestras ideas, como la novedosa instalación para extraer el humo del bar. Consistía en poner sobre las placas de escayola del techo una red con tubos rectangulares de cartón, apenas de veinticinco centímetros, que recogerían los humos a través de una rejilla como las de las cocinas. Argumentaba, y a nosotros nos encantó, que era una instalación muy barata y ecológica, palabra que apenas entonces se oía, cuyo uso refería a las políticas del recién creado partido verde alemán y que parecía no tener nada que ver con lo que pasaba aquí, tanto que a Nico, un amigo, le llamaban el ecologista, como una forma simpática de guasear semejante exotismo militante. La instalación falló estrepitosamente, era tanta la gente que aquellas rejillas apenas podían tragar el humo del tabaco, mezclado o sin mezclar, y a pesar de que apenas nadie protestaba decidimos quitar los cristales de las ventanas, hasta que hartos de la humareda y pensando que el aguante del personal tendría un límite, decidimos cerrar el bar para tirar el techo de escayola, apareciendo de nuevo el techo ennegrecido, corriéndose el rumor de que habían puesto una bomba. Pero la bomba fue una gran máquina de extracción de humos y aire acondicionado. Y el

bar volvió a su jarana. En Granada, por aquellos años apenas se veían lugares climatizados y menos bares, de cualquier tipo que fueran.

El Planta, al que algunos comenzaron a llamar, en tono cariñoso, el Plasta, era una barra de azulejos trazada con aquellas curvas tan sensuales, ideadas por Luis, que se reproducían en el techo mediante una cornisa rodeada por un neón amarillo. Los azulejos rodeaban el bar con un zócalo igual de alto que la barra y el resto del espacio pintado de un gris que estaba tan de moda, con las ventanas de marcos de madera teñida con anilina amarilla. Aquel espacio era una mezcla entre la tradición y lo nuevo, mezcla y remezcla de todos los saberes. El diseño había llegado a nuestras vidas, tal y como llegó al país, como para dar luz después de tanta oscuridad.

La obra avanzaba en medio de una enorme ilusión buscando que todo fuera tal y como imaginábamos. Marino centrado en que todo estuviera hecho con precisión y buenos acabados; negociando con los bancos, con los proveedores…; Juan y yo al lado de él en los tratos comerciales, admirando su tozuda convicción en lo que argumentaba para sacar el mejor precio, hasta el punto de que siempre lo recordaba cuando con Joaquín Vázquez comencé a desarrollar la plataforma BNV Producciones, mi nuevo trabajo desde el 1988, cuando, ya ido de Granada, nos tocaba negociar cualquier cosa.

Juan tenía mil ideas sobre lo que quería hacer, sobre todo con las músicas que se oirían en el bar; yo, como siempre, dándole a todos los palos sin

dominar ninguno. Los tres trabajábamos aprendiendo el oficio con el albañil. Cada varios días iba con Juan a tirar cascajo y volvíamos con sacos de arena que teníamos que llenar nosotros en los sitios de distribución. Cuando descargábamos los sacos más de una vez nos dijo Marino: «Os los venden llenos y vosotros los traéis medio vacíos», nuestra respuesta era: «No podemos con más o te crees que somos burros de carga». Y nos reíamos, haciendo de nuestra debilidad virtud, sabiendo que habíamos hecho lo que podíamos y no íbamos a hacer más.

El albañil no avanzaba, si al principio colocaba al día doce placas de escayola con los malditos alambres y la estopa que las sostenían al techo, poco a poco se fue haciendo interminable y encima sin saber cómo decirle, nosotros comunistas, a un republicano, que íbamos muy lentos; los nervios se nos comían viendo cómo se evaporaba el dinero, pagándole por días y no por obra hecha; además el hombre, aparte de abrumarnos con tantas historias como contaba, al principio divertidas, resultó borrachín y cada dos por tres parón y a mediodía tras un sinfín de cervezas, donde nunca tomaba tapas, volvíamos al trabajo apenas sin comer atravesando como podíamos el sopor de la tarde. Alguna vez su mujer, sabiendo que su marío no comía, se traía la cesta con la comida para todos y animar a que ese hombre comiera. Y allí, en medio del yeso y el cemento, nos poníamos a meternos los platos que esta buena mujer cocinaba, nos gustaran o no. Al final de la tarde él se iba

con los ojos como brótolas, pero eso sí muy peinao, porque ese hombre había sido guaperas.

Una tarde, al final de la jornada, cuando apenas había colocado en todo el día 15 azulejos, llegó el momento de comunicarle al albañil que íbamos a meter a otra persona más para poner el suelo. No le dijimos no venga más, que es lo que se merecía por la tomadura de pelo, simplemente que iba a venir otro albañil para avanzar; cuando lo oyó refunfuñó, nos miró con desprecio, y al finalizar la faena ese día se limpió, se arregló, se fue y no volvió más. Respiramos, ¡ufff! Era tanta la hartura que teníamos que jamás revelamos el carrete de fotos que hicimos sobre la obra y donde él aparecía. Aquellas imágenes desaparecieron para siempre.

A los pocos días comenzó a trabajar un granaino emigrante en Alemania que estaba de vacaciones en España. Todos los días aparecía por las mañanas con su flamante mercedes, en un mes colocó el suelo, terminó la instalación de azulejos, los aseos, y otros flecos. Pepito, un electricista amigo de López Silgo, terminó la instalación, pintamos, bebidas, refrescos y flores y la música sonó por fin en una noche inmemorable, porque lo único que recuerdo de ella era la gente bebiendo las jarras de agua de Graná que repartíamos con canapés, un sucedáneo del agua de Valencia, cóctel a base de cava o champán, zumo de naranja, vodka, ginebra y triple seco, tintada con jarabe de granadina que le daba un color rosa a la bebida y un morao considerable al público que la bebía.

No crean que nuestra experiencia en bares era mucha. Cuando los partidos políticos comenzaron a poner las casetas en el Corpus, en los últimos años 70, como signo de los nuevos tiempos, Marino y yo nos habíamos encargado con otros de montar la del Movimiento Comunista de Andalucía, que pronto se llamó El Meneillo; primero estuvo en la Bomba, un año en el Violón, después subió al emplazamiento actual. La caseta fue nuestro manual, con él aprendimos a llevar una barra, tratar con proveedores, controlar las ventas y estar construyendo la fiesta. Las casetas del MC eran un éxito por su música, la mescolanza de amig+s, Juan estaba siempre por allí, creo que ya entonces vivíamos juntos en un piso de Ribera del Violón, aquel piso comuna (como una no hay ninguna); el taller de bares, como se diría ahora, lo habíamos realizado durante varios años, una carrera completa que nos permitió construir un lugar donde nuestros amig+s se divirtieran juntos.

También habíamos vivido la noche del Sacromonte donde estuvo la marcha hasta principios de los 80, en las cuevas, laberintos horadados donde las nuevas músicas se enredaban con la copla y el flamenco atravesando el humo de los canutos y el alboroto de los espectáculos transformistas, que era como ir a ver a las amigas, disparatando sin cesar para fomentar la risa, el aspaviento y la pluma. Si cierro los ojos y pienso una Granada divertida y absolutamente nueva tras la tristeza en blanco y negro de la dictadura, vería aquel Sacromonte *mix*, máximo en juerga, apoteosis liberadora que abría

el alba. Aquello duró hasta que no se cupo con tanto coche, tanta gente y tanta presión municipal.

Y la bulla bajó a la ciudad, a Pedro Antonio del Alcohol, eso era lo nuevo, Pedro Antonio parriba, Pedro Antonio pabajo.

La ciudad irradiaba energía, se respiraba una libertad que parecía llenarlo todo, lo que antes no era posible ahora lo era, éramos abiertamente rojos, modernos, maricones… Las nuevas instituciones municipales, visto en lo que se han convertido, eran algo más cercano, formadas por gente con quienes, con diferencias, habíamos convivido, pero poco a poco se fue apoderando de ellas la renuncia a todo lo que sonara a participación. La cultura era patrimonio institucional y lo que no naciera de su propio interno no existía. Nunca existió, ni existe, una política cultural por más que la ciudad hirviera de propuestas. Por otra parte, y en todo el país una comprensiva frivolidad despreocupada y despolitizada se iba instalando. Por todos lados se oía que la nueva situación era para crecer y despreocuparse de una vez de aquella situación asfixiante del franquismo; aquellos con quienes habíamos sido rojos se destintaban, hablar de política se había convertido de la noche a la mañana en un tostón que practicábamos los que quedamos cabreados y distantes del pacto del nuevo régimen que hoy aflora corrupto. La revolución se había apagado, aquella idea del comunismo redentor era ya una vieja historia.

Cada vez más entre los restos del naufragio de la militancia política antifranquista de izquierdas,

y sobre todo de lo que se había llamado izquierda revolucionaria, se empezó a hablar de feminismo, de ecología, pacifismo, políticas que tocaban la vida, que cambiaban nuestra subjetividad, que nos distanciaban de un comunismo sin individuos con sus vidas vividas. Comenzamos a indagar y a saber qué había debajo de aquella palabra que la mayoría detestaba, decirse feminista era para nosotras algo que comenzamos a sentir como constituyente de una forma de ser en el mundo. Palabras que se han ido desparramando ampliando su sentido, desde las que se ha construido la resistencia y la acción en los nuevos tiempos que quieren abrirse. El Planta apoyaba los nuevos movimientos sociales cediendo el local para fiestas y otras actividades.

Bajo la planta baja estaba el sótano, un lugar sin apenas ventilación, que habíamos convertido precariamente en una sala para realizar actividades; se bajaba por unas angostas escaleras de caracol a la que se accedía por una puerta de cristal transparente con el nombre del bar grabado, y sobre ella, en una caja de metacrilato los tres rayos de neón refulgentes, símbolo del bar. La bajada por la estrecha y empinada escalera era el primer colocón, te encontrabas de pronto con aquel espacio donde sucedían nuestras cosas y las de las otras, como la exposición de maquetas de Inma Rodríguez, construidas como cómics tridimensionales recreando espacios imaginarios, convertidos por una especie de alucinación en crónicas de hábitats posibles, maquetas sensuales, maquetas sacrílegas, maquetas cubiertas por una inocencia irreverente a las

que mirabas desde distintas alturas irrumpiendo como un Gulliver descomunal en la escena. En la maqueta que hizo del Planta estábamos como vivos en un tebeo reconstruyendo el ambiente de una noche placentera, donde ya no cabía nadie más. Como decía Juan «En el Planta estaban todos, mis amigos, mis amantes y mis enemigos». Así fue desde el principio, desde el día de la inauguración, gente, gente, gente y más gente. ¡Al Planta!, era la nueva consigna, y allí, donde ya sobraban las mesas de mármol con los cincuenta sillones finos y baratos, no cabía nadie más. Pedir en la barra era un ejercicio de contorsionistas, oírse en aquel barullo donde sonaba la música de Juan imposible y solo Juan en su cabina azul grisácea: «Aquí no se pone La Polla Records, aquí la polla que hay es la mía y no es precisamente record», frase inolvidable y desmitificadora de aquel rock radical macho. En el Planta confluía todo el desparrame, era el espacio que creaba el roce entre las distintas formas de estar y hacer.

El Planta era la interrelación que producían nuestras vidas, la de Juan, Marino, la mía y la vida de los otros, nuestr+s amig+s, las incondicionales, las que seguimos queriéndonos, las adorables irredentas como la Mati, Mati Córdoba, muy activa en los feminismos; Willi Chacón, moderno de izquierdas de Lacan lacón que nos unió a La Visión; Micki, Fernando y mi Fonsi Carnicero por donde oíamos también músicas e ideas nuevas; o el Maresca de los mil proyectos que de vez en cuando, cada vez más, abandonaba La Tertulia,

otro bar inacabable, para abrir su campo de visión y se plantaba en el Planta presentando la nueva etapa de la revista *Olvidos de Granada* con Luis García Montero, otro asiduo.

La idea, después tan usada, de un local que se transformara de cafetería con música a garito vital y ruidoso no funcionó. Era la cruz del Planta, ir a trabajar para servir tres cafés me producía un aburrimiento extremo que alguna tarde se veía compensado con las visitas de Mari Carmen Chacón con quien me gustaba charlar y reír mientras iban cayendo algunos de los tocinos de cielo caseros que vendíamos y alguna copa de coñac en copa balón.

Así me pienso ahora, como aquel Planta de base roja sobre la que todo puede crecer, un lugar espirituoso donde el espíritu se hacía carne, a veces solo carne, para crear proxemia, aproximación de espacios corporales, interrelación, construcciones móviles de la identidad; un territorio sin fronteras que acortaba distancias entre quienes lo habitaban, donde cada cual reivindicaba a su modo su ser individual, produciendo un espacio de conocimiento del otro y aunque rajáramos los un+s de las otr+s era porque estábamos próxim+s, viéndonos como una comunidad polimorfa habitando la noche.

Granada se activaba como una ciudad donde sucedían cosas desde la creatividad de la gente, ya fuera música, teatro, diseño o arte. El Ayuntamiento con Mariló García Cotarelo, la primera concejala de Cultura, gran amiga hasta hoy,

apoyando iniciativas tan absolutamente extrañas en todo el país como el SIMA (Semana de la Música y la Imagen Actual), una idea organizada por La Visión, pioneros de la producción de conciertos, fanzines y distribución de conocimientos desde donde accionaban, Anne Zinc y los hermanos Carnicero, entre otros, actuando grupos ingleses como A Certain Ratio con sus trompetas, sintetizadores y otros artilugios electrónicos, o 23 Skidoo una banda que mezclaba sonidos industriales, post *punk* y músicas africanas.

Los grupos de música que cambiaron el sonido de Granada, TNT, KGB, Magic, los 091, actúan en el sótano. *Rimado de ciudad*, las coplas de pie quebrado que había hecho Luis García Montero con la producción de Mariano Maresca y el sonido de Magic y TNT, *heavy* con *punk*, suenan potentes en su estreno, un disco 33rpm que cuenta también con el patrocinio del Ayuntamiento de Granada. Todo mezclado en una horizontalidad que poco a poco, aceleradamente, comenzó a perder pie hasta convertir la cultura en una mercancía y entregar la ciudad a las hordas de turistas.

La política municipal no supo amalgamar la interconexión entre el bullicio creativo de la ciudad y aquellos eventos que traían a Granada lo más experimental de distintas disciplinas como el espléndido Festival Internacional de Teatro o el Festival de Jazz con aquellos magníficos y costeados carteles de Juan Vida y Julio Juste que convertían a la ciudad en un soporte expositivo, donde también destacaban, llenos de humor y política, los

carteles del MCA. Festivales que no eran concebidos como un fenómeno espectacular e irreflexivo, tal y como hoy se desarrollan las escasas políticas institucionales, sino que conservaban el marchamo de acción y pensamiento de las políticas culturales que se habían hecho en los años finales del franquismo en facultades como la de Filosofía y Letras y la de Ciencias, lo que se llamaba departamento de actividades culturales, donde alumnos y profesores trabajan para darnos a conocer lo que se hacía de interés en el país, con el profesor Trigueros y Manolo Llanes a la cabeza. La noche terminaba para actores y público en el Planta, entre el glamur deshilvanado y el debate errático del alcohol y las «cosas».

Por allí pasó casi todo el mundo que tuviera que contar algo, ya fuera teatro como Ramón Rivero con *La legionaria*, 20 días seguidos llenando y con entrada de pago, la vida de las putas hecha carne por mor de un relato espléndido de Fernando Quiñones; las fotografías de los habitantes del Planta realizadas y luego expuestas por Pablo Pérez Mínguez en el propio sótano; la exposición con el tendedero de los Parejo School, un grupo de Málaga del que se decía que para ser Parejo solo bastaba con tocar a uno de sus integrantes, tal era la dilución de autoría que practicaban en los albores ochenteros con esa radicalidad de sus acciones que para mí son un referente imprescindible; o aquella acción *Sida da* que Las Pekinesas realizamos para nombrar el sida en aquellos años de una forma ácida y divertida cuando nadie hablaba de sida y nosotras

no sabíamos lo que era una acción o *performance*. Y Juan, san Juan de Villanueva de la Reina, mago de la música, azote de todo lo vulgar, siempre en el centro estando en el lado, mi hermano querida, poniendo música a mis poemas cuando tocaba recital. Le leía el poema y él decía esta y nunca probábamos dos porque esa música ya le daba la vida y entraba en trance.

Arriba, junto a la barra, actuaba *Al Karri*, nuestro Antonio Carrillo; entraba a escena arrastrándose desparramado por el suelo, saliendo del WC como una áspid trans zigzagueante, una aparición más allá de la travesti, una Salomé heterodoxa anormativa, que devoraba historias y canciones apoyada en la barra del bar con ojos de kohl Cleopatra Taylor, delgado como una línea, capaz con una sábana de hacernos estallar la imaginación y ponernos travestis perdías anunciando lo que después fue el Cutre Chou y Los Derribos Chari. Su acción espectacular y proto*queer* se llamaba *Doble W Titanlux*, una mezcla de alcohol y agua a ras del suelo que se despeñó por mi imaginación en un sinfín de normas a pulverizar.

El Planta era ya la desnorma, un lugar propicio al paroxismo, una babel disconfusa que atraía los cuerpos produciendo el dulce caos de una noche feliz y la aparición fulgurante en la escena de un bar de todo lo que en Granada era abierto y al que los timoratos llamaban de maricones en una sinécdoque donde hacían el todo de aquel cruce de cuerpos libres, al que intentaban definir con un intento de insulto que nos resbalaba.

No me acuerdo de quién fue, ni cómo pasó, pero habían grabado para televisión unas imágenes del local en pleno estallido nocturno que al poco tiempo se convirtieron en el recurso que los telediarios de TVE, la única cadena entonces, usaban cada vez que daban noticias relacionadas con la juventud: que si del paro, que si de las drogas… una especie de fario o maleficio ritual que comenzaban a usar para ir problematizando la noche, controlarla y normativizarla, aplicando un corsé que aprisione la vida.

Aquí en este libro encontraréis otros relatos de la voz coral que fue el Planta de Obispo Hurtado, aprovecho y saludo a quien está hablando en otras páginas extendiendo sus experiencias sobre el poliedro de este lugar que nunca fue circunferencia; por ejemplo, mi amigo Antonio Rodríguez Vázquez, a quien unos cuantos llamamos El primo, pero realmente el padrino que movía los hilos que hicieron nacer a finales de los 80 el Espárrago rock, el primer festival en España. Su éxito, la calidad y remezcla de sus programas y sobre todo su independencia fueron algo que dejaron caer, tras resistencia numantina, las instituciones públicas, como antes habían hecho con el FIT (Festival Internacional de Teatro) o el SIMA. Las políticas culturales no quisieron, ni supieron, potenciar los lazos creativos de los agentes culturales, ni crear las infraestructuras relacionales de producción que hubieran posibilitado el despegue de la ciudad como un referente cultural, como vino siendo en los 80. El Planta, lejos de ser apoyado, empezó a

sentir el peso de ese poder que ya en los 90, con el nuevo Planta, intensificó la represión utilizando el cierre del local bajo cualquier pretexto como una advertencia para otros locales. El control se extendía escrito en un sinfín de normas sobre la conducta de los ciudadanos en esa peste uniformadora que venía de Europa, ¡fronteras a gogó!

La potente Granada, y aquella amalgama creativa, fue disolviéndose en esa conciencia institucional de sobrepoder tejida sobre la arrogancia ignorante. El país también. Todo se fue apagando, el referéndum de la OTAN, la esperada traición del PSOE se hizo realidad, el desencanto lo cubrió todo disolviendo lo político en la conciencia popular, la democracia comenzaba a construir sus redes clientelares, compraba y vendía, iba tejiendo la espesa falsedad de su esencia, la desmesura de sus corrupciones, la nulidad de su poder en manos de los mercaderes corrompiendo políticos y viceversa, hasta llevarnos a esta crisis producida donde la desposesión es la norma suprema. ¡El rey está desnudo! Siempre lo estuvo, el 15 M fue el grito que recrea la esperanza, volver a la política, actuar, compartir, volver a ser un+ en l+s otr+s.

Lejos queda el Planta, desde él mi vida se orientó en un sentido más completo para atravesar el territorio de la creación, un espacio transcendente de límites ignotos donde poder creer y creerme. El nuevo Planta que diseñó Piero Calvi no acabó de entender la posibilidad de unir la música con otras prácticas culturales, la deseada fusión con BNV, la productora cultural que habíamos creado en

Sevilla recorrió algunas experiencias bajo el epígrafe de Carta de ajuste, pero esa fusión no acabó de realizarse, el análisis de ese fracaso necesitaría de ganas y páginas que no están escritas.

Terminemos felices. ¡Tócala Juan! The Smiths, Front 242, Cabaret Voltaire, New York Dolls, Joy Division, Echo& the Bunnymen, The Communards, Tuxedemoon, Bauhaus y nuestro The Durutti Column…. La música siguió sonando, ardiendo en aquel espacio que había crecido con nosotros. Juan con su amor por lo que está debajo de las cosas, su afán en comunicarlo, la capacidad de unir desde su radicalidad, disparó el sonido en la ciudad. Grupos, maquetas, canciones, el canto de los pájaros… para intentar crear cuerpos desnormativizados, cuerpos libres.

¡Déjate de zombis!
Sonido ambiente.

Texto escrito para la publicación *Planta Baja 1983-1993*, Ciengramos, TRN-Laboratorio artístico transfronterizo, Granada, 2015.
http://ciengramos.com/planta-baja/

# DERERUMNATURA. CRÓNICA DE LA ENFERMEDAD Y LA SANACIÓN

La sala de espera de la clínica de mi padre estaba todas las mañanas llena de enfermos, los familiares que venían con ellos hablaban como en una peluquería —por cierto había una en el piso de arriba—, el murmullo me iba despertando. Dormía junto a la sala de espera, separado por un pasillo; detrás de la cortina larga alpujarreña estaba mi cuarto donde despertaba los días entre quejas y conversaciones en voz alta entre unos y otros contando sus cosas: las cosas de sus cuerpos, cuantos puntos tenían sus cicatrices, su dimensión, los dolores que habían soportado, las faenas que habían hecho aquella mañana en el pueblo, el precio de los alimentos, los mandaos por hacer; cosas de la vida que se mezclaban en mis sueños indicándome que mi padre iba a aparecer de un momento a otro en la consulta y que posiblemente no le gustaría verme en la cama a las once de la mañana, mientras él desde una hora muy temprana veía enfermos en el seguro. Holgazaneando me levantaba y cruzaba la sala dando los buenos días a los enfermos

con la naturalidad de la costumbre de despertar entre ellos. Me miraban al pasar como quien mira a un fantasma ojeroso y desvaído que irrumpe sin esperar parando las palabras de sus cuitas.

Era noviembre de 2002, Sevilla, ambulatorio de la plaza del Pumarejo, abandoné la sala de espera del ambulatorio que visitaba por vez primera para entrar en aquella consulta donde la doctora, fría y eficaz, me informaba del resultado del análisis, tenía hepatitis C, una enfermedad de la que apenas sabía nada. «No podré beber más», fue lo único que di por cierto. De la consulta del ambulatorio al especialista en el hospital pasó un tiempo, mientras tanto me informaba de lo que me sucedía: me había contagiado del virus en un contacto sangre sangre, la única forma que te puede pillar. Podría llevarla agazapada muchos años y comencé a darle sentido a mi incapacidad para levantarme por las mañanas cuando apenas bebía alcohol y que yo achacaba a una flojera intrínseca en mí. De pronto un día me vino a la cabeza una donación de sangre que realicé allá por los años 70, entonces no se tenía la prevención necesaria con las jeringas, pero poco a poco empezó a no importarme nada, ni el modo, ni la forma, ni cuando la había cogido, estaba en mí, era mío.

El VHC entraba en mi vida sin apenas dolor, decidí contarlo a los cercanos, casi siempre lo he hecho, es mejor, pero también es una comunicación que no acabas de terminar, siempre queda algo por decir, lo reservas en un reconocimiento del cuerpo como tuyo, como de uno, esa unidad siempre

contaminada y violenta. Sanar, curar, restablecer un ser que has abandonado, ponerte en manos de otros, médicos que aparecen cada vez con mayor frecuencia y diversidad, especialistas en tu enfermedad, conocedores de las técnicas, protocolos, diagnósticos, que te dicen a la cara la gravedad o levedad de los percances que te suceden, pero son distintos, focalizados en su especialidad, la mayoría no ven más allá del circuito corporal y rara vez tienen palabras de afecto o consuelo. El primer especialista que tuve era un ser huraño y tosco que todo lo decía de forma desagradable, hace catorce años y no recuerdo situaciones concretas, solo me vuela en la cabeza el desamparo que sentí en aquella consulta que visité durante bastantes meses; allí, después de un año de estar diagnosticada la enfermedad, y empeñándome en ello, me medicaron la primera esperanza de sanación: el interferón con la ribavirina.

**La enfermedad informa de la disyunción entre un cuerpo autónomo y el pensamiento como lugar desde donde relacionas tu cuerpo con lo social y contigo, el cuerpo interno, llamémosle así, se disfunciona así mismo, altera sus procesos sin conciencia de que existan.**

El verano que pasé en Loja lo recuerdo lleno de mosquitos, me pareció notarlo porque sobre la primera semana de agosto me invadió una especie de picazón, unos puntitos rojos que llevaban unos días molestándome, cada día eran más y a

mí generalmente no me suelen picar, pero aquello no podían ser sino mosquitos, eran ya tantos que comencé a poner Betadine en cualquiera de los puntos rojizos, la piel reseca la embadurnaba de hidratantes, recuerdo a Cristina y otr+s amig+s cuidándome, tratándome con polvos de talco y aquella camisa de seda verde botella que apenas me rozaba y que se convirtió en el uniforme de todos los días; Joaquín no puede soportar vérmela puesta como una camisa cualquiera. Nadie dijo, ni yo lo pensé, que eso que me pasaba «era para que lo viera el médico en Sevilla», los mosquitos habían desaparecido, estaba ya seguro que eran los medicamentos, pero me seguía poniendo el medicamento sanador, todas las dosis prescritas, aguantando el tirón y tomando paracetamol. El interferón tenía muchos posibles efectos secundarios que en mí se manifestaba como si tuviera una gripe que me agotaba, pero a la vez sentía la necesidad de una actividad constante hasta caer roto.

En julio, creo que de 2004, cuando apenas llevaría unas semanas de los 12 meses de tratamiento prescrito fui unos días con mis hermanos a Benaguacil (Valencia). Todos los años vamos los cinco a encontrarnos en la casa donde vivía mi madre, lo que para mí era un placer, entrar en aquella casa donde ella parecía estar, se convirtió en una situación incómoda, mi genio se desató, mi mal genio quiero decir, todo me parecía mal, hasta mi cama, a la que hacía falta cambiarle el colchón, pero no era necesario obligar a mis hermanos a cambiar también los suyos; ellos, con paciencia, me calmaban

trayéndome un nuevo colchón y somier, aguantando mis repentinas iras. Una energía enfermiza se apoderó de mí, necesitaba arreglar cosas estropeadas, sanear los bajos de las paredes del pasillo que estaban abombadas por la humedad y detrás de una faena otra, como movido por un mecanismo que estaba en mí y a la vez no controlaba.

Aquello también me sucedió en Nerja donde a cualquier hora bajaba a la playa a coger piedras blancas que tuvieran un tamaño parecido, deambulaba por la arena buscando aquellos tesoros que me llevé a Loja, al campito, y con las que hice unos escalones empedrados con los guijarros. Ahora los miro y doy por buena aquella faena obsesiva.

**La enfermedad produce extrañamiento, situándote en otro lugar.**

Cuando aparecí de nuevo en Sevilla, dado mi estado, el médico interrumpió el tratamiento y mis amigos sevillanos pensaron de todo al verme así. Entonces tomé la decisión de cambiar de hospital, al principio el virus desapareció, pero a la siguiente revisión me comunicaron que había vuelto a aparecer, ya no había más tratamiento eficaz. Comenzaron las pruebas para saber por qué era alérgico a la ribavirina, nada se solucionó y decidieron ponerme interferón solo; junto a lo extenso del tratamiento y sus molestias, la conclusión fue la misma: el virus desaparecía con el interferón pero en cuanto terminaba el tratamiento volvía a aparecer y el hígado atacado por ese extraño cuerpo

viral comenzó a deteriorarse. La cirrosis ya habitaba conmigo, los años fueron pasando con los controles y como decían los sucesivos médicos que me fueron tocando: mi hígado estaba compensado que era lo importante. Yo seguía tomando Sumial, un medicamento para que la sangre vaya a menos velocidad por el hígado y evitar en lo posible la producción de varices esofágicas, lo que quiere decir que debido a su velocidad la sangre no se abra sitio por otros caminos que en principio no existen, pero el Sumial, que también se usa para buscar cierta tranquilidad, comenzó a cambiar mi capacidad de concentración debido a su ingesta de años y mi memoria se deterioró; incapaz de seguir el ritmo de trabajo en BNV, pedí la baja médica.

Más tarde llegaron los nódulos como naves invasoras que traían un nuevo mal, el hígado se veía poblado por pequeños tumores de variados tamaños de los cuales sobresalían varios más grandes que podrían ser cancerígenos, las fallidas biopsias no me salvaron de ser hospitalizado y mediante radiofrecuencia quemaron los nódulos que sospechaban de su negatividad y al parecer todo salió bien. El hospital era ya la segunda vez que me visitaba, ponerme el pijama, subirme a la cama móvil, los paseos del personal sanitario, las visitas siempre bien recibidas, mis amig+s, mis herman+s y yo con una normalidad que debo de haber aprendido de performancear y sujetar la vida a un ritual que vivo con cada vez más tranquilidad y del que no acepto el dolor. *Vete dolor, no me harás daño.*

**La constatación de la alteridad del cuerpo, otro cuerpo en el cuerpo, provoca no solo un combate entre lo que debía ser y lo que no es desde un punto de vista fisiológico, sino que increpa a la conciencia de sí provocando un otro que no esperas.**

Una constante de mi cohabitación con el virus eran los comentarios de la gente que con afecto me decía «tienes muy buena cara, mejor que la anterior vez que te vi», realmente era un consuelo pero yo ya debía tener la cara reluciente como un espejo de tanta mejora; me recordaba a esos anuncios de detergentes que siempre lavan más blanco, debieron empezar con un tono gris sucio pues si no no se explica de donde podría salir tanta blancura. La diferencia es que los comentarios sobre mi cara irradiaban cariño y cierta compasión y en los detergentes puro engaño publicitario.

Empezaron los rumores de que iban a salir nuevos medicamentos más eficaces para curar la hepatitis C, tenía un hígado compensado y destrozado y el fármaco nuevo no acababa de llegar. Cuando llegó y comenzó a ser aplicado de forma más o menos masiva, gracias a la movilización de los enfermos de VHC, a la exposición pública de sus vidas, a la sensibilización de los medios por las acciones de unos enfermos que luchaban por todos nosotras, los miles y miles de afectados comenzaron a tener esperanza; al gobierno del PP no le quedó más remedio que aprobar directivas para la receta de este medicamento, un protocolo que

recogía su aplicación en primer lugar a todas los afectadas por la cirrosis. Los servicios de salud de las autonomías comenzaron a dispensar y pagar el medicamento a pesar del elevadísimo precio impuesto por las multinacionales farmacéuticas, para quienes la curación no es más que un objeto de mercadeo sujeto a la ley de la oferta y la demanda sobre el cosificado enfermo al que ven como un valor que les produce beneficios.

Ya tenía el medicamento conmigo, su poder de curación según decían era cercano al 100%, no tenía efectos secundarios y debería tomarlo por seis meses, nada que ver con el interferón. Comencé a tomarlo con veneración, ¡aquí estaba la cercana sanación!, una lucha de igual a igual entre el virus y la pócima, un combate interior que debía restituirme a un lugar que había abandonado hacía catorce años, alejando de mí el cansancio crónico, el control de las horas de mi actividad, la recuperación de la ocupación perdida.

Los primeros controles fueron optimistas, el virus no estaba y así fue hasta el final de la medicación. Al primer control médico después de finalizar la prescripción Joaquín me acompañó, como venía siendo habitual en los últimos años, dándome protección en la intemperie. Nos informaron que el virus había vuelto a aparecer, el 100% se convirtió en 0%, la esperanza en frustración, la alegría en pena y todo comenzó a volverse gris y oscuro. En otra persona que conocí un día en la sala de espera también había fallado. Éramos los dos casos en todo el hospital.

Hacía tiempo que era un caso de estudio, me veía derrotado, de nuevo pensar en cómo resurgir, desde dónde contemplar mi vida en medio de los otros, amigos, amigas, hermanos, hermanas. Todo aquel que te ama y a quien tú amas es el refugio desde donde buscar la luz tranquila que nos prepare para todo, un todo habitable y sostenido en el corazón de quien te acompaña para elevarte y recomponer los hechos de cada día, redimensionar el espacio y el tiempo que te queda por vivir. *Tengo tiempo*.

Unos meses después, en un nuevo control, comienzan a hablarme de otro fármaco más potente, realizan pruebas en Granada analizando cuál es la combinación de principios activos más eficaz para mi caso y llegó el Harvoni que contenía 90 mg de ledipasvir y 400 mg de sofosbuvir. Debía tomarlo un año cuando lo normal es seis meses, con ello intentaban rematar el virus. Es el cuarto tratamiento. Lo comienzo el 1 de marzo de 2016. Aparentemente no tiene efectos secundarios. No tengo ya una gran fe en que funcione. Me han definido como caso raro.

A los dos meses de la llegada de Harvoni una nueva cita de control, doy por supuesto que el virus ha desaparecido, siempre sucede, me acabo de hacer la última resonancia y el análisis de turno. Llego con Joaquín a la misma sala de espera de los últimos años, él es mi tranquilidad, entramos a las 14:30 h, era el 10 de mayo de 2016, nos sentamos delante de la mesa del doctor que comienza tras el saludo a leer en el ordenador los datos de

las pruebas realizadas, de pronto nos comunica que los nódulos se han desarrollado con un gran tamaño, son malignos, asevera; con cara de preocupación dice que hay que suspender el tratamiento, Harvoni ha terminado su recorrido, no puede decirnos nada acerca de la existencia del VHC, el análisis no lo pedía; comenta que existe una circular, que no es oficial pero a la que dan gran credibilidad, que cuenta que unas investigaciones señalan que los enfermos que tienen nódulos de hepatocarcinoma en el hígado pueden ver gravemente acelerado su crecimiento por la ingesta de Harvoni, en mí ha sucedido. Todo lo que no debe suceder sucede.

Apenas tres días antes estaba en Donostia presentando dentro del proyecto *Anarchivo sida* de Equipo re la acción *DERERUMNATURA. Quien canta su mal espanta*, una acción sobre la enfermedad a la que había señalado como

> **un informe sobre el informe enfermo, una acción sobre la reversibilidad del dolor, el cuerpo enfermo como sinécdoque del mundo dolorido por el capital venenoso, cantar como comunicación, como estado del alma, como desafío a la perfección del cuerpo sano concebido como mercancía.**
>
> **El cuerpo enfermo es como todo cuerpo un cuerpo en tránsito, contradictorio, abierto a un nuevo conocimiento de sí mismo, de los límites del orden y el desorden vital que estigmatiza y consuela.**

*DERERUMNATURA. Quien canta su mal espanta*, **también es una acción de agradecimiento a la necesaria sanidad pública que hace posible crear espacios de esperanza frente a la turbia negociera de las multinacionales farmacéuticas.**

**La enfermedad como vida vivida.**

El doctor continúa describiendo la situación, nos refiere que el protocolo de la hepatitis C no admite más recorrido, no hay esperanza de sanación solo me puede dar unas pastillas que son un paliativo, me repite que son un paliativo, no curan, solo alargarán un poco la vida y que tienen la posibilidad de que al tomarlas se produzcan una serie de efectos secundarios: boca inflamada, diarreas, picores… Joaquín y yo nos miramos, no dábamos crédito a lo que oíamos, me estaba diciendo que ya no había nada más que hacer, solo esperar que se produjera una crisis y se acabara lo que tanto había oído a lo largo de los años: tienes un hígado compensado. *AcuCHILLAd+s.*

**La dolencia activa las complejas interpretaciones sobre la finitud y cómo integrar el cambio de cuerpo en otra escena desde donde buscar la vida, no como anclaje sino como conciencia de ser otro en conexión con tu entorno afectivo, laboral, relacional…**

Cuando salimos del hospital con el espantoso medicamento que me acababa de recetar llamado

Sorafenib, nos abrazamos entre lágrimas y enseguida comenzamos a intentar restituir una normalidad imposible. No recuerdo bien si ya en ese momento hablamos de buscar una segunda opinión, conté la nueva situación a mis hermanos que hicieron lo imposible por animarme, estaba frente a una situación que me producía angustia tanto por mí como por la gente que quiero y me quiere, de todas formas ahora pienso que ante la adversidad tengo una cierta inconsciencia o consciencia que me tranquiliza y me sitúa paciente ante los hechos, creo que esta tranquilidad no nace del optimismo sino todo lo contrario y es en ese territorio de derrota, de pesimismo, donde actúa una cierta acomodación a lo que sucede, la impaciente paciencia. *Reflexión*.

Comencé a tomar las pastillas paliativas, los primeros días todo parecía normal, después el Sorafenib comenzó a desplegar sus efectos secundarios, todos los que me nombró se iban produciendo con el paso de los días, no paso a relatarlos, ese medicamento que no me curaría, que solo servía para retrasar el desarrollo de la crisis anunciada, me hizo padecer en los apenas 20 días que lo tomé lo que no había sufrido antes, me dejó hasta sin voz.

El 6 de junio de 2016 ya estaba sentado con mi hermano Manolo delante de la mesa del Dr. Brizeño en el hospital Reina Sofía de Córdoba, un familiar me había facilitado una cita con él y su equipo. Antes de la cita me habían realizado unos análisis para ver mi situación general, el desarrollo de la cita fue el siguiente: el doctor me comenta que su

equipo viene realizando intervenciones en el hígado fuera de los protocolos oficiales, que las realiza desde hace dos años con resultados espectaculares, comenta que el que no estén en protocolo es debido a la lentitud con la que se transforman estos pero insiste en que su experiencia y el estado de mi hígado, compensado, hace viable una intervención consistente en la extirpación de al menos el 30% de la masa hepática, con ello eliminaría los nódulos con hepatocarcinoma que el Harvoni desarrolló de forma espectacular; la técnica a utilizar en la intervención es la laparoscopia, una técnica poco agresiva consistente en la introducción por pequeños cortes hechos en mi cuerpo de un instrumental sofisticado y diminuto que se guía dentro del cuerpo a través de un circuito de imágenes por ordenador, el trozo de hígado extirpado lo sacarían por un corte a la altura del ombligo. La operación durará muchas horas debido a la técnica de laparoscopia y la rehabilitación será muy rápida, naturalmente no garantiza la desaparición del virus pero sí me informa que la calidad de vida no tendrá nada que ver con la que iba arrastrando en los últimos años donde el tiempo y el espacio eran medidos en función de la débil resistencia de mi cuerpo. ¡Ah! y me quitó el Sorafenib, que me estaba dejando exhausto, lo cual me alegró sobremanera.

**La enfermedad es el cuerpo actuante autónomo que se disgrega y que obliga a posicionarse frente a ella desde una multiplicidad de reacciones que debes incorporar sin desechar**

**ninguna, la rabia, el consuelo, el afecto, la esperanza y la desesperación: un camino vital.**

La entrevista me dio mucha seguridad y di mi consentimiento para desarrollar el camino a la operación. El 16 de junio a las 8:00h comenzó la intervención que duró más de seis horas, estaban todos mis herman+s y Joaquín, dentro del quirófano también estaba mi cuñada Teresa que es anestesista y tanto me ha ayudado a superar mi crisis, después me pasaron a la UCI durante 24 horas, fui despertando y me sentía bien, nada me dolía, cuando entraron a verme mis acompañantes me informaron que todo había ido estupendamente. En una semana, el 23 de junio, me dieron el alta, la estancia en el hospital fue un continuo de cariño de los que me visitaban y me escribían, lo que más recuerdo era el apetito con que comía, las risas y lo contento que me iba poniendo por la mejoría que sentía cada día. Tras el alta, después de pasar un día con mis hermanos en casa de Manolo y Teresa y mi sobrina María, mis hermanas Teresa y Amparo se fueron a Madrid y marché a Granada con mi hermano Victorino que me cuidó los primeros diez días, poco a poco me fueron quitando los puntos hasta que todos desaparecieron. Granada llena de amigos por todos los años que viví allí, tentado a decir los mejores por todo lo que gocé y aprendí. *Tránsito*.

Joaquín, mi amigo del alma, había decidido no separarse de mí en todo el camino hacia la recuperación, sobre todo después de que mi gran amigo

Antonio Martínez de Tejada hubiera muerto víctima de un tumor cerebral mientras yo estaba en el hospital, mi hermano me lo dijo tres días después de estar en Granada. Me eché a llorar amargamente. Pero hablar de Antonio, de su enfermedad, de su forma de ser y de todo lo que ha significado en mi vida sería objeto de otro momento, aunque siento que me acompaña porque su recuerdo no se extingue con el tiempo y aún habita en los lugares que compartimos en Loja, en Los Caracolares donde él y yo tenemos nuestras casas en un espacio común. Allí, a mi casita de Loja, mi Alhambrita, *La gallarda* como la bautizó Ortiz Nuevo, nos fuimos por unos días, necesitaba estar allí a pesar del calor que arremetió en julio, estaba tranquilo, Joaquín trabajaba con el ordenador y el móvil y se preocupaba de todo lo que nos hiciera falta. Pero el calor era sofocante y nos fuimos a Cabo Pino, a la costa cerca de Marbella, a la casa que Joaquín tiene con sus hermanos, también se vino Mati, mi compañera de banca en la facultad allá por los años 70 y hasta hoy… Los días pasaban y cada día me sentía mejor, a los dos o tres días ya me pude bañar en la playa, tapándome del sol las heridas, poco a poco los baños iban a más, cuánto disfrute ver el cuerpo renacer, sentirlo como un bien, todo iba con el viento a favor y así día a día llegamos al reencuentro con la consulta de aquel doctor que me explicó que el protocolo ya no daba más de sí y quedaba prácticamente desahuciado. Cuando entramos, antes de mirar nada, nos dijo que era prácticamente un error lo que habían hecho en Córdoba, que estaba fuera de protocolo y

que no era ni siquiera un ensayo, a mí me daba igual lo que dijera, me sentía de otra forma, mucho mejor, pero cuando leyó el informe de la resonancia y vio los análisis se le cambió la cara y una vez superado su amor propio reconoció que todo estaba funcionando mucho mejor, de pronto nos dice «el virus ha desaparecido», Harvoni había triunfado en solo dos meses. Otra vez volvíamos a mirarnos Joaquín y yo con cara de extrañeza pero ya no serían las lágrimas sino el goce de haber acabado con una situación que parecía irreversible. *ReversiblelbisreveR*.

La algarabía que se formó en mi cuerpo era indescriptible, era como volver a un lugar del que te has alejado por mucho tiempo y al que siempre quisiste retornar; sé que es una vuelta imposible, algo ha cambiado de sitio y tras dieciséis años todo está más dañado pero te recuerda una plenitud perdida y la habitas tal y como te la encuentras, algo ha desaparecido definitivamente, pero no tu ser desmemoriado que se reconstituye en otro que esperará un nuevo accidente, porque el mal siempre deja su rastro sobre la renovación. Bien y mal, mejor bien. Luchemos por tod+s. Un pavo real aparece.

Texto escrito para la publicación *Anarchivo sida*, editada con motivo de la exposición de igual título, comisariada por Equipo re, Tabakalera, Donostia-San Sebastián, 2016. En el marco de la misma, Miguel Benlloch realizó la acción *DERERUMNATURA. Quien canta su mal espanta* el 7 de mayo de 2016.

# TRÁNSITO DE LO SAGRADO Y LO PROFANO. LOS INCENSARIOS DE LOJA EN EL VIERNES SANTO

Cuando yo era chico, quizás con menos de diez años, iba vestido de abuela, como decían a los hermanos de Nuestro Padre Jesús. Bien temprano salía de mi casa en la Plaza de Abajo hacia la de Paco Marín, a vestirme junto a Paquito y Rafalito de los que heredaba la túnica que Carmela Cuberos, su madre, me arreglaba para que los acompañara en la procesión. A mis padres, Victorino y Teresa, que eran valencianos y no participaban de esas manifestaciones del fervor popular, no les hacía mucha gracia que saliera, pero por su amistad con Paco y Carmela cedían a la pretensión del niño en participar de la algarabía que era la procesión del Viernes Santo por la mañana.

Después de la vestía íbamos a Casa Anastasio para participar del gasto de la Hermandad. En un ambiente de encuentro entre los hermanos desayunábamos churros con chocolate, cafés, magdalenas y algún aguardiente. Allí yo no era un extraño pues mi padre era muy amigo de

Anastasio y yo de sus hijos, sobre todo de Nasta y Aniceto, al que echo todavía de menos; ellos eran de la Virgen y con ella salían como a lo largo de mucho tiempo ha hecho Carmencita Peinado. Pero no estaban solos los hermanos de Jesús, también se juntaban allí los hermanos de la Virgen de las Angustias, que realmente es una dolorosa, pero que como dicen en Loja las Vírgenes llevan los nombres cambiaos y la de los Dolores es realmente de las Angustias. De pronto llegaban los Armaos con el Puche Puche, tocando el tambor hasta la puerta y me gustaban tanto que miraba con dedicación cada una de sus prendas de vestir: sus faldas moradas hasta la rodilla con las dos o tres bandas blancas; las medias rosáceas con las tobilleras de encaje; la faja negra; el peto que como el casco era de hojalata pintao con purpurina plateá, viéndose por dentro que estaba hecho con las latas grandes de distintas marcas de mantequillas, así, en el reverso del yelmo se leía, por ejemplo, La Braña, una de las marcas. Eran trajes pobres como pobres eran aquellos que los llevaban, a muchos de ellos los conocía por los oficios que desempeñaban, tres o cuatro eran los basureros del pueblo.

De repente, con su paso rápido y marcial, irrumpían los Incensarios con sus caras comprimías bajo los morriones con la S en lo alto que señalaba que eran los de la Pescá, los Incensarios de la Virgen. El ruido comenzaba a subir en el bar, los hermanos que estaban de gasto no paraban de

obsequiar y cada vez más voces y más copitas de aguardiente que decían que calentaban la voz, todo entre un sinfín de saludos, abrazos y risas por las cosas que se contaban, hasta que los Incensarios sin sus morriones, dejados sobre las mesas junto a los cacharros, lanzaban una saeta:

Estos son los Incensarios
los primeros que lo vieron
después de haberlo azotao
y a la voz de un pregonero
a muerte lo han sentenciao

Del ruido confuso de hermanos, Armaos e Incensarios, se iba pasando a la emoción de sentirse todos juntos formando parte de algo que llevaban muy dentro y los identificaba como próximos que es prójimo. Alguien empezaba a entonar el *Miserere* que era el temblor de la carne hecho canto en común, místico y transcendente.

Después el bar se iba vaciando, todos iban camino del Mesón de Arroyo, los Incensarios han recogido el cacharro y la naveta, salen en fila de uno lanzando el paso como una flecha; ya han doblado la esquina de la calle Las Tiendas, subo por los escaloncillos y están desapareciendo por la Placeta de Correos, seguirlos es correr, la calle Real es pura aceleración donde más de uno pega un brinco como una gacela para volver a coger el paso; ya aparecen por la barandilla del Mesón de Arroyo, son las nueve y algo, están entrando, doblando sus

cabezas con el morrión, por la pequeña puerta de la capilla de Jesús Nazareno. Dentro, las imágenes sobre las borriquetas se miran unas a otras en un pequeño espacio que huele intensamente a incienso. Los Incensarios empiezan los movimientos, la capilla se llena con el canto de las sátiras propias de cada imagen, las caenillas suben y bajan, su agudo sonido contrasta con el ruido de las navetas al cerrarse, verso a verso la sátira se fragmenta de Incensario a Incensario, el zapatazo ante la Virgen resuena en los oídos, rompen los aplausos, dan fin y salen a la calle, directamente a otro bar, otro desayuno, nuevos comentarios y una gran alegría porque el sol luce. El día será intenso.

Mucho antes, a las siete de la mañana, en casa de uno de los ocho que forman la corría, han quedado para la vestía, van llegando con las caras somnolientas, ¿un cafesito? les va ofreciendo la dueña de la casa, todos dicen sí y los cafés van calentándolos y despertándoles, mientras se colocan unos pantalones, que, como todas las prendas, son generalmente de un raso brillante. El pantalón es corto, hasta la rodilla, de donde cuelgan pequeños cordones que terminan en unas borlas, en la pantorrilla unas medias y en los pies unos zapatos negros lustrosos con una gran hebilla plateada. Sobre el cuerpo la túnica, que es más larga por detrás que por delante, cerrada al cuello con un pequeño trozo de terciopelo donde van los corchetes; en el cuello sobresale un pañuelo blanco que funciona como gorguera. Entre ellos se arreglan, se estiran

o suben la túnica para poner el ceñidor, que como su nombre indica, aprieta el cuerpo a la altura del vientre, es rígido y termina en la espalda en dos amplias bandas con flecos que se entrecruzan haciendo un apretado nudo que conforma una moña abierta como una mariposa sujetada a la espalda por alfileres y que todos tratan con gran primor, aunque hay de tó. Y por fin, como se visten por los pies, en la cabeza el morrión, un cono penitencial como los que usaban los pecadores en los autos de fe organizados por la Inquisición desde el siglo XV al XIX. El morrión, palabra que en castellano se refiere a un casco militar cónico con una cresta cortante, toma en Loja el nombre del casco en vez del capirote disciplinario, construyendo una palabra, que entiendo que solo se usa en Loja, para definir tal artefacto. Lo curioso y extraño es comprender cómo el capirote, que humilla al reo y lo señala, se transforma en un morrión delicado lleno de abalorios y azabaches, adornado de forma exuberante, desprendido de su condición penitencial originaria para convertirse en algo distinguido y apreciado. En definitiva, el traje del Incensario tiene un origen goyesco que lo sitúa a finales del siglo XVIII, principios del XIX.

Ya están vestidos, cuidados de arriba abajo, pespunteados para que todo termine en su sitio, cosido el escudo en el pecho; agradecen el acogimiento a quienes este año han sido sus anfitriones y cantan por vez primera en este Viernes Santo:

Que Dios bendiga esta casa
y al albañil que la hizo
por dentro tiene la gloria
y por fuera el paraíso.

Se abrazan, se dan ánimos y alguna instrucción el señiero. Cargado el corazón de alegría y de recuerdos se disponen a salir a la calle y el rayo de sus pasos veloces se encamina hacia el encuentro con aquellos con los que compartirán la procesión.

¡Vamos ya a ponernos, Santa Marcela está en la calle! ¡Muchachos coger los cacharros y vamos al puesto! Las copitas y los cafés se quedan en la barra, todo se abandona, en sus manos brillan los cacharros. Los Incensarios son ellos, sus cantes, sus bailes… ese temblor que siento a cada instante cuando los veo en un suspiro transformarse, ¡ya son otros!, están marchando a la barandilla en la bajada de la ermita del Mesón de Arroyo y a lo lejos el Hacho, nada amenaza lluvia, no como el año anterior que todo terminó tan pronto con los ojos enrojecidos por no poder salir. Ya están esperando después de quiebros que convierten la fila de a uno en dos mediante un paso mágico que ayuda a posicionarse y a exhibir el cruce de los morriones que dibujan líneas fugaces en el aire uniendo la tierra al cielo. Se han cruzado con los Incensarios Blancos que ya se van. Los Blancos son una gran parte del alma de la semana Santa de Loja, su historia. Han acompañado desde la tarde del Jueves Santo a la procesión del Barrio, la de

Jesús Preso, y a partir de la medianoche a la del Cristo de los Favores:

Al alba te saludamos
con la cruz de tu martirio
y cuando nos relevamos
te acompañan cuatro cirios

Poco a poco todas las corrías se sitúan en dos filas de a cuatro. Están esperando en el lugar previsto, antes de que la calle Real aparezca como bombardeada de tanta ruina y abandono. Ya no hablan, solo señas, están en un tiempo suspendido que irá *in crescendo* conforme surjan las imágenes de la ermita llevadas a la mano y que al grito del postor —¡al brazo! ¡al hombro!— suben los horquilleros en un santiamén, haciéndolas trepidar al igual que a las gentes que han ido a la salía, que aclaman entre el tronar de los tambores con su toque repetitivo acrecentando la emoción. Ya está bajando por la cuesta Santa Marcela con el pañuelo del rostro de la Santa Faz, tras ella el sonar del Puche Puche con los Armaos. Lo cierto es que ya han hecho los Incensarios el trabajoso al primer estandarte que emprincipia la procesión y el cantar de la sátira, nombre que recibe en Loja una de las manifestaciones de la saeta primitiva. Reciben a Santa Marcela tras el posicionamiento del trono fijado a tierra por el grito de ¡horquilléis! que lanza el postor:

Santa Marcela bendita,
tú formas la procesión,
y le limpiaste el rostro
a Cristo nuestro Señor.

El *Miserere* suena bajo el sol reluciente, el olor a incienso, el ruido de las caenillas, el golpe de la naveta, los cantes, los pies arrastrados de los Incensarios, el zapatazo, los azabaches centelleando, de nuevo los gritos, ¡ha salío Jesús!, y la alegría, el pellizco, y la lágrima se entremezclan en un todo de años, paisajes, escenas, costumbres y promesas.

Las imágenes siguen hacia el encuentro, las corrías van ejecutando los movimientos.

A la puerta de la ermita los comentarios callan, vuelta al asombro, al suspiro, la Virgen sale, los varales cimbrean, el rostro de la madre presiente el doloroso fin del hijo.

La pasión por la Virgen es el resto que siempre queda de la adoración de la madre, de la engendradora, la dadora de vida, es una tradición vivencial católica pero también de una apertura exenta a su advocación. La madre paleolítica refiere a una idolatría ancestral que atraviesa el tiempo, y transcurre a lo largo de él desde el culto primitivo a la fertilidad hasta el concepto virginal que la convierte en purísima.

Todas las imágenes están fuera, son del pueblo, y los Incensarios desprenden de sus cacharros volcánicos las fumarolas de carbón e incienso aquí y allá desde cada corría. La de Santa Marcela con

sus pañuelos celestes sobre los trajes negros; la de los Moraos de Jesús con sus cordones de pita que los distinguen de los otros Incensarios y los unen a la Hermandad de Jesús, la de la Pescá o de la Virgen, referente histórico de los Incensarios; y los Blancos, que ya se van a encerrar. Todos cantan y danzan situados a distancia unos de otros, adorando cada imagen mientras la procesión pasa por ellos. Por todos lados se oyen, aquí suena un golpe, más abajo otros bailan, otros permanecen quietos esperando que el señiero señale y con el golpeo de sus navetas comience el movimiento. Cuando ya han terminado de reverenciar a la última imagen, todos juntos dan un golpe en común manifestando su buena relación y su fervor hacia la Virgen. Al finalizar la salía, las filas de Incensarios se cuartean y cada corría tira para un sitio dejando el rastro de sus morriones, los ves perderse sin abandonar el paso con los cacharros recogíos en una mano como pulseras.

La procesión va sola con el sonar ronco de los tambores y el monótono tambor del Puche Puche. Las imágenes acompañadas por cuatro o cinco músicos de la banda local que interpretan, en los momentos solemnes, la música de nuestra Semana Santa y expresan el particular sonido del Viernes Santo. Un patrimonio que debemos proteger alejándonos de otras influencias, que no por bellas deben distorsionar nuestros particulares sonidos identitarios, algunos desaparecidos prácticamente como el canto de los pediores

—con el haba clavada en la cruz señalando que las huertas están a rebosar del manjar lojeño— o el golpeo tradicional del Puche Puche. También se fueron a morir al museo las caretas de los doce apóstoles; me gustaba de niño verlos desde el balcón de mis padrinos, el fotógrafo Manuel Cerdá y mi tita Paquita Aragonés, en la calle Real, con sus túnicas moradas de penitencia, portando cada uno su atributo, con un fragmento del credo en sus pechos y las caretas de latón con pelucas, como de estopa, que portaban personas de condición humilde. Los apóstoles, por su incomodidad, se las levantaban descubriendo sus caras, poniéndoselas sobre sus cabezas como mirando al cielo. Algunos echaban un cigarro en medio de la procesión y el humo salía por las aberturas de los ojos de las máscaras subidas creando una sensación extraña y divertida.

Los Incensarios, en los intermedios entre golpe y golpe, se refugian en casa de familiares y amigos que les han invitado a un abundante aperitivo; saludan incensiando y cantando en una especie de bendición de la casa y sus habitantes, es La Magdalena, que realizan alrededor de la mesa hasta que dan fin soltando los morriones y dejando los cacharros por cualquier parte en una especie de desprendimiento del trance y abandono de lo sagrado. En esos menesteres pasan el tiempo hasta el momento en que salen de la casa, la procesión está llegando a la Plaza de Arriba y deberán tomar el sitio.

En la plaza hay mucha gente, algunos avistan por primera vez la procesión. Los Incensarios Negros ya están en el espacio que marca la barbería y de allí hacia La Carrera los demás; aparecen numerosos Incensarios viejos y otros que este año no salen, la gente viste de Viernes Santo, los saludos son profusos entre los lojeños que han venido de fuera y los que viven aquí.

A los de Loja nos encanta cada presencia de un rostro que no se pierde el Viernes Santo, nos gusta también que vengan forasteros a conocerla, pero afortunadamente el día es de los lojeños y las lojeñas que se identifican con esa conmoción que nos crea estar compartiendo la misma vibración.

Han comenzado a realizar sus danzas geométricas y angulosas, cuando terminan salta una voz que canta desde fuera, es la voz palpitante de un incensario viejo que recuerda sus años cuando estaba ahí vestío y mira doloroso la imagen que en otros tiempos reverenciaba religado a una corría:

Míralo por dónde viene
el mejor de los nacíos,
con una cruz sobre el hombro
y el cuerpo muy mal herío

En otro momento, cuando la Virgen pasa, la que canta la sátira es una mujer, una muchacha:

Las lágrimas de María
iban cayendo a la tierra,
de cada una brotaba
una rosa y una perla.

Si el Incensario viejo añora lo que fue, la mujer lo que un día será. El presente está por ahora en su voz, su canto es bello. Acostumbrados ya a la presencia de las mujeres que han fortalecido la procesión con su pertenencia a las hermandades, portando los tronos, tocando la música, haciendo sonar los tambores, de pedioras… Su futuro es portar el morrión en ese espacio del que está ausente, ausente porque al ser concebido el Incensario como la esencia de nuestra Semana Santa, en la tradición que sitúa a la mujer fuera del espacio público, se la excluye por la presunción a que esa esencia pensada como inmutable se rompa.

Apareciendo y desapareciendo, como el ciclo vital, los Incensarios viven el día. Algunos están en la Placeta de la Virgen Blanca haciéndose fotos que documenten la corría de ese año. Siempre hay cambios en ellas, pero el banquillo, digámoslo así, es amplio, no como en los años de posguerra y hasta el fin del franquismo, cuando por faltar, alguna vez, faltaban hasta Incensarios para las tres corrías señeras; entonces había que ir a última hora a buscar al que faltaba, sacarlo de su casa y, como quien dice, vestirlo de arriba abajo. En estos tiempos, la profusión de Incensarios ha sido una constante y el número de las corrías ha aumentado

exponencialmente bajo el temor de que se pueda perder algo de su alma, como en esos cantes que a veces se aflamencan o pierden el tono único de la saeta lojeña.

Por la Cuesta Tamayo la apariencia de orden que ha llevado hasta entonces comienza a desparramarse. Cuando yo salía con nueve o diez años, muchos hermanos volvían a casa a comer, se daban los ponches a los horquilleros y las imágenes, alguna que otra vez, quedaban en el suelo mientras sus portadores se refrescaban. La subida al Barrio Alto, camino de las Cuatro Esquinas, siempre es lenta, allí se está preparando un golpe significativo, pues, a un paso, están dos lugares emblemáticos: Er Tugurio de Pepe Lizana, una de las almas de los Incensarios, al que aún oigo, con su voz ronca, ensalzar o reprochar a la gente joven a quien trataba de enseñar; y, cerca, la Orza. Ambos, lugares de ensayo de los cantes y bailes en las fechas próximas a la Semana Santa donde se reúnen varias corrías y disfrutan del informal ensayo y el refrigerio que lo acompaña hasta altas horas de la noche. Al acercarse los días señalados el número de personas que va a verlo y disfrutar de su espíritu y de los espirituosos aumenta. El ambiente es jubiloso, a veces acuden los músicos con dos o tres instrumentos y se entremezclan el *Miserere* o el *Stabat Mater* con las sátiras creando un clímax único que se cuece en la Orza, una cuevecita donde todo puede aparecer cual lámpara prodigiosa de Aladino.

En las Cuatro Esquinas todo viene algo retrasado. Los Incensarios están esperando, hace calor, mueven sus cabezas para resituar el morrión que pesa varios kilos, se pasan el dedo sobre el barboquejo que lo sostiene en la barbilla, tienen la frente enrojecida por su carga, nadie se queja. Y la danza renueva sus movimientos y vuelven las mudanzas, las genuflexiones y las reverencias. La sátira se dispara:

Las golondrinas quitaron
las espinas a Jesús,
con su pico no pudieron
desclavarlo de la cruz.

No serán una ni dos las que le canten, ¡es el Barrio Alto! El cerco a Jesús se apretuja por la estrechez de la calle y la gente lanza sus ¡Bieeen! tras las saetas. Los sentidos están todos puestos en la conjunción de la Virgen con los Incensarios, la vista, el oído de las músicas, el olor del incienso, el tacto y el gusto. Todo unido en la sorda conmoción del zapatazo.

Cuando dan fin los Incensarios se suelen fotografiar con el postor delante de la imagen, un ritual de la memoria y del reconocimiento al trabajo realizado, todos sonríen. La procesión, como indica su etimología, sigue adelante y los bares de las Cuatro Esquinas desprenden el vaho de la vigilia: calamares, bacalao, chirlas, boquerones… Aquí comer comemos todos, ellos también, aunque si

mal no recuerdo lo harán cuando la procesión baje al Puente después del golpe en La Carrera y El Encuentro. No sé dónde están ahora.

Esta continua interrupción marca el tránsito de lo profano a lo sagrado que caracteriza la presencia/ausencia de los Incensarios a lo largo del día. Este transitar es propio del Viernes Santo lojeño, donde lo formal y lo informal se entrecruzan produciendo esa especie de procesión anárquica que va del recogimiento a la expansión mundana; pienso que es el morrión de los Incensarios donde se plasma esa aparente contradicción. El morrión es penitencia y exaltación, el ensalzamiento que producen sus ornamentos lo convierten en una pesada carga que acentúa la penitencia, sobrellevada por el trance que producen sus cantos y danzas en la adoración de las imágenes. Esta permanente intercomunicación entre lo profano y lo sagrado no debe parecernos antitética, la vida fluye entre estos dos polos produciendo energía. Lo humano y lo divino están en nosotros mismos, es la vida.

En La Carrera la imagen de Jesús gira sobre sí misma guiada por el semicírculo que trazan los pies de los horquilleros, va al encuentro con la Virgen; Santa Marcela ya se ha ido camino del Puente por la Cuesta Cantos. Tras aproximar el paño al trono del Nazareno, los Incensarios realizan sus golpes, el *Stabat Mater* está sonando, la procesión parece rota en ese deambular de los tronos acercándose unos a otros, la Madre y el Hijo se han visto por vez primera. El Encuentro es uno de los

restos de la narración evangelizadora primitiva que debió ser el conjunto de la procesión. La procesión es narración.

En un descenso continuo por el Callejón de los Naranjos la procesión baja al Puente. La procesión del Puente es por antonomasia la del Barrio San Francisco, que sale de la Capilla de la Sangre, núcleo fundacional de la Semana Santa de Loja por mor de la presencia de los franciscanos, que según todas las fuentes y tradiciones son los re-evangelizadores de Andalucía, sirviéndose de las procesiones y sus narraciones como uno de los componentes fundamentales de la pedagogía evangelizadora.

Será la Placeta del Puente la que marque el retorno de las imágenes a su ermita camino de su encierro. En la Plaza Arriba, la gente las adelantan para tomar sitio en el Mesón de Arroyo donde sucederá la apoteosis. Narrar el encierro es un acto de riesgo dada la concentración de sucesos que acaecen, las convergencias que se producen, las emociones que se viven.

Ahora es cuando me toca decir, recordar, señalar por su nombre a esos Incensarios que ya no están pero de los que permanece su rastro al menos en la memoria de otros que los vieron o que oyeron su nombre, como yo lo oí en aquel encuentro memorable en el 2004 que ocurrió en mi casa, junto al río, donde se juntaron para hablar de Incensarios Gregorillo el de las Cruces, Manolo Martín, Víctor Ripoll, Pepe *Boegas*, Pepe Lizana, nombres

ilustres de la historia incensaria, y Manolo Romero *Camuñas*, señiero de la Pescá, todos ellos historia y vida de la palpitación de los que llevan el incienso a quemar ante las imágenes.

José Castellanos Peinado *Antolín*, que enseñó a *Boegas,* que a su vez enseñó a Manolo Romero *Camuñas*, al que de niño le daban susto los Incensarios cuando llegaban al estandarte de la Veracruz con ese vigor; José Díaz; Manolillo Monjas; Melquiades, de una generación anterior, que salió con el padre de Manolo Martín y con José Gallego Palacios que fue señiero, el padre de Pepe *Boegas*; Emilio Lanzas; Paquillo *Chimeneas*; *Tavillas*; *el Cabrero*; *Boca oso*; Pedro *el Zapatero*, que vivía en la calle los Haros; *el Trimotor,* que cantaba muy bien; Enrique Castañeda, que también fue postor; Santiago Negrete; Daniel *el Cabezón*; el abuelo de *Camuñas;* Miguel Lanzas; Rojano; Maroto; *el Pastor* que fue postor; Lorenzo; *Trapichea*; *el de los Carros; el Moruno*; Saragata, que lo fue antes de la guerra; Antonio *Chimeneas*; Pepe *Calcetines*; Pepe *Sala Oscura*; *el Búho*; *el maestro Merino*, que vivía en el Mesón de Arroyo y fue de los Blancos, que según contaba Pepe Lizana, *Pimiento*, era un poeta que contribuyó con saetas a aumentar su número, aunque hacía tantas que como las construía sobre la marcha de forma oral al día siguiente ya no se acordaba e improvisaba otras en las reuniones que hacía en su casa; Ricardo *el Bombas*; *Mareao*; Antonio Conde, que ensayaba en los Molinillos; José *Porquero*; Benavides *el Chico*;

Benavides padre, que escondió el morrión en un pajar; Manolito Rubias; Carabinas; Casanovas; Manolillo *el de la Reja*; Paco Peinado; Enrique *el Zapatero*; Emilio Fidel y, ya más recientes, Víctor Ripoll y su hermano.

Todos cantaron en el Mesón de Arroyo y los traigo aquí para que al menos sus nombres y apodos no se olviden, sabiendo del despreocupado no apuntar que ha caracterizado la historia de los turiferarios de Loja. Aunque el despertar de la documentación, que siempre recorta el romántico aroma de la tradición oral y la leyenda, se está dando desde hace unos años y nombraré como ejemplos: los trabajos de Juan Carlos Gómez y los de Carlos Martínez de Tejada, sin olvidarme de Mauri Campaña y su artículo «Las Sátiras o saetas primitivas de Loja. La tradición de los Incensarios» o el del profesor Demetrio E. Brisset, «La Visión antropológica de las sátiras de Loja. Análisis de las fiestas de Granada». Y sin lugar a dudas, la joya del texto de Emilia Pardo Bazán para *La Ilustración Artística* titulado «La vida contemporánea», que data de 1905 y narra la particularidad y modos de hacer de los Incensarios de Loja, llamándole la atención la laicidad de la procesión y su arraigo popular. Hoy diría con José María Martín, discípulo de *Boegas*, y siguiendo la mirada de tan insigne escritora, que la tribuna no está enraizada en nuestras costumbres, la procesión es del pueblo.

Previo al encierro que se producirá tras la carrerilla de San Juan, las imágenes en su vuelta son veneradas por todas la corrías, los Incensarios van a sus puestos desde los ámbitos donde han estado esperándolas allá por la muralla. Tras tantas horas de trasiego nada denota su cansancio, salen al lugar previsto con sus morriones erguidos y al mismo veloz paso de la mañana. Ahora irán incensiando una a una las imágenes en medio del murmullo de la gente que por centenares ocupan todo el final del trayecto, los tambores negros están a lo largo de la cuesta, darán el ritmo de la carrerilla. Los Incensarios de la Pescá, de Santa Marcela, los Moraos, los del Cristo de la Salud y los Negros del Santo Sepulcro, los enterraores, han ido apareciendo buscando el sitio. El espacio se convierte en una bóveda donde reverberan los sonidos de los cantes de cada corría o de los movimientos de sus danzas; unos están en el trabajoso, otros en el cuadro, otros cercando tras el cruz y cuadro, otros en cruz y cuarta, se oyen los zapatazos en medio del golpear de las navetas y el ris ras de las caenillas.

La Verónica se mece esperando el momento del arranque, los tambores suben sus roncos sonidos, todo se produce en la bóveda imaginada y prodigiosa donde me reconozco tembloroso por esa embriaguez que cimbrea todo mi cuerpo. Ya arranca la santa, sube, corre hacia lo alto, los horquilleros han soltado las horquillas, sus varales parecen quebrarse, las borlas están saliendo del palio lanzadas al aire, la gente grita, los tambores

ensordecen con su repetitivo golpeo, ya está arriba la discreta y amorosa Verónica girando sobre ella misma para situar su rostro frente al pueblo que aplaude en desenfreno. Abajo, conforme los santos se suceden, los Incensarios van uniendo sus corrías. Cuarenta Incensarios están adorando.

Jesús, patrón de Loja, seguido en la carrera por los gitanos que le han acompañado toda la procesión, sube con la cruz, que parece desprenderse, por el empuje de los forzados horquilleros, sus cirineos. Todo retumba cuando gira y coloca su rostro frente a la multitud enardecida. Su retorno es la tristeza. Abajo, los Incensarios están con la Virgen formados en dos filas de a veinte, el señiero de la Pescá con un gesto sobre la naveta da la señal y todos realizan el movimiento, el humo del incienso se agolpa en los sentidos, se multiplican los sonidos, la buena armonía se hace realidad, irrumpen los cantos saltando de arriba abajo en un coro de voces individuales, suben las corrías intercambiando sus sitios, de nuevo los movimientos, de nuevo la estridencia.

Estoy en el gozo, estoy en la alegría, estoy en el recogimiento, estoy en el entusiasmo, estoy en la identidad de sentirme de ellos alabando la tradición incomparable de sus ritos. Casi puede la lágrima, la lágrima que siente como la de esa Virgen angustiada con el hijo muerto; ya han terminado los cantos y las danzas, los conos, los morriones se van calle abajo perdiéndose en la noche, ya no estarán allí hasta el año venidero, tendrán salud,

la salud de todos los compañeros. Y la Virgen comienza a moverse en el pilar de la cuesta, subirá casi hasta descomponerse, parece que todo se va a lanzar en múltiples direcciones: las flores, el palio, las borlas, los varales, todo se pone en riesgo, en un riesgo contenido por los horquilleros de cara apretá que la llevan hasta arriba. ¡Tambores¡ ¡Tambores! ¡Tambores! ¡Tambores! ¡Tambores! ¡Tambores! ¡Temblores! ¡Temblores! ¡Temblor! Temblor de la muerte. El primitivo ruido de la llamada apoya el esfuerzo y conmueve el espíritu.

Ya es el fin, la Virgen está frente a la ermita, nos mira y va a desaparecer. Es la noche que continuará con el entierro. Los Incensarios reaparecerán en la Iglesia Mayor. Pero todo será distinto, la muerte camina por las calles, el cuerpo va hacia su resurrección. La narración está completa.

Agradezco a la Asociación de Incensarios de Loja por pensar en mí para hablar de los Incensarios.

Quiero dedicar mi intervención a los Incensarios de la Corría de la Pescá, permitidme que los siga llamando así, con quien he aprendido a conocer mejor los modos de hacer de esta singular manifestación lojeña, vivir sus vivencias y dar a conocer a los Incensarios en la Bienal de Flamenco de Málaga y Sevilla gracias al interés mostrado por José Luis Ortiz Nuevo, vecino de Archidona y creador de las dos Bienales, hoy presente en la sala.

Sus nombres son:
El maestro señiero Manolo Romero *Camuñas*
Enrique y Tomás Barranco

Antonio Campos
Santiago Corpas
Antonio García Cuberos
Antonio López Ruiz
Andrés y Juan Bautista Ruiz Martín
Miguel Vega

Dedicar también al maestro Rafael Sereno y a Mauri Campaña con el que también he aprendido.

Agradecer a los Incensarios
José María Castellanos
Víctor Ortiz

Y muy especialmente a Verónica Fernández Campos.

Quienes me acompañaron esta noche con sus cantos.

Texto escrito para el pregón de la Asociación de Incensarios de Loja, leído en la Peña Cultural Flamenca Alcazaba, Loja, el 1 de abril de 2017.

# MIRAR DE FRENTE. LOS PRIMEROS MOVIMIENTOS HOMOSEXUALES

Me bautizaron en 1954, siete días después de nacer. Era el ritual por el que me nombraban con nombre de hombre e inscribían en mí las creencias que debía tener de por vida, el rol que iba a adquirir dentro de una tradición de negación del deseo que concebía la reproducción como el único fin de esa palabra, inexistente, cerrada a la posibilidad del placer, del gozo: la sexualidad. Nuestra educación se realizaría bajo un principio inmutable que marcaba la supremacía del hombre sobre la mujer, a quien las leyes conformaban como inferior, como un sexo separado de la capacidad de decisión, concebida como menor de edad permanente, sin posibilidad de pensamiento autónomo ni creativo, una especie de ser sin alma dispuesta para la obediencia. El derramamiento del agua sobre mi cabeza, el óleo sobre mis sentidos, la luz de las velas… era la simbología del acto que marcaría el camino escrito para conducir mi vida.

Quince años antes había terminado la guerra, la guerra siempre está próxima en cualquier parte

y el dictador sanguinario lo recordaba marcando el sendero de la cruz y la espada. Después, crecer poco a poco, ir aprendiendo que la experiencia no nos conduce a una razón única, ni siquiera a la seguridad de saber quién somos, pero sí es cierto que en la infancia comenzaron los destellos de algo que no podía confrontar, pero estaban en mí, vivido en solitario, zonas de sombra recorridas a tientas que me obligaban a ser distinto. El cuerpo gozaba con lo no previsto, pero ese gozo producía un dolor casi físico porque no se situaba en lo esperado, en lo que yo mismo esperaba de mí. ¡Oh, pecado nefando! Recuerdo que tenía seis años, días antes de mi primera comunión, cuando lo cometí, y al ir a confesarlo, atravesado por el temor, me encontré que el sacerdote era un familiar; inseguro por lo que me diría, intranquilo por si en la confesión buscara explicaciones que no podría dar, me di media vuelta, me fui y no lo intenté más. Comulgué perdonándome con oleadas de agua bendita, persignándome con ella, tenía la virtud de perdonar las faltas menores, y su abundancia, pensé, haría algo sobre el pecado mayor. No obstante, el día de mi comunión lo recuerdo feliz, vestía un traje especial que me confería ocupar el lugar central del acto y posterior banquete. El protagonismo del niño que era me hizo olvidar las penas y temores de días antes. En mi cabeza no haría mella la imagen del librito misal anacarado que nos daban, en el que, en una de sus primeras páginas, aparecían dos puentes con diez arcos que simbolizaban los Diez Mandamientos. En

un puente, los niños buenos caminaban en línea recta derechitos al cielo acompañados por los ángeles; y en el otro, los niños, despeñados por incumplir la ley de Dios, caían con caras retorcidas a un barranco en llamas lleno de demonios. Bien y mal. Nada en medio de los dos principios normativizados por la doctrina. Castigo o salvación. La norma introducida como máquina productora de temor y ocultamiento de uno mismo.

Me refiero con este relato de mi primera comunión no solo por la anécdota, sino para señalar que la práctica de la sexualidad infantil se desarrolla desde edades muy tempranas. Utilizo mis vivencias para hablar de ella con una razón que no nace del conocimiento profundo, sino del hecho de vivir. El cuerpo inscrito, atado por la norma, comienza a desparramarse ajeno a su voluntad, indisciplinado, desobediente, atribulado, gozoso, llevado por el deseo hacia otro lugar desconocido. La sexualidad infantil de 7 a 11 años identifica el sexo, que es separación, con los genitales, excepto para las situaciones de la transexualidad infantil en las que la reclamación es que se les perciba por el sexo que sienten.

En los años setenta y ochenta la sexualidad infantil no era un tabú, la sexualidad, el amor libre, se practicaba y reivindicaba en los movimientos liberadores de los modos burgueses, que se manifiestan en Mayo del 68 y en el amplio movimiento *hippy*. La reivindicación del cuerpo, fuera de los tiempos estancos, creaba una amalgama que rompía con lo establecido abriendo nuevos modos de

vivir. El cuerpo había abandonado la campana del orden donde se cobijaba, se abría la experimentación en las relaciones sociales y sexuales, un cuerpo desnudo de todo lo que es sujetado por lo viejo, ruina que termina por caer y hacerse inútil en la contención de los individuos. Nosotras no crecimos en esa libertad, apenas si la oíamos a través de las bandas sonoras de los grandes encuentros musicales que eran expresión de las vivencias y los cambios sociales que se estaban produciendo. Aún no se escuchaban las voces por los derechos de los homosexuales con la suficiente fuerza, pero el 28 de junio de 1969 tuvieron lugar los disturbios en Stonewall, donde se produjeron manifestaciones espontáneas y violentas contra las redadas de la policía. El movimiento homosexual comenzaba a andar gracias al arrojo de travestis y de los homosexuales más desprotegidos, los que sufren el acoso a sus vidas situadas en la intemperie disnormativa, cuestionados tanto por parte del movimiento feminista por «reproducir los roles de la mujer sofisticada, puta, atrevida», como por la homosexualidad blanca, normativizada y binaria, solo interesados en su igualdad con el otro, cerrados a las reconstrucciones identitarias. Bajo la palabra «travesti» se creaba un remolino de deseos y formas de ser anormativas que señalaban una diversidad no manifestada de cuerpos en tránsito, marginadas y castigadas, desde la que surgió la realidad «trans», pluralidad infinita que descodifica los códigos binarios y nos acerca a las afueras del sexo como separación, a su despatologización,

a otras vidas posibles, construidas sobre el deseo de acercar cuerpo y pensamiento.

Escondidos debajo de las camas, conscientes de cometer lo prohibido, deseosos de tocarnos, ajenos al afecto, irradiados por la aventura que suponía tomarla con la mano, acercártela a la boca y hacerlo sin palabras, apenas sabíamos lo que era una paja. Cuando un día me contó un amigo lo que era, pensé que llevaba tiempo haciéndomelas, ocupado en tocármela todo el día, lo que me obligaba a tener que expiar mi pecado, cosa que hacía con un cura que, afortunadamente, por su edad, se dormía en el confesionario y andaba ajeno a todo ese lío de culpas que la norma crea atormentando, y que él aliviaba con unos tres cuartos de bendición imbuido en el nirvana de su semiinconsciencia. Ir al pecado salía a cuenta con el antídoto de aquel confesor. Así comencé a notar mi diferencia, pero nada más, no recuerdo ningún conflicto extremo con mis creencias religiosas, ni ninguna situación comprometida, a veces pienso que para aquellos años de principios de la década de 1960 salí bien librado. El disfrute con lo sexual me acompañó toda la infancia, tengo imágenes más desvaídas según fueron atravesadas por el tiempo, pero las recuerdo como fogonazos de una sexualidad infantil brumosa. Vivencias primeras que tuve con niñas y niños. Las experiencias de placer y culpa, juegos y pajas infantiles, el combate con el dolor que sentía tras el gozo, me llevaba poco a poco a sentir la diferencia en soledad. ¿Con quién saber? Pero me abría camino en la incomunicación, el

interior vibraba y actuaba modificando quién era e intentando buscar la fuerza de mi propia aceptación en aquella realidad.

Cuando oigo hoy hablar en los medios de comunicación de sexualidad infantil, preadolescente y adolescente, un tumulto de temores la rodea, el puritanismo se va apoderando de los comportamientos sociales, vuelta al orden, a la desinformación, al tío del saco, al miedo como control, a los discursos racistas sobre el otro como agresor, que induce a tratar la sexualidad como temor, como algo que si no es sucio está tocado por un aura que la empaña. De ahí que la sexualidad infantil y preadolescente sea territorio de especialistas y no de un reconocimiento del cuerpo como cuerpo de aprendizaje, que se autorrealiza por medio del deseo y el juego. El niño, el menor de edad, es concebido como un ser expuesto al peligro del otro, desaparece de la calle, juega con él mismo en espacios cerrados y crece en torno a un espacio tecnológico desde donde también puede entrar el mal. El enemigo está en todas partes. Te vigilamos por si te vigilan. Tu seguridad está en nuestras manos.

Al otro lado del río, desde donde escribo, en medio del campo, tierra vieja fértil del valle, aún está en pie aquella casita, que fue de guardeses desde tiempos remotos. En aquella pequeña casería, carente de servicios y desagües pero con electricidad, de ventanas pequeñas y desvencijadas, el espacio estaba dividido entre un salón con una parte empedrada por la que pasaban los mulos al pajar;

la cocina, un hogar bajo la chimenea donde se guisaba con ascuas bajo las trébedes; y otra habitación que fue dormitorio. Todo el frontal de la casa estaba rodeado por un poyo o banco de piedra que conformaba un espacio exterior. Allí, cerca del río, sitiado por el agua de las acequias, estaba el paraíso imborrable donde navega el río Genil por Los Infiernos. Descenso a la felicidad, descubrimiento del alcohol, primeros cigarros; el exceso de estar todos juntos unos días con sus noches.

La casa, deshabitada desde hacía años, mantenía algunas sillas y pequeños muebles de campo, nada más. Nos la dejaba un señor mayor amigo de mi padre, de talante más jovial, que cultivaba las tierras. Con aires de sencillo filósofo, le gustaba hablarnos de la tierra y compartir momentos, como la comida, para charlar y contarnos variadas historias; al atardecer marchaba a su casa montado en una mula con algunos productos metidos en el serón, que vendería en la tercena del mercao. La primera vez que fuimos ninguno tenía más de 15 años, éramos chicos y chicas que salíamos juntos y que de pronto encontramos un lugar para estar solos. Las amigas venían alguna tarde a pasar el rato andando desde el pueblo a unos tres kilómetros, no tenían permiso para pasar la noche con chicos.

El día buscaba la noche cuando íbamos a un ventorro cerca a comprar gaseosas y vino, más peleón que otra cosa. Al volver tocaba cenar, algún bocadillo traído de casa y chorizo asado que comprábamos en la venta, entre historietas del día, reírnos los unos de los otros y beber siempre

de más, siempre. Momentos felices de nuestra libertad común de reglas difusas.

Ya entonces, días antes, había ido allí con un amigo dando un paseo en bicicleta. Como si algo nuevo despertara, le pregunté: «¿Y qué vamos a hacer?»; él, entre tímido y seguro, respondió, «lo que tú quieras». Las bicicletas nos llevaban hacia lugares seguros. Las abandonamos sobre la hierba mientras, con la lentitud propia de los inicios, acabamos rodando fundidos, acelerados y ausentes a todo lo que no fueran nuestros cuerpos, hasta que desde lejos un hombre comenzó a gritarnos. No supe si por lo que hacíamos o por entrar en el sembrao como jabalíes. Cogimos las bicis y huimos en dirección hacia el río hasta que desapareció el hombre. Tranquilos y reposados, nos desnudamos y entramos en el agua turbia, donde solos entre la lenta corriente nos tocábamos y sumergíamos para mordisquearnos más abajo. Recuerdo la excitación que me abrazó desde aquel encuentro.

Ya sabíamos dónde íbamos a pasar la noche el uno junto al otro, cuál iba a ser nuestro sitio sobres las mantas y esteras que hacían de duro colchón para todos. Poco a poco el ruido y las risas iban cesando introduciendo sopor en el grupo, con el silencio dueño del espacio, un leve movimiento acercando nuestros pies desencadenaban los cuerpos, enredándolos, bajando las manos por aquellos pechos que estaban ahí para nuestro gusto, sin fronteras, acariciar, abrazar, dejar la lengua impresa en cada chupada que dábamos a nuestras pollas. Recorrer el cuerpo como deseo, habitar

la pasión extraña de sentir el cuerpo semejante, descubrirte y quedar sin palabras para expresar lo que sucede. Después todo volvió a ocurrir con distintos amigos y en otros lugares privados; subrepticiamente abandonaba mi casa algunas noches e iba a dormir a la casa de los amigos, o volvía muy tarde sin hacer ruido, después de estudiar juntos como antesala de una noche feliz.

Aquel tipo de relaciones se cortaron bruscamente cuando me marché a un colegio mayor para estudiar en Granada. Tal como vinieron se fueron y cuando más tarde supe de aquellos amigos todos habían comenzado su vida reglada, a estas alturas de deconstrucciones y desidentificaciones no nos vamos a preocupar si lo que eran eran o no eran, lo cierto es que nos alejamos de tal forma que nunca más los he vuelto a ver.

Hasta aquí, podemos definir esta etapa como «el cuerpo solo», un cuerpo que vive sin la confrontación con otros semejantes; el cuerpo reprimido y recluido que sufre con dolor la soledad de su comportamiento distinto. En mi caso aceptaba lo que me ocurría porque el deseo escapaba a la razón y encontraba quien lo satisficiera en un ser semejante en edad que me buscaba con la misma intensidad que yo a él. El tiempo me iba conformando como un cuerpo cada vez menos recluido, más expuesto al exterior.

En aquel tiempo, antes de la muerte del dictador, con la persecución del lesbianismo y la homosexualidad, aquellas relaciones primeras se construían sobre un deseo innombrable. No

recuerdo conversación de ningún tipo —todo lo más «es la última vez que lo hacemos», expresión que no tenía utilidad alguna—, ni tampoco haberme enamorado de alguien; era como si dentro de nuestra cabeza el amor y el deseo estuvieran disociados, de hecho, muchos tuvimos novia, informal, pero novia, con la que el afecto fluía, el deseo según. El hecho de pensarnos en soledad, sin comunicación, era consecuencia del grado de ocultamiento al que las prácticas entonces anormativizadas habían sometido al sujeto, su no existencia o su castigo. La medicina psiquiátrica experimentó sobre los cambios de conducta con procedimientos brutales e ineficaces.

Hasta mediados los setenta me enrollaba con amigos, compañeros, que a veces parecían hacerme un favor, porque «lo de ellos era otra cosa que lo tuyo». Con la comodidad de no hablar seguías tu camino y hasta donde llegara, yo ya había hecho de la militancia antifranquista mi trabajo, mi causa primera, el tiempo era para la lucha.

La lenta muerte del dictador me cogió en Madrid donde estuve varios meses huido de la policía, no por nada espectacular sino por participar en un salto de calle donde nos sorprendieron y detuvieron a varios. Cuando acudí a la cita de seguridad, limpio como una patena, el responsable nos ordenó dispersarnos a los más conocidos por los apresados, como total prevención, a lo que se llamaba en la clandestinidad la estanqueidad.

A la vuelta de Madrid la realidad parecía ser otra, volví a Granada, retomé el trabajo político,

eran tiempos de reformas donde la legalidad se cerraba en el PCE, dejándonos a los partidos de la izquierda revolucionaria fuera del juego que iba conformando la llamada Transición democrática. La lucha por la liberación homosexual aún no la oíamos por ninguna parte a mediados de los setenta, aunque Armand de Fluviá y Francino junto a otros compañeros, y gracias a la influencia de publicaciones como la revista *Arcadie*, fundaron en 1972 el Movimiento Español de Liberación Homosexual, un grupo compuesto en su mayoría por hombres, que empezó a editar en 1972 el boletín mensual *AGHOIS*. Eran tiempos de clandestinidad y miedo. Sin embargo, aquellas noticias no me llegaron, seguía planteándome la homosexualidad solo como un asunto personal del que empezaba a hablar con ciertos íntimos amigos y a través de poemas donde reflejaba la necesidad de romper la incomunicación y dejaba entrever de lo que no me atrevía a hablar. Estar dentro y salir.

De aquellos años grises, recuerdo como anécdota la del día que un compañero de curso, que siempre llevaba a su vera un remolino de gente, se presentó con una camiseta muy ajustada en la que, con tela de vichy de cuadritos de diferentes colores, se dibujaba un tren infantil con los ribetes de los vagones bordados con hilos variados que surgían sobre la máquina del tren como humo negro; un bigotito y pelo engomado delimitaban su cabeza, dándole a todo el conjunto, sin apenas nada, un desencaje carnavalesco que me hizo sentirlo como uno de los míos. Era miembro del

FHAR (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria) en Granada, un grupo que tomaba el nombre de otro francés y que se caracterizaba por sus acciones paródicas y carnavalescas, chicos vestidos como chicas o abuelas con disfraces grotescos, a veces tomados de casas abandonadas en sus rafias albaizyneras. Se paseaban con desmesura del Albayzín a Plaza Nueva o por el Sefru, un bar presidido por un váter con santo, refugio de la otredad granadina. Sería 1977 o 1978 cuando sacaron el cartel en lila con la imagen borrosa del suicidio de una lesbiana, era el primer cartel visibilizador, reivindicativo y denunciador de la opresión y represión de las conductas homotrópicas. Aunque el igual siempre es diferente.

De mi «cuerpo solo» se fue borrando buena parte de lo inscrito, y de lo des-inscrito surgieron nuevas escrituras que transformadas por el conocimiento, como quien corrige, fueron conformando otra cabeza, otra noción del cuerpo y de su relación con los otros.

Hacia 1976 el feminismo llegó como un vendaval que ponía en cuestión nuestros valores; nos enfrentó a la invisibilizada opresión de las mujeres, que hasta hacía poco habían carecido incluso del reconocimiento de ser persona jurídica. El feminismo resurge adquiriendo con los años un pensamiento autónomo y de transformación que se despliega por todos los saberes y prácticas, creando multiplicidad, desentrañando qué significa la dominación y opresión desde las premisas del orden heteropatriarcal capitalista y cómo se

confronta a ese sistema construyendo un nuevo imaginario que propaga una nueva visión del mundo. El feminismo es un sistema total que afecta a cada una de las áreas de la vida explosionándola.

Será la concepción de la separación entre sexualidad y reproducción la que abra la posibilidad de entendernos nosotros mismos, de liberarnos de la culpa que nos introduce el Estado y la religión, de convertirnos en sujetos libres dispuestos para la acción. Fue la adquisición de este nuevo pensamiento la que influyó sobre mí y otros para iniciar la construcción, a finales de los setenta de los Frentes, siguiendo la estela de otras organizaciones como EGHAM (Euskal Herriko Gay-Les Askapen Mugimendua – Movimiento de Liberación Gay-Les Vasco) en Euskadi y FAGC (Front d'Alliberament Gai de Catalunya) en Catalunya, que se crearon nada más muerto el sangriento dictador.

Paradójicamente, en el periodo que nos tocó hacer la mili, sobre 1978, nos hicimos maricones militantes. A Joaquín, mi amigo del alma junto al que todo lo he hecho, le tocó Madrid, a mí Segovia, donde me acogieron, junto a mi amigo Alfonso, en casa de militantes del MC (Movimiento Comunista) con los que además de servirnos de soporte podíamos hablar de todas las cosas. El posicionamiento del partido a favor de impulsar la lucha de los homosexuales había comenzado, el «cuerpo solo» se había resquebrajado surgiendo el deseo con todo su esplendor relacional; lucha y afirmación de un yo liberador,

experimentador del amor, sin otro referente que la norma binaria heterosexual. Demoler y construir sobre el vacío. Un nuevo yo que renueva el sentido desde la relación con la identidad surgida de la negación.

Fue en esta época, de obediencia e irracionalidad, cuando Joaquín, que estaba destinado en el Ministerio, donde todo era aún más estricto, tomó amistad, no recuerdo bien cómo, con otros soldados que estaban en el antiguo Museo del Ejército. Parece ser, según contaban, que allí destinaban tanto a los que le notaban el ramalazo, como a estudiantes de Bellas Artes, le llamábamos el Museo de las Locas. Cuando llegaba a Madrid con permiso desde Segovia me encontraba con ellos, el uniforme caqui de uso obligatorio volaba por los aires para juntarnos y lucir largos y coloridos fulares, retocar las pestañas con rímel, ponernos un leve toque egipcio en los ojos con el kohl marroquí y las gafas de sol que algunos llevábamos con la rejilla lateral anti mosquitos. Perfumados, vestidos sofisticados, salíamos a la calle a pasear el atrevimiento de mostrarnos otros, pavonear y reír todo el día con miles de ocurrencias. Tuve un ligue con uno del grupo, guapo a morir, con gracia a borbotones y estilo hasta para llevar el tres cuartos. Cuando Alo estaba de guardia, aquella gabardina caqui la portaba como un mariscal de campo de Napoleón con el cuello alzado y la pulcritud de quien nunca ha estado en el campo de batalla. El Museo del Ejército, situado cerca del Museo del Prado, parecía de todo menos un

centro de disciplina, los horarios eran laxos, las obligaciones escasas. Lo recuerdo polvoriento, como un reflejo rancio de un esplendor no hallado, donde todo era el recuerdo de la muerte, lleno de cañones, insignias, banderas y conmemoraciones de la gloriosa historia del ejército. En especial recuerdo la sala con los coches en los que iban los tres presidentes que habían muerto en atentado —Prim, Dato y Carrero—, huellas dejadas por los atentados que marcaban la evolución de los medios utilizados.

La mili acabó, sería 1979 cuando Joaquín y yo volvimos a Granada, a la militancia y a buscar un trabajo en medio de la espantosa crisis que sacudía el país, tiempo de reajuste forzado por el capital, contestado por luchas de los trabajadores y las trabajadoras. Este regreso significó también la reafirmación de nuestras prácticas y teorías sobre la homosexualidad y un deseo de exteriorización de nuestros afectos que nos conducía a la acción para nuestra propia visibilidad y por la transmisión de los saberes que nos habían transformado conformándonos en un nuevo cuerpo desde el que vivir nuestra conquistada homosexualidad libre.

Cuando agarró el micrófono del altar y comenzó a cantar por Amanda Lear ya habían subido las escaleras del dorado retablo barroco al menos quince o veinte de los que participaban en la reunión de la Coordinadora de Frentes Homosexuales de Andalucía. La reunión había tenido lugar en los salones parroquiales de la Iglesia San Ildefonso de Granada, y al finalizar se nos

propuso por el párroco, miembro del Frente y uno de sus fundadores, ver la Iglesia, enseñárnoslo todo. Yo le dije «¿sabes lo que haces?» y él me respondió «para mis hermanos todo», y abrió la puerta del retablo por el que, sorprendidos por la propuesta, fuimos subiendo entre gritos y risas los 21 maricones, desplegándonos por las tres alturas del retablo del siglo XVII, gritando a los de abajo por las hornacinas donde se encontraban las imágenes de San Miguel, San Rafael, Santa Catalina, Santa Inés, San Antón, San José, San Pedro y Pablo, mostrando nuestros cuerpos vivos junto a los acartonados vestidos de los santos del gran escultor Risueño. Cantábamos canciones, desplegando la pluma reivindicativa mientras sonaba desafinado y chirriante el órgano, sobre la puerta de entrada de la Iglesia, asaltado por la turba que ejemplarizaba con su acción sobre el templo el desprendimiento de una serie de valores y, por tanto, la liberación del cuerpo como lugar de sabiduría frente a los valores cristianos. Un nuevo cuerpo imparable que desbrozaba las ataduras de la sexualidad.

En Granada, en 1979 y promovido por un ex cura apellidado Parra que militaba como Joaquín y yo en el MC, tuvimos un encuentro en la Iglesia San Ildefonso, donde se reunían en clandestinidad, desde los años finales del franquismo, todo tipo de movimientos sociales y partidos. José Antonio, párroco de la Iglesia, Joaquín y yo hablamos sobre nosotros, cómo hacer, qué hacer, cómo buscar a otros, cómo irrumpir en la calle o

quién aparecería en público como maricón, la palabra que nos había estigmatizado durante años, el insulto que expulsaba al cuerpo y lo llevaba a un lugar de desposesión, vacío de derechos y sujeto a la arbitrariedad de la Ley de peligrosidad y rehabilitación social con la que la dictadura franquista había completado su lista de grandes enemigos: comunistas, masones y judíos. Ni el indulto de noviembre de 1975, ni la amnistía de 1976 al principio de la Transición, benefició a los homosexuales que habían sido detenidos como peligrosos y que habían ocupado cárceles específicas, como la de Badajoz, a la que se enviaban los llamados pasivos; o la de Huelva, donde iban los activos, a los que les aplicaban terapias aversivas. La ley no se derogaría en sus aspectos principales hasta 1983, un año después de la llegada de los socialistas al poder.

Aquella reunión en la Iglesia, fue el inicio del FLGG (Frente de Liberación Gay de Granada), una organización formada por homosexuales masculinos que seguían el trabajo del MLH (Movimiento de Liberación Homosexual) y el FHAR; y que junto a otros grupos de Andalucía se constituyó en el FLHA (Frente de Liberación Homosexual de Andalucía), que unidos a otros como el FLHOC (Frente de Liberación Homosexual de Castilla) de Madrid, el FAGC de Catalunya, el MAGPV (Moviment d'Alliberament Gai País Valenciá) del País Valenciá o el EGHAM de Euskadi, dieron lugar a la Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español, la COFLHEE, organización,

de la que apenas hay rastros en la Red, que durante varios años fue el primer referente organizativo y reivindicativo de las organizaciones de homosexuales. Hace apenas tres décadas la homosexualidad se consideraba una patología. Estas organizaciones tomaron en su mayoría el nombre de Frentes de Liberación o Movimientos, emulando el nombre que tomaron las organizaciones que luchaban por la independencia y la descolonización en diversos lugares del mundo desde los años sesenta. «Frente» intentaba reflejar la suma de concepciones políticas que había en cada organización, indicando que la lucha de los homosexuales no solo estaba unida a la lucha del pueblo sino que opinaban y actuaban en los incipientes movimientos pacifistas, ecologistas, sindicales o por la legalización de sus organizaciones y los partidos de la izquierda revolucionaria; señalando al cuerpo como un cuerpo colonizado por el sistema patriarcal capitalista al que hay que liberar de la opresión sexual.

No conocí a Paco La Brava, hoy Mar Cambrollé presidenta de ATA (Asociación de Transexuales de Andalucía), ni recuerdo cómo se llamaba la organización en favor de los derechos de los homosexuales que había fundado un tiempo antes en Sevilla, y que mantenía alguna relación con la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), un grupo sindical donde militaban cristianos muy comprometidos en la lucha contra la dictadura. Aquella organización había desaparecido cuando Joaquín, que ya vivía y trabajaba en Sevilla,

convocó una reunión a través del MCA (Movimiento Comunista de Andalucía) para crear un nuevo grupo que se sumara al nuevo movimiento de los Frentes homosexuales. De esta convocatoria, a la que acudieron unas 80 personas, surgió una nueva organización, sus miembros eran casi todos homosexuales masculinos, las lesbianas, entonces menos organizadas, menos visibles, carecían prácticamente de organizaciones propias y militaban dentro del fortalecido movimiento feminista donde su visibilidad era relativa. Sería en 1979 en las II Jornadas Feministas Estatales en Granada, que reunió a más de 3.000 mujeres, cuando comenzaron a organizarse también de forma autónoma, creándose un año después el Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid, de enorme importancia en la visibilización y fortalecimiento de las organizaciones lesbianas, con Empar Pineda como cabeza más visible. En 1983 se celebraron las primeras jornadas lesbianas.

Los Frentes se crearon también en Málaga, el Colectivo Gay de Málaga, impulsados por compañeros del PCE y MCA, que publicaron un boletín llamado *Reivindicazuca*; en La Línea de la Concepción; y en Córdoba que junto a las organizaciones de Granada y Sevilla se unificaron bajo la siglas de FLHA (Frente de Liberación Homosexual de Andalucía). El mundo organizativo del FLHA, como el de otros grupos pioneros, no tenía una estructura muy desarrollada, funcionaba por asamblea de la que surgían comisiones para trabajar en diferentes realidades, no todos sus

militantes actuaban en el exterior con la misma disponibilidad; decir el nombre y apellido en las actividades públicas, como mesas redondas o conferencias, no era fácil, veníamos de donde veníamos y tuvimos que dar rostro y nombre a la lucha homosexual. Desde el principio fueron en general bien recibidos por los homosexuales que ya empezaban a habitar masivamente los bares específicos que se abrían, espacios de libertad máxima donde también se celebraban espectáculos de travestis en los que alguna vez daban la bienvenida a los militantes del Frente, aunque de alguna forma éramos mirados como algo extraño. También se extendió el uso de los llamados cuartos oscuros, novedad para muchos de nosotros, en los que se practicaba sexo anónimo. En los Frentes comenzó una discusión imposible sobre si debíamos estar a favor o en contra del llamado gueto homosexual, al que juzgábamos, a la vez que frecuentábamos, desde una moralina carca sobre las prácticas sexuales sin afecto que se practicaban en aquellos espacios y que entendíamos que nos devolvían a una situación de invisibilidad. La visibilidad era una necesidad perentoria de los nuevos Frentes, poner rostros a nuestras reivindicaciones.

En Granada, en medio de una Asamblea multitudinaria en la Facultad de Ciencias donde se trataban varios temas, se levantó Juan Antonio Boix, un fornido militante del FHAR, y con voz recia proclamó su homosexualidad desde el centro del Aula Magna, inmediatamente los asistentes comenzaron a aplaudir y a saludar lo que

en aquel momento era un gran gesto que rompía con el estereotipo sarasa de debilidad y pluma por narices. Porque la pluma era objeto de discusión en los Frentes, y aunque la empleábamos a gogó, empezamos a ser conscientes que esa expresión corporal era no solo algo aprendido sino un reflejo de la división de roles y parodia de lo que se entendía como femenino, al mismo tiempo era también un valor identitario que usábamos con estridencia cuando la situación pasaba a ser de jolgorio picarón, donde las risas estallaban por doquier o cuando plumeábamos por la calle como reivindicación de nuestra diferencia.

¿Entiendes o comprendes? Era la frase, no sin humor, que se empezó a extender por el ambiente, palabra que recogía no solo los lugares de confluencia de los homosexuales, hombres y mujeres, sino también la sociabilidad de sus interrelaciones. ¿Entiendes o comprendes? indicaba la diferencia entre ser y ser aliado, aunque en el fondo pensábamos que todo hombre era un maricón en potencia y había que vaciar los armarios. Otro dicho que nos encantaba era aquel que en cierta forma respondía a un cierto esencialismo de nuestras posiciones, cuando alguien refiriéndose a otro decía, no sin tono jocoso: «dice que es bisexual», y se respondía «sí, sí, le gustan los rubios y los morenos»; ese chiste, que todos reíamos, escondía la negación de una multiplicidad de formas de ser y anclaba la homosexualidad como un lugar de no evolución, haciéndola aparecer como un rol más que se enmarca en la lógica

heteropatriarcal y se abraza a la inmutabilidad de los géneros.

Recién expuestos al exterior, los militantes hacían aflorar la realidad oculta de prácticas sociales condenadas por las leyes y por una moral popular e ideológica que se resquebraja ante la contundencia de la aparición de nuevos cuerpos sexuales que obligaban a cuestionar las certezas en las que habitaban. Estas transformaciones comienzan a producirse en el interior de los partidos de izquierda como el PCE y el PSOE, obligados a posicionarse ante la lucha por la igualdad de derechos, en los que se irá modificando la vieja visión de que la homosexualidad era un vicio pequeño-burgués que había que extraer de sus filas (lo de pequeño burgués era el pozo donde acababan las ideas que intentaban expresar la noción de una individualidad que convive con lo colectivo). La acción de los homosexuales, la lucha feminista y las ganas de disfrute de una sociedad salida del oscuro puritanismo nacional católico posibilitaron que los Frentes, a pesar de contar con una reducida militancia, atrajeran la mirada cómplice de numerosos sectores sociales que apoyaron sus luchas.

Las organizaciones gays surgidas a finales de los setenta se unen por primera vez a las internacionales a través de la IGA (International Gay Association), nacida el 8 de agosto de 1978 en Coventry, Inglaterra, durante la conferencia de la *Campaign for Homosexual Equality* (Campaña por la igualdad de los homosexuales) a la cual asistie-

ron 30 hombres en representación de 17 organizaciones de 14 distintos países. En el año 1986, adopta su actual nombre, ILGA (International Lesbian and Gay Association). Esta organización influyó para conseguir que la Organización Mundial de la Salud quitase a la homosexualidad de su listado de enfermedades en 1990 y, aunque se abre a la realidad Trans, mantiene a lo largo de su historia un programa igualitario que refleja posiciones binarias.

En Andalucía, para dar visibilidad a las reivindicaciones del movimiento —legitimidad de los derechos de los homosexuales, no a la marginación laboral, derecho al placer y a una sexualidad libre— el Frente comenzó a desplegarse mediante la confección de pequeños boletines en papel rosa que se fundieron en una publicación llamada *Gay Andalus*. El cuerpo teórico comenzaba a desarrollarse desde postulados primarios situados en esquemas binaristas, el concepto Trans estaba ausente de sus discursos y aún lejos de las luchas que desarrollaban y de la comprensión de su importancia en la deconstrucción de los géneros.

Los Frentes organizaban charlas, ventas de libros en la calle, puestos en los que también se repartían los escasos materiales con que contábamos. Los libros eran casi todos de autores que podían definirse como homosexuales intentando a través de grandes personajes de la literatura dignificar nuestra lucha. Recuerdo a los compañeros más jóvenes que venían a ayudar patinando por

Bib Rambla en Granada, ofreciendo veloces, con sus vaqueritos por la ingle, los libros a la vez que anunciaban la existencia del puesto. Eran presencias públicas en unos años donde vivir la libertad parecía posible.

El FLHA era una organización muy precaria que carecía de locales públicos, la dirección eran diversos apartados de correos en las ciudades donde existían grupos. Ante esa precariedad la voluntad se manifestaba poderosa, el Frente empezó a aparecer en algunos medios que daban a conocer nuestras reivindicaciones. En Sevilla los compañeros tenían un programa magazín de radio semanal en la emisora de Radio 16 y crearon con absoluto éxito un Festival de Cine Homosexual donde daban a conocer películas, con la dificultad de su escasez a principios de los ochenta, sobre el amor que no osa decir su nombre.

El FLHA como otras organizaciones de la COFLHEE pensaban desde una concepción política global que los homosexuales debían estar no solo en sus reivindicaciones sino también acompañar las diversas luchas que se desarrollaban a través de otros movimientos, no solo las luchas feministas por sus derechos sino también la lucha por la objeción de conciencia, contra la OTAN, los gastos militares…

Antonio García Larios, alcalde comunista del maravilloso pueblo de Montefrío, con quien me unía una relación de amistad, me propuso en el año 1985 organizar un acto en el instituto del pueblo para hablar sobre la homosexualidad con

los chavales y chavalas, una mesa redonda en la que además del Frente estaban los partidos que acababan de tomar una actitud de defensa de los derechos de homosexuales y lesbianas, y Alianza Popular, la derecha organizada. Cuando me tocó el turno de palabra expliqué nuestras reivindicaciones e hice una breve narración sobre diversos hitos de la historia de la lucha homosexual desde las teorías de finales del siglo XIX, desde posiciones despatologizadoras, como las de Carpenter sobre la existencia de un tercer sexo o la inversión sexual de Ellis. El recorrido por la historia acababa con la reaparición del feminismo y los nuevos movimientos de liberación sexual surgidos en la década de 1970. Pues bien, cuando habló la señora de AP, una diputada provincial, expuso una diatriba conservadora y opusiana en la que comentó, cantinela propia de la época, que nuestros afectos y nuestra sexualidad eran aberrantes y antinaturales. Al terminar, tomé de nuevo la palabra, pero no me pareció oportuno rebatirla, solo le dije, con toda la mofa posible, que el concepto de lo natural no era muy preciso, «dese cuenta que cuando va a comprar conservas las almejas al natural vienen dentro de una lata, bien muertas». El público joven que había estado atento e interesado en toda la charla estalló en risotadas ante aquella salida con tintes surreales dejando aturdida a la señora diputada que esperaba el rechazo del público a la intervención del FLHA. Valga este ejemplo para reconocer que nuestras razones eran oídas no solo en los centros urbanos, las nuevas ideas

sobre la sexualidad y su vivencia eran recibidas cada vez más con satisfacción por grandes sectores de la población. Situar la presencia viva de los militantes gay y de quienes afrontaban públicamente su homosexualidad era descerrajar las presiones sociales, abrir camino ante la homofobia que nos había conferido a la invisibilidad y la negación de la disidencia antipatriarcal.

No me resisto a dejar de contar un pequeño relato sobre las situaciones que se daban para dar corporeidad a las luchas de homosexuales y lesbianas. Afrontar la visibilidad de nuestras luchas también significaba dar nombre y apellidos a quienes eran portavoces de los Frentes, dar la cara. Un compañero de EGHAM a quien un medio de comunicación le había realizado una entrevista se encontró con que su nombre iba a salir escrito en ella, abrumado porque su familia, compuesta de diez hermanos, se iba a enterar de quien realmente era por los medios, decidió contarlo antes de que fuera público, debía ser cuando estuviera reunida toda la familia; dadas la fechas pensó que lo haría en la cena de Navidad. Así, al final de la cena se levantó y dijo: «Tengo que comunicaros que según el Informe Kinsey —libro fundamental en aquellos años— una de cada diez personas es homosexual; o el Informe Kinsey falla o en esta reunión hay un homosexual, el Informe Kinsey no falla, el homosexual soy yo».

La noche llenaba los jardines laberínticos de sombras, espacios donde se practicaba el sexo anónimo, un territorio nuevo recién conquistado

donde buscar el desfogue de los cuerpos, cada ciudad tenía sus lugares específicos, desde váteres públicos en sitios de tránsito a zonas de arboleda, los cuerpos aparecían y desaparecían satisfaciendo el deseo compulsivo del sexo, una sexualidad masculina que a cada pocos pasos la encontramos vacía de afecto. Lo cierto era que no sabía ligar en aquellos sitios y dejé de acudir, a otros le encantaban y tras las copitas de los bares desaparecían para intentar satisfacer sus deseos; los habituales, a veces charlaban y reían antes de disolverse y buscar su sombra iluminada desde donde atraían otro cuerpo errante o desaparecían por no encontrar lo que buscaban. En Granada le llamábamos a ese espacio La Finqui, unos jardines junto al río por el Paseo del Salón. «Niño, ayer estuve en La Finqui y no me comí ná». «Pues a mí me salió un maricón que tenía un ¡¡culo!! Vaya Culo. Terminamos en su casa. ¡¡Qué noche!!».

Apenas los Frentes habían desarrollado sus luchas cuando llegó como un huracán el sida. La rápida propagación de la enfermedad, la poca información existente al principio y el carácter inevitablemente letal del virus dieron lugar a una auténtica psicosis a comienzos de los años ochenta, especialmente entre la comunidad homosexual, de hecho, llegó a llamarse «síndrome de los homosexuales o peste rosa». Los medios reforzaban el acoso, no será hasta aparecer los primeros casos de hemofílicos infectados cuando la mirada acusadora comenzó lentamente a menguar. La pandemia del sida paralizó a los

Frentes, redujo su visibilidad, entraron en crisis o desaparecieron ante la perplejidad de las muertes de amigos y compañeros que se iban irremediablemente aquejados de múltiples enfermedades, a veces en la soledad de quien se ve a sí mismo como culpable por portar la maldición de lo que era desconocido, y por no hacer partícipes del dolor a los que te rodean. La inmisericordia de su aparición, de la muerte que portaba, lo paralizó todo. Los Frentes creados para reivindicar el gozo y el orgullo desde posiciones igualitarias, teórica y organizativamente débiles, fueron incapaces, salvo excepciones, de comenzar una lucha contra la invisibilidad del virus y sus terribles consecuencias.

La década de los ochenta trajo consigo el aumento de la discriminación, los enfermos eran aislados, se dieron los primeros descubrimientos que cercioraron la existencia de un virus como causante de la enfermedad y se conocieron las formas de contagio. Sería a comienzos de los noventa, con la aparición de los Comités antisida y su ingente trabajo en todos los frentes que la enfermedad provocaba, cuando todo comenzó a reorganizarse y comenzó la lucha por democratizar los tratamientos contra el sida, por reforzar las campañas de información veraz sobre la enfermedad y su prevención.

A la vez, sin que nadie viera esa realidad, millones de personas enfermaban en diversos países africanos. La lucha contra el sida continúa, existen tratamientos eficaces, pero en aquellos

países donde no existe la sanidad pública el acceso a los medicamentos es muy costoso dejando en la intemperie a los pobres y olvidados de la tierra.

Las políticas neoliberales, caminan sobre la muerte en su mundo global donde el cuerpo enfermo es entendido como negocio.

El encargo de este texto surgió a raíz de los intercambios y conversaciones entre Miguel Benlloch, Gracia Trujillo y Alberto Berzosa en las actividades del seminario «Millones de perversas», que el grupo de investigación del proyecto europeo *Cruising the 1970s*–CRUSEV, que integran ambos, organizó en el marco de *El porvenir de la revuelta*, en CentroCentro y Centro Cultural Conde Duque, Madrid, junio 2017. Escrito en mayo de 2018 y publicado en *Fiestas, memorias y archivos. Política sexual y resistencias cotidianas en los años 70*, volumen compilado por Trujillo y Berzosa, Brumaria, Madrid, 2019.

# CONSEJO DE GUERRA AL PLACER

En este país el túnel del tiempo no existe. El pasado se hace presente a menudo llevándonos a dudar continuamente del año en que vivimos. Unas veces son las vueltas a protocolos que quieren emular esplendores de corte; otras, como la que me lleva a escribir, nos lleva a hacer presente hechos que muy bien pudieran haber ocurrido mucho antes del descubrimiento de América (puestos a relacionar con los protocolos). O lo cierto, lo definitivamente cierto será que llegaremos al tiempo de *Galáctica* y pasará como en esa nefasta serie: que lo que cambió fue la rapidez de los aviones, la sofisticación de las armas, pero el tiempo dejó intactas las normas y costumbres, los valores ideológicos que nos dominan seguirán siendo opresivos y reaccionarios.

Comenzará la historia que me ocupa, los hechos ocurridos allá en el 77, cuando el desencanto, la desolación apenas había comenzado, pero llevaba ya en su germen todos los resultados que ahora vivimos.

Esta historia es una historia de cuartel, otra más, pero en ella los sucesos acaecidos no tienen nada que ver con sables, golpes de estado, conjuras.... por lo menos a primera vista, sino con la vida de dos hombres, dos soldados que fueron vistos amándose, palpándose, acariciándose sus cuerpos. Seguro que sus manos irían rogándose la carne intuyéndola debajo de los oscuros uniformes, de los acartonados correajes. Me es difícil reconocer en ese amor de cuartel la ternura infinita del amor cuerpo a cuerpo. El miedo, el saberse fuera de la norma les llevaría al «delito» con una ingenuidad espantosa.

Ese amor fue descubierto con la sorpresa que se produce en aquellos cuando aparece ante sus ojos enfermos y opresivos la sexualidad tal como es.

Hoy esa historia va a ser juzgada en un consejo de guerra. Se juzga lo que se desaprueba, se le hace la guerra a lo que se quiere exterminar.

Alcalá de Henares. Día 9 de noviembre. Unidad de Paracaidistas. Dos cabos son juzgados por prácticas homosexuales. Realizadas dentro del recinto militar. Año de delito 1977. Año de juicio 1983. El fiscal pide tres años de prisión para cada uno de ellos apoyándose en el artículo 352 del viejo Código Militar.

Aquí en la calle, en esta libertad disimulada, veo con terror la severidad que se ejerce. Me siento cerca de estos cuerpos castigados, de sus prácticas, de sus amares.

Estando seguro que la noticia aparecerá agazapada en cualquier página raquítica de periódico y los castigadores seguirán recibiendo loas y honores, seguirán siendo ejemplo y guía para editoriales miedosas. Pero las prácticas de aquellos, que no están tan lejos de las conciencias de los que conscientemente les azuzan ni de los que inconscientemente asientan, han de llevarnos a recordar una vez más que la libertad empieza de alguna forma por poder ser nosotros mismos y no hay nada que sea más bello que nuestros cuerpos.

Alcalá de Henares. Nueve de noviembre. Se juzga al placer porque el placer les da miedo. Se juzga la homosexualidad porque es una forma de obtenerlo.

Publicado en *Diario de Granada*, 1983.

# EL DOBLE CASO DEL GENERAL KIESSLING

Günter Kiessling ha sido destituido de su puesto de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de la OTAN en Europa. Los motivos del cese son la existencia de pruebas de que el general constituía un riesgo para la seguridad nacional.

El riesgo en palabras entendibles, según quienes controlan esto de los ceses, no estaba motivado por causa de espionaje, ni por veleidades rojizas. Este general no era rojo, era rosa —vulgo maricón—.

Frecuentaba bares de ambiente, lo cual motivó las investigaciones de los controladores del Estado. Estos se enterarían de la afición de Kiessling a tocarse la entrepierna con algún que otro hombre.

La máquina estatal —tan orwelliana ella— debió sacar sus conclusiones: «quien deja su piel varonil a manos de dedos peludos, ni es hombre, ni valiente, ni soldado y por lo tanto podía perder la lengua con el primer espía sacador de secretos

profundos sobre camas mullidas». O, a lo mejor, pensaban en cualquier pacifista de «afeminados gustos» localizando en un «abrázame fuerte» el sitio exacto donde los amantes de lo nuclear iban a colocar el último *cruising made in USA*. El general, según sus superiores, podía pasarse las noches de desenfreno contando chismes sobre los mil y un secreto que estos de la guerra guardan para aniquilarnos. Y, ya se sabe, los secretos de Estado son ante todo secretos.

Sobre cómo practicaba el *ars amatoria* el señor K deben de tener sus jefes un concepto extraño y malévolo. Habían llegado a la conclusión de que era un tipo aburrido, con pocos temas para conversar, y pudiera pasar que se decidiera a hablar de su trabajo tras haber pasado el tiempo de los besos, las caricias finas u otras de las múltiples aberraciones que dos hombres pueden cometer cuando se disponen a hacer sexo.

Me imagino un Kiessling, en horas y horas de farragosa charla, dando pormenores de los últimos misiles a sus amantes, lo que en sí mismo es un peligro dada la fama de chismosos de la gente homosexual. Al día siguiente toda la colonia gay de Bonn manejando datos de esos que sólo saben Reagan y sus cuatro consejeros. La humanidad en peligro, sobre todo la occidental. Nosotros metidos en la OTAN dando nuestra seguridad a esas manos tan poco de fiar, a esas lenguas que lo cuentan todo; por una caricia son capaces de relatar con pelos y señales la estrategia de las próximas maniobras.

Pero no. No, no, no... No os preocupéis. Permanezcamos tranquilos. Todo ha sido una confusión del contraespionaje militar. Se han precipitado en sus conclusiones. ¡Kiessling no era Kiessling!

Así parece ser la historia. El maricón era un doble. Uno igualito que el general, la misma calva, los mismos ojos claros, esos labios gruesos, canas en las patillas... Un doble impío y obseso que le ha dado el mal rato al general, a la OTAN, a los occidentales, a todos los defensores de esa maquinaria de la guerra. Un alma gemela perdida de vicio y corrupción. Un castigo, una mancha en la carrera ejemplar del jefe adjunto de OTAN, una duda difícilmente borrable a pesar de las declaraciones de su chófer: «Jamás ha sido homosexual; de lo contrario yo lo hubiera sabido».

Gaste cuidado mi general, practique el amor con esparadrapos, controle sus besos, sus impulsos, siente junto a la cómoda de su cuarto de soltero a uno de esos del contraespionaje. ¡No sea que me lo vaporicen! Y a propósito, ¡feliz 1984!

Publicado en *Diario de Granada*, 1983.

# ¡A LA CALLE COMEDIANTS!

La libertad es un aprendizaje sólo apto para libertinos, para gentes que saben que la libertad no es sólo una palabra, ni asunto de unos pocos, la libertad es algo colectivo. Defenderla también.

Hace ya unos años, once tan sólo, llegué al teatro. En aquellos tiempos las plazas no existían, la libertad se urdía en pequeñas habitaciones, en montes alejados, en excursiones, o en aquel intento nuestro de unir palabras y gestos en un escenario donde creíamos posible la libertad de hacer teatro, teatro para la rebelión. Escenificamos a Neruda: «Generales traidores mirad España rota…». Hicimos Weiss: *De cómo míster Mockinpott logró liberarse de sus padecimientos*. Un gobernador, también civil prohibió nuestro trabajo. Su prohibición nos llevó a aquel grupo de hombres y mujeres a bajar del escenario y buscar aquella otra forma de ser efectivos, bajamos a aquella palabra, entonces fantástica, llamada militancia. Convertimos nuestros ensayos en reuniones clandestinas, en palabras

y gestos de asambleas y calle. Alrededor nuestro, enfrente de nosotros, estaban ellos, su moral, su opresión, ese arduo deseo de los intolerantes de apagar con su ira la voz colectiva de los que aspirábamos a ser libres. Aquello era el franquismo.

Hace unos días, cuatro tan sólo, el teatro se vino a Granada. Els Comediants, los mismos del *Non plus plis*, para recordarnos que las plazas existen, que atrás quedó el crucero magnífico del Hospital Real donde encerraron sus máscaras hace años, la calle también era nuestra. Llegaron a demostrar el gozo, la alegría, la ternura de hacernos felices en este infierno. ¡Ahhh els demonisss! Venían a enseñarnos el pecado horrible de ser divertidos. ¡Eran como demonios!

En esto bajaron los ángeles, los ángeles del rezo, de la oración, del grito redentor, de la vara de nardos convertida en espada. Así prepararon siempre sus cruzadas, los cantos antes de las batallas, después sus cruces golpeaban al infiel, al tierno infiel que vivía la vida.

Los ángeles bajaban del triunfo con sus bates de béisbol, sus ganchas emporradas. No eran serafines, no eran querubines, no eran arcángeles; aquellos quedaron en sus cuarteles vigilantes, en las torres enormes jaleando. Quedaron en sus ABC, en sus circulares leídas en iglesias, en Africa Gran entonando el rosario violento de la oscuridad que nos prometen, en sus torvos AP de nostalgias infinitas. Toda la escala celestial jaleaba. Ellos no vinieron, llegaron sólo infectos ángeles, ángeles

del guardia, ángeles de la porra, ángeles con nombres apellidos y pistolas. Vinieron a romper nuestro gozo, a traer la sombra.

Pero la fiesta era nuestra, como también lo es la vida, y Els Comediants en ella. Cruzamos la calle y dijimos el grito inevitable de «no pasarán»... Y no pasaron, porque después todo hubiera sido su violencia, la violencia terrible de acabar con la fiesta, la terrible violencia de sus armas, del paraíso siniestro de su muerte. Y fue así porque no estuvo su policía, porque sólo nosotros pudimos hacerlo, porque ya las palabras se quedan pequeñas para aprender de nuevo, de nuevo en el teatro, que la libertad es colectiva y es necesario defenderla.

Por todo ello debe dimitir el que omitió la prudencia, el que olvidó nuestra seguridad, el que dejó indefensa nuestra alegría. Gobernador dimite.

Publicado en *Diario de Granada*, viernes, 1 de junio de 1984.

# 28 DE FEBRERO: CINCO AÑOS DESPUÉS

La realidad como la luna tiene dos caras, una de ellas oculta, en ella habita el estado de las cosas. Cuentan que el Gobierno del PSOE, Almunia al frente, prepara restringir la lista de parados de este país. Para ello inventan nuevos nombres: buscadores de primer empleo, prejubilados, trabajadores sumergidos... Con estas metáforas pretenden suprimir a cientos de miles de parados, hacer listas nuevas, ajustar las estadísticas a su oferta electoral. Es lo que se llama reconvertir al paro. Pero detrás del cinismo, de las listas pasadas por ordenadores, está la calle —como decir la vida—; en ella habitan, ordenados o no, los jóvenes sin empleo, los buscadores de alcaparras, los jornaleros de 30 peonadas al año, recogecartones, vendedores de lotería, camellos, limpiabotas, chapuceros, mendigos y otras «especies» sumergidas con los ahogos propios de todo aquel que lleva el agua al cuello. Además podríamos hablar de ese infinito número de mujeres que realizan un trabajo domesticado en sus casas sin recibir un duro y, preguntadas,

en un 60% responden afirmativamente al deseo de tener un trabajo que les dé cierta independencia. Son las paradas en el olvido, gentes nunca contadas en esos más de dos millones de parados.

Aquí en el Sur sabemos de todo esto; sabemos que un 80% de las fincas está en manos de un 2% de personas, 200.000 jornaleros y jornaleras sin tierra trabajan una media de treinta peonadas al año, la industria apenas existe a estas alturas de Occidente y la reconversión despide de astilleros vaciando las fábricas. A cambio nos dan palabras acerca de las maravillas que vendrán, un día de estos, para toda la humanidad. Por ahora sigue aumentando el paro. Fantasías no aptas para estómagos vacíos. La historieta interminable.

Cuando hace cinco años nos echamos a la calle para pedir autonomía, cada andaluz que dijo sí estaba exigiendo tierra, trabajo y libertad nacional. Era el contenido del poder andaluz que exigimos. Hoy ya cansa hablar —aún más escribir— sobre la historia que no ha sido. La historia hecha desde el Gobierno andaluz no ha cambiado un ápice nuestras condiciones de vida, el PSOE se ha encargado de ello, llevando a cabo esa Reforma Agraria de maceta que deja intacta la propiedad de la tierra, impulsando cultivos antisociales que desplazan la mano de obra. El PSOE y ese estatuto incompetente que ha llenado de oficinas Andalucía, oficinas sin presupuesto, sin capacidad para cambiar las cosas, pero que sí sirven para domesticar las voces del propio partido mediante contrataciones indiscriminadas.

Por otro lado, Andalucía se nos llena de misiles: Rolland, Aspide..., se amplía la base de Rota. El amigo americano intenta meternos cabezas nucleares. Las botas despliegan su paso por todos los rincones. Están preparando el campo de batalla. Vigilan el Atlántico, vigilan el Mediterráneo, quieren hacer de Andalucía una amplia plataforma militar para apuntar objetivos lejanos que a los USA interesa controlar; son las tropas de despliegue rápido aptas para involucrarse allá donde señalen los sueños totalitarios de su amigo Reagan.

¿Qué significa esta militarización del Sur? Significa que lo quieren convertir en el centro militar más importante de la Península y por ende el más agraciado territorio en recibir miles de millones de pesetas en forma de material militar, que con el tiempo se convertirá en chatarra o en exterminio y en ningún caso revertirá en los grandes problemas que tenemos.

Desde esta Andalucía que necesita poder para transformar su realidad, poder para expropiar la tierra, poder para alejarse de esa política agresiva de defensa, los gastos militares se convierten en la más flagrante muestra de la inmoralidad del poder. Cada bala, cada misil, cada sueldo militar, cada bota del soldado inocente se convierte en una agresión a nuestras vidas. Los hombres y mujeres de Andalucía tienen poco que defender, poco que les pueda ser arrebatado, y sin embargo necesitamos de condiciones elementales de vida, trabajo, tierra, hospitales, escuelas, carreteras, necesitamos

todo aquello que ellos no contemplan a la vez que desechamos la militarización que nos empobrece. Su cinismo, ante esta realidad, les lleva a hablarnos de época de crisis, pues bien, en época de crisis se evita lo innecesario y lo militar lo es.

En cinco años hemos pasado de exigir una capacidad de autogobierno o con poderes a una dependencia de la propuesta belicista del Gobierno Reagan. Esta es la autonomía conseguida.

Los habitantes de la cara oculta de la luna, los que padecemos el estado de las cosas, tenemos pocas opciones que tomar en esta situación, si ellos no hacen la reforma agraria, si no dan trabajo, si desprecian las señas nacionales de esta nación, sólo nos queda la protesta, la rebelión. Rebelarse buscando la unidad en luchas cada vez más amplias, ocupando fincas, negándonos por todos los medios a nuestro alcance a despidos y reconversiones. No hay otra opción creíble: o su política de desprecio a las necesidades populares, o una política de resistencia activa. Lo demás será otra vez paseos por las calles, pancartas estériles para sus oídos sordos, declaraciones o escritos como este, palabras convertidas cada cuatro años en folklore electoral. Y a propósito, queridos electores y electoras imagínense las calles rebosantes de carteles portando la cara de Rodríguez de la Borbolla. Se acercan elecciones:

Protección Civil prepara la huida.

Publicado en *Diario de Granada*, viernes, 1 de marzo de 1985.

# PLACERES PROHIBIDOS

> Abajo, estatuas anónimas,
> Sombras de sombras, miseria, preceptos de niebla;
> Una chispa de aquellos placeres
> Brilla en la hora vengativa.
> Su fulgor puede destruir vuestro mundo.
>
> Luis Cernuda

El imperio ha comenzado a legislar sobre la vida sexual de los individuos, ha entrado en sus casas para decidir sobre sus afectos y placeres; todo un Tribunal Supremo de los EE.UU. codifica mediante leyes de represión sexual cómo debe ser el amor. El Estado Cotilla, que progresivamente nos vigila, quiere introducirse en la cama pretendiendo aunar sus esfuerzos con el celestial imperio. Persiguen el placer y los cuerpos que a él se acercan. El valle de lágrimas está servido.

En este festín de la barbarie han puesto sus ojos, su primera mirada, sobre la homosexualidad. El amor que osa decir su nombre se convierte

en la debilidad justa que necesitan para llevar a todas las cabezas la negación de su cuerpo.

No voy a ser yo quien hable del impulso que lleva a los hombres y mujeres a amar semejantes; debiera bastar el profundo derecho a ser dueños de nuestros deseos y nuestros cuerpos para que la cuestión quedara zanjada. La razón es suficiente.

Por ello pasaré de largo sobre el SIDA. Y será así porque una vez constatado que la enfermedad existe, constatados los terribles problemas que conlleva, sabemos que detrás de ella se ha levantado la veda para hacer lucha ideológica, sufrimiento material, contra todos aquellos que han decidido vivir la pasión que nos acompaña. Contra el SIDA no hay más solución que el reforzamiento de las medidas sanitarias y el esfuerzo económico para llevar adelante los planes científicos necesarios que hagan posible su curación.

Basta mirar las cifras destinadas a ambas cosas para compararlas con las que se destinan al exterminio, desde los planes galácticos hasta esos cien millones de dólares para ayudar a la contra nicaragüense; o comparar, por ejemplo, con los cuatro millones y medio de dólares destinados a combatir la clamidia, enfermedad venérea que causa estragos en EE.UU.

Las leyes y proyectos gubernamentales que emanan de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña buscan reforzar los valores tradicionales acerca de la familia y la sexualidad, y para ello se sirven del primer dato susceptible de ser utilizado como

bandera. Persiguen así lo que Vicent Marqués señala —creo que positivamente— como liquidación del Estado de bienestar y sujeción a las demandas de un capitalismo en crisis (cosa, por otra parte, intrínseca a su propia naturaleza). Josep Vicent Marqués apunta, entre otras cosas:

«¿Que no se puede resolver el paro? Nada como la familia para alimentar y dar un dinero de bolsillo a los jóvenes. ¿Que la sanidad pública es deficiente? Nada como la madre, la tradicional mujer abnegada, para atender a los enfermos. ¿Que no hay guarderías públicas? No importa, así se disfruta más del cariño de la mamá».

En situaciones de crisis, el capitalismo refuerza su aparato coercitivo haciendo rebrotar un autoritarismo que comienza a ser ya en algunos países larva de fascismo. Situaciones como las que se empiezan a observar nos hacen recordar el fin a manos del nazismo en el año 1933 del Comité Científico Humanitario fundado por Magnus Hirschfeld, al que pertenecieron, entre otros, Einstein y Mann; dicho comité consiguió la derogación del artículo 175 del código penal alemán, que castigaba «el comportamiento sexual entre hombres».

El recorte de las mermadas libertades continúa su avance y en él se observa cómo los sectores sociales más reaccionarios actúan de forma continuada sobre el terreno de lo privado, configurando las normas y comportamientos que deben ser pauta común, desplegando sus energías más allá de

sus meros intereses económicos, para convertir su dominación en reglas interiorizadas por los individuos.

Llegado a este punto, sería de interés comprender lo que se ha hecho desde la acción y el pensamiento progresista. Y la primera insuficiencia manifiesta se sitúa en la renuncia que desde el múltiple terreno de la acción política han venido desarrollando, con contadas excepciones, las fuerzas de izquierda y los sectores a ellas ligados. En el terreno de la práctica, la izquierda ha venido trabajando desde una perspectiva que, en un gran trazo, podría resumirse como la exclusiva búsqueda de la liberación en el terreno económico. Ha desconocido en la vida de todos los días la importancia del trabajo en el campo de las ideas, la necesidad de marcar su acción en todos los niveles en que estas se establecen, evitando con ello la posibilidad de avanzar en la construcción de un pensamiento de izquierda capaz de ejercer una labor más globalizadora y permitir, por tanto, definir de forma precisa el sentido profundo de la transformación de la realidad en que vivimos.

Las nuevas luces que surgen de los movimientos nacidos tras y durante el 68 (ecologismo, pacifismo, feminismo, frentes de liberación sexual) se presentan como una cuestión marginal y como elementos que poco tienen que ver con el tradicional discurso sobre la libertad que ha venido realizando la izquierda (algo así como «los bordes de la lucha de clases»). Sus tímidos apoyos y sus

miedos eternos impiden afrontar con suficiente capacidad la necesidad, hoy ya inaplazable, de enfrentarse resueltamente en el campo de las ideas, de hacer política sobre lo público y lo privado, de reconocer que ambas cosas son material único si es que estamos hablando de emancipación.

El poder, desde su negra orilla, ha venido de forma habitual perfeccionando su actuación en el campo ideológico. Ha comprendido sobre qué bases ha de asentar su dominación y vigila sus bolsas y nuestra cama, sus multinacionales y los comportamientos que deben ser comunes a las relaciones que se establecen entre los hombres y mujeres de a pie.

Está claro que lo que se nos viene encima no es una serpiente de verano. También es evidente que la debilidad del discurso emancipatorio comienza a cobrarse presas en amplios sectores de jóvenes que objetivamente deberían estar situados en el lado de la tolerancia. ¿Dónde están, pues, nuestras respuestas? ¿Cómo hacer frente a este Estado que parlotea y vigila hasta nuestra mesita de noche?

De forma urgente hay que pensar que la salida vendrá en gran medida dada por la atención que se ponga sobre aquellos movimientos que, de una u otra forma, con sus logros y equivocaciones, hablan públicamente de lo privado. Como también se hace necesario huir de la parcialización exclusiva de los nuevos movimientos para ir avanzando en su progresiva confluencia, rompiendo la dinámica, a veces excesivamente estrategista,

de conquistar lo absoluto desde cada parcela e ir haciendo la ósmosis posible en el grado actual de su desarrollo. Pero no sólo lo nuevo; las energías que se deben liberar han de llegar también del acercamiento necesario entre esa vertiente que acciona su esfuerzo por transformar nuestras condiciones materiales de vida y aquellas otras que hablan y actúan sobre los términos en que se desenvuelve la vida entre nosotros mismos y entre el poder y sus vasallos.

¿Estaré pidiendo el paraíso? Puede. Vale la pena recordar, entonces, la anécdota que contaba Isherwood del poeta y socialista ético inglés Carpenter: «Un día recibió en su casa una especie de religioso que narró un discurso sobre el infierno, tipo "¿no se preocupa de su alma?" y "¿no desea ir al cielo?". El amante de Carpenter dijo: "Escuche. Estamos en el cielo aquí mismo"».

Para tenerlo siempre es preciso buscar el fulgor de la hora vengativa.

Publicado en la revista *Olvidos de Granada*, n.º 14, 1986.

Este libro se publica con motivo de la exposición
*Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado*
CentroCentro, Madrid
14 de junio – 6 de octubre de 2019

Edita: CentroCentro
Edición a cargo de: Mar Villaespesa y Joaquín Vázquez
(BNV Producciones)

Diseño: Hermanos Berenguer
Impresión: Palermo Artes Gráficas

Imágenes: *54 géneros*, 2008



ISBN: 978-84-120220-7-0
DL: M-18216-2019



# MIGUEL BENLLOCH MARÍN

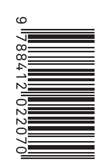
Performancero, poeta, activista político y cultural.

En las décadas de 1970 y 1980 milita en el Movimiento Comunista e impulsa la creación del Frente de Liberación Homosexual de Andalucía (FLHA) y los movimientos anti-OTAN. En 1983 funda, junto a Juan Antonio Peinado y Marino Martín, la sala Planta Baja en Granada. De 1986 a 1994 forma parte del grupo CUTRE CHOU participando en sus espectáculos de cabaret puntuales. Es miembro fundador de BNV producciones en 1988. De 2001 a 2015 coordina y produce el programa UNIA arteypensamiento de la Universidad Internacional de Andalucía. En 2006 impulsa la creación de la Plataforma de Reflexión sobre Políticas Culturales (PRPC), Sevilla.

Sus *performances* se han presentado, entre otros espacios, en The Kitchen, Nueva York; Arteleku, Donostia-San Sebastián; Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, Sevilla; Museu D'Art Contemporani de Barcelona; Museu Picasso, Barcelona; Ex Teresa, Ciudad de México; Virgen de los Deseos (La casa de Mujeres Creando), La Paz; Tabakalera, Donostia-San Sebastián; Centro de Creación Contemporánea de Andalucía, Córdoba; Sala Atín Aya, ICAS, Sevilla; CentroCentro, Madrid.

Una selección de sus textos y obras visuales se recoge en la publicación *Miguel Benlloch. Acaeció en Granada*, Ciengramos, TRN-Laboratorio transfronterizo, Granada, 2013; y una antología de sus poemas en *Miguel Benlloch. Cuerpo conjugado*, colección JuanCaballos de poesía, editorial Fundación Huerta de san Antonio, Úbeda, 2018.

(LOJA 1954 – SEVILLA 2018)


9 788412 022070